This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES

La Bandera Negra

NOVELA HISTÓRICA

ORIGINAL DE

Alejandro Greek

Edición ilustrada por Luis F. Rojas

TOMO SEGUNDO

VALPARAÍSO

IMP. DE LOS TALLERES DE SAN VICENTE DE PAUL, DELICIAS 215

1900

1900

A mis favorecedores

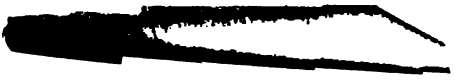
Habiendo tenido el primer tomo de mi novela histórica un éxito superior á mis expectativas, cumplo hoy con la promesa que hice de publicar el segundo tomo.

Me alienta para ello la convicción de que esta segunda parte de mi obra obtendrá del público igual, sino mejor, aceptación que la anterior.

Cumplo con el deber de agradecer sinceramente á mis compatriotas la protección que se sirven dispensarme.

Valparaíso, Marzo 1.º de 1900

Alejandro Greek



CAPÍTULO I

PROFANACIÓN

El tercer asalto general á las trincheras patriotas, á pesar de que en éste desplegaron los asaltantes tanto ímpetu y coraje como en los anteriores, tuvo, sin embargo, el mismo resultado: esto es, los realistas fueron forzados á retroceder, después de experimentar nuevas y numerosas pérdidas entre sus mejores soldados.

A las nueve de la noche terminaba el combate en la villa y en sus suburbios.

Entonces, al ruido de los disparos de los cañones y de la fusilería; al lúgubre silbido de la metralla y de las balas, hendiendo el aire; á los múltiples y desapacibles gritos de los combatientes, sucedió el silencio más absoluto... silencio semejante al de tétrico y vasto cementerio... ¡Horrible contraste!... cual lo presenta la naturaleza después de un día de voraz tormenta.

¡Cuando el huracán ruge embravecido; cuando el mar brama horrisonante; cuando el trueno retumba en el espacio, repercutiendo hasta el lejano horizonte el eco pavoroso de su estampido; cuando

la lluvia silba ensordecedora al azotar el aire y furiosa al caer golpea el suelo con monótono chasquido: cuando todos los elementos desencadenados han dado al hombre una muestra de la pequeñez del ser creado ante la omnipotencia de Dios!... ¡Al día siguiente, cesa el llover; el trueno calla su ronca voz; el mar calma sus olas, que se deslizan unas sobre otras, pesadas y silenciosas; el viento apenas gime, ya en el estertor de su agonía!..:

¡Azorados los ojos contemplan los desastres causados por la impía tormenta!... Ahí, una familia, cuyo hogar desapareció, arrastrado por la corriente de un río que salió de madre, ó cuya casa cayó derribada por el huracán ó se derrumbó, derruídos sus cimientos por el agua... En la playa, los restos de un barco que arrojaron las olas y lo destrozaron contra las rocas... Más allá, flotando sobre el agua, va y viene á merced de la ola que lame la orilla, el cadáver de un desventurado marinero que pugnó en vano por alcanzar la tierra, cuando ya su flotante casa no le dió más albergue.

Así, en Rancagua, á la cruda batalla con su estentóreo fragor sucedió, ya lo hemos dicho, el silencio de la muerte. Sólo que á la vista estaban, como un triste recuerdo, los despojos del sangriento suceso.

Multitud de casas están ardiendo; los cadáveres apiñados, obstruyen las calles; se ve correr la sangre por el suelo y de sangre están manchadas las paredes; en el hospital gimen los heridos...

¡Y en el ánimo de los sitiados la sed, el hambre y el cansancio libran rudo combate con su entusiasmo patriótico que se sobrepone y no se deja abatir por el desaliento!...

Sólo el chisporroteo de la hoguera del incendio turba momentáneamente el silencio. Y, también, algunos tiros aislados, que son la voz de alerta de los centinelas que temen, en medio de la oscura noche, que el enemigo emprenda nuevamente sus asaltos.

Breve rato después de concluído el tercer asalto, se reunían en casa de Laura, Armando y Luis.

Laura recibió á ambos jóvenes con las más vivas demostraciones de regocijo. Sin embargo, Luis no correspondió, conforme era de esperarse, á tan cariñoso acogimiento.

Tenía el ceño contraído y la miraba vaga; su semblante demostraba una inquieta preocupación.

Armando, que observaba con curiosidad la fisonomía y comportamiento de Luis, le preguntó con su llaneza característica:

—Amigo Luis, ¿qué nueva tenemos? ha sucedido algo extraordinario?

—Sí, efectivamente, contestó con brusquedad el interpelado.

Armando y Laura le rodearon.

—¿Qué? ¿qué pasa? exclamaron á una sola voz; y aguardaron impacientes á que el joven se explicara.

Luis les miró al rostro con insistencia. Reflexio-

nó un momento y dijo, evasivamente y como contrariándose á sí mismo:

—Nada... absolutamente nada... fué sólo una chanza.

—Sin embargo... replicó Armando.

—Usted no es franco, hermano mío, agregó Laura.

Luis golpeó impaciente el suelo con la planta de su bota.

—Repito que no ha sucedido nada, exclamó con voz ronca.

Armando y Laura guardaron silencio.

—Pasemos al comedor, á reparar las fuerzas, continuó Luis. ¡Vive Dios! ¡qué jarana más zurriada la del día de hoy! ¡Esos demonios de godos son más testarudos que un borrico! ¡No querer entender que estamos resueltos á no cejar un ápice de tierra! Y los muy bribones resueltos á su vez á dar fin con nuestras humanidades! ¡Veremos mañana que tal seguirá la danza!...

Y hablando Luis de esta manera, se dirigieron todos hasta el comedor.

La conversación recayó en seguida sobre el matrimonio de Armando y Laura. Después de haberse puesto de acuerdo los tres jóvenes sobre este punto, salió Armando de la casa y se encaminó al despacho del general O'Higgins.

Llegado ahí, supo que éste se hallaba en la casa contigua, del cura de la Matriz; donde habían sido congregados los oficiales superiores á fin de cam-

biar ideas sobre el estado del sitio y lo que convendría hacer en su defensa.

Armando halló al general en medio de un grupo de oficiales.

Tan pronto le vió O'Higgins, salióle al encuentro y le dijo:

—¡Bienvenido, capitán! ¡Veamos! ¿qué noticia me trae de los godos?

Armando todo se esperaba menos un recibimiento semejante; así que se quedó cortado.

Sin embargo, balbuceó, casi inconscientemente:

—¡Ninguna! general.

—¿Cómo? ¡Ninguna! repitió O'Higgins con acento de extrañeza y contrariedad. ¿Es posible? La prisa que traía usted y su semblante demudado me hicieron sospechar que algo extraordinario había ocurrido.

Armando, fastidiado del tono del general, que sonaba en sus oídos como una reprensión, resolvió explicarse claramente y terminar pronto.

Así, mirando cara á cara á su interlocutor, dijo:

—El asunto que me conduce esta vez aquí, no tiene nada que ver con la milicia...

—¿Y, entonces, de qué se trata? interrumpió bruscamente O'Higgins.

—De mi matrimonio con Laura, general, respondió sin pestañear Armando.

Esta vez fué O'Higgins el cogido de sorpresa. Entreabrió los labios para dejar escapar una exclamación involuntaria, que fué ahogada en su gar-

ganta por la emoción. Una intensa palidez cubrió su semblante. Se apoyó tambaleante en su espada, que sostenida por su diestra afirmaba su extremidad en el suelo.

Armando observó el efecto que habían producido sus palabras en el general. Sonrióse con una imperceptible sonrisa de triunfo: con la sonrisa de un rival afortunado.

O'Higgins, repuesto ya de su primera emoción, dijo:

—¿Su matrimonio con Laura? ¿Me explicará usted?...

—Es muy sencillo, general, contestó Armando con vehemencia y en tono festivo, Luis está empeñado en mi desposorio con Laura; pues, de otro modo, dice, impedirá mis visitas á la novia.

—Pero, ¡una resolución semejante, en una noche de combate!

—Precisamente: Luis está persuadido de que quedará tendido sobre el terreno; en este caso sólo estaré yo para defender á Laura y es menester convenir, general, que para ello es indispensable presentar ante el mundo algún derecho: de otra manera, nunca faltan habladurías... que...

Armando creyó innecesario completar la frase y se calló.

O'Higgins permanecía cabizbajo; reflexionaba; tristes pensamientos torturaban su cerebro.

Hubo entre ambos interlocutores algunos segundos de mortificante silencio.

O'Higgins, ya lo hemos dicho, era un hombre muy dueño de sí mismo y de una extraordinaria fuerza de voluntad; así que, al cabo de poco, un pensamiento se sobrepuso á los otros y adoptó un designio.

—¡No me queda más, pensó, sino tratar de borrar de mi memoria y de mi corazón la imagen adorable de esa encantadora niña!

Y, una vez tal resolución arraigada en su ánimo, compuso su semblante de manera de mostrar el aspecto de un hombre que gasta buen humor; y dijo:

—El asunto es indudablemente interesante para usted, pero no alcanzo á comprender en lo que conmigo se relaciona. Usted me instruirá á este respecto.

Armando alegróse íntimamente de que el general con su pregunta le facilitara la expresión de su solicitud.

—Más de lo que usted se imagina, general, replicó.

—¿De qué manera?

—Porque necesito su licencia para ello.

—Si no es más que esto, cuente usted desde luego con mi venia.

—Mil gracias.

—Y si en algo puedo serle útil, hable, que tendré especial gusto en ello. Servidores de la patria como usted, señor Guijarro, no hay muchos y los que hay tienen carta blanca. Puede usted hacer su voluntad y disponer á sus anchas del tiempo que sea

conveniente. Si mañana durante la batalla tengo necesidad de su valor y de su brazo, crea usted que me aprovecharé de ellos; mientras tanto, vaya usted enhorabuena.

Armando, sorprendido, se limitaba á hacer repetidas inclinaciones de cabeza, expresión de su agradecimiento; no se le ocurrían palabras en ese instante. Había creído que el general suscitaría obstáculos para la realización de la boda y ahora oía de sus labios que se alegraba infinitamente y que, aun más, le autorizaba para disponer á su albedrío del tiempo.

O'Higgins demostraba tanta indiferencia que cualquiera hubiera afirmado que pensaba en todo menos en Laura y no hubiera ni sospechado siquiera que estuviera tratando con su rival.

Sin embargo, las transiciones tan bruscas como incomprensibles son bien frecuentes en los grandes caracteres. Armando no se había hecho nunca esta reflexión; por lo tanto, se puede excusar su extrañeza.

O'Higgins agregó:

—Discúlpeme, capitán. Con su permiso... me aguardan mis oficiales.

Y despidió á Armando con un ademán, semiafectuoso é indiferente.

El joven, sacudido así de su abstracción, recordó la petición que el día anterior le hiciera O'Higgins y, avanzando un paso, se acercó al general y le dijo:

—S. E. había solicitado de mí ser el padrino de la ceremonia.

—¡Ah! es verdad... exclamó O'Higgins, reflexionando.

—Si Su Señoría gusta siempre honrarnos de esa suerte, créame...

Pero, O'Higgins había ya meditado:—¡Oh, no! ¡sería eso someterme á un cruel martirio y á una prueba terrible!...

Se apresuró á exclamar:

—Es imposible. En circunstancias ordinarias habría sido para mí un verdadero placer; pero, ahora la patria me reclama. Discúlpeme usted... sobre todo, que me disculpe su futura esposa.

Al pronunciar la palabra esposa lo hizo recalcando, talvez inadvertidamente, el acento; circunstancia que fué notada por Armando.

—Felicidad amigo, dijo O'Higgins y, dando la espalda á Armando, echó á andar hacia el grupo de oficiales, que comentaban con curiosidad esta escena de la cual eran solo espectadores.

—¡Mil gracias, general! exclamó Armando y, girando igualmente sobre sus talones, se dirigió á la puerta de la sala y salió presuroso.

Su rostro tenía la expresión radiante de la alegría.

—¡No hay duda, pensaba, que he hecho pasar un mal rato á mi encumbrado rival. El golpe ha sido bien dado: estocada á fondo: ¡mi matrimonio con Laura! ¡Gracias, Luis, á ti te deberé mi triunfo!

Y, además, reflexionaba el joven:

—Podré disponer del tiempo á mi antojo. Feliz noche me espera al lado de mi bella Laura. La felicidad me sonríe; vamos en su busca.

Pensando así, apresuraba el paso para alcanzar más pronto la felicidad que le aguardaba en una forma real y verdadera en la persona de su querida Laura, encarnada en los hechiceros encantos de su cuerpo escultural é idealizada por su alma toda bondad y virtudes.

Trascurren algunos minutos, que para Armando y Laura han parecido siglos; de la casa de la calle de San Francisco, que ya bien conoce el lector, salen dos personas jóvenes, bellas y de gentil figura... Toman la dirección de la plaza, en seguida la calle de la Merced y, finalmente, entran en la iglesia de este nombre. Esos dos jóvenes, demás está decirlo, son Armando y Laura.

Algunos instantes más tarde, ha salido de la misma casa un hombre embozado cuidadosamente en una ancha capa. Ha asomado primero la cabeza en actitud de acechar; luego después, ha aventurado un paso con recelo y, al cabo de algunos minutos y cuando ya los jóvenes se habían perdido de vista, ha echado á andar en igual dirección; pero, teniendo siempre la precaución de caminar pegado á la pared, de manera de ocultar su cuerpo; como si temiera que le observaran.

De pronto, este hombre se detiene; ha visto destacarse de la extremidad de la calle, en la parte que forma ángulo con la plaza, las siluetas de dos

hombres, vestidos con poncho y sombrero de pita de largas alas. Esos hombres de grotesca figura siguen el mismo camino que la graciosa pareja y ¡curiosa coincidencia! echan á andar con iguales precauciones que el embozado.

Este sigue tras ellos. Los hombres entran también en la iglesia de la Merced. El embozado hace otro tanto.

Adentro, una escena tierna y conmovedora tiene lugar. En el presbiterio están dos jóvenes que muy pronto han de unir sus destinos en un lazo indisoluble, lazo que sólo se rompe con la muerte de una de las partes, pero que, en todo caso, siempre deja la marca indeleble del nudo.

Los rodean algunas personas de varias edades y sexos, amigas de los jóvenes Godoy ó de Armando, que han tenido conocimiento á última hora que se llevaría á cabo tal enlace en tan extrañas circunstancias y se han apresurado, guiadas por la amistad ó más bien por la curiosidad, en ir á presenciar semejante acto, cuyas extrañas condiciones lo hacían aparecer rodeado del misterio de una tragedia de la vida ó del encanto de la poesía.

Los jóvenes pasean su vista entre los circunstantes. ¿Qué buscan con la mirada? ¡Ah es que Luis no está presente á la ceremonia. ¿Por qué no ha venido? se preguntan ambos, pregunta que muchos otros se hacen igualmente y que la negativa de su respuesta hace dar pábulo á la maledicencia.

Se aguarda un rato la llegada de Luis; mas, en vano. Entonces, el sacerdote, venerable anciano, da comienzo á los oficios que la religión prescribe para la unción del sacramento del matrimonio. Las preces han terminado, sólo falta ya la bendición sacerdotal y el acto quedará concluído.

En aquel momento, sucede algo imprevisto, algo trágico, que á todos los presentes infunde terror y que les hace prorrumpir en una exclamación unánime de ansiedad...

Debemos ya al lector una explicación necesaria.

Es tiempo de decir que los dos hombres envueltos en sus mantas que penetraron en la iglesia en pos de Armando y Laura eran dos personajes que conoce el lector: el Gruñón y el Cariñoso.

No se habrá olvidado que Padilla les dejó el encargo de vigilar á Laura, de espiar todos sus pasos, autorizándoles para que procedieran conforme á las circunstancias.

Pues bien, ambos habían cumplido á la perfección su cometido. Resultado de esto fué que se encontraban presentes en la ceremonia nupcial. Muy pronto comprendieron que se trataba del matrimonio de Laura; es decir, que la joven objeto de todas las ansias de Padilla iba á ser luego la mujer de Armando, del mismo joven que frustró la tentativa de Padilla y de quien éste había jurado vengarse.

Un diálogo, corto, rápido, silencioso como un murmullo, se deslizó entre ambos bandidos.

El Gruñón había dicho, empinándose sobre la punta de sus pies á fin de alcanzar el oído de su amigo:

—¿Comprendes, Cariñoso?

No pronunció más palabras, pero eran suficientes; pues, la mirada y el ademán suplieron el laconismo de la frase.

—¡Sí que comprendo, Gruñón! fué la respuesta.

—El asunto es grave, ¿verdad?

—Y mucho.

—¿Qué hacer?

—Lo mismo digo yo, ¿qué hacer?

—Porque si dejamos pasar la noche, mañana ya será tarde.

—¡Tarde! repitió como un eco el coloso.

Su compañero lanzó un bufido, característico, y que acreditaba su sobrenombre.

—Porque mañana, continuó, la muchacha no gustará al patrón Padilla.

—No gustará, repitió el Cariñoso.

—Ni para mí estará buena.

—¡Tampoco para mí.

—Hay que entrar en acción.

—Lo mismo me parece.

Ambos se llevaron la diestra al mango de sus puñales.

—¿Un golpe?

—¡Acertado!

—¿O dos, si es necesario?

—¡Cabal!

—¿Pero, cómo?... en qué ocasión? ¡Maldito!... ¡que no se me ocurra!

—¡Ni á mí!

—El oficial tiene una espada... Si nos coge...

—Nos destroza.

—No es un hombre.

—Es un demonio.

El Gruñón dejó escapar entre sus dientes, apretados convulsivamente, un segundo bufido; indicio de que la cólera comenzaba á roerle.

El Cariñoso alzó sus grandes y huesudas manos hasta su espesa y desgreñada patilla y se restregó sus afilados dedos, armados de largas uñas, que produjeron al raspar la gruesa madeja un desapacible crujido. Esto era señal de que el Cariñoso pensaba; y cuando tal cosa sucedía la situación era, necesariamente, en sumo grado embarazosa.

—¡Ya di! murmuró de pronto, con ronco acento.

El Gruñón, por toda respuesta, púsose de puntillas y acercó su oído á la boca entreabierta de su compañero.

Oyó entonces estas palabras, pronunciadas con tono enfático y gutural:

—La iglesia está vacía: sólo hay algunas mujeres que gritarán y cuatro ó cinco hombres semiancianos que no serán capaces de estorbarnos... Tú, como más ágil, te acercas, hieres por la espalda y huímos hacia la casa de la vuelta del compadre Julián. Por el huerto y los tejados llegamos á la otra calle. Saltamos la tapia y seguimos hu-

yendo hasta encontrarnos en el campamento realista.

El Cariñoso calló para tragar saliva y, como su compañero se mantuviera en silencio, agregó:

—¿Has entendido, Gruñón?

—¡Sí!

—Pues, ¡manos á la obra!

El Gruñón, efectivamente, había comprendido lo que le dijera el Cariñoso; pero, comprendió al mismo tiempo que iba á arriesgar lastimosamente la vida. Sin embargo, no le era dable protestar: su amigo tenía ascendiente sobre él y podía disponer de su vida; así como él, á su vez, disponía del afecto del Cariñoso. Este había dicho: «Tú eres más ágil» y, por lo tanto ¡era claro! tenía que dar el golpe. Se contentó, pues, con exclamar:

—¿Es una orden?

Y miró á su amigo, procurando enternecerle con la mirada.

—¡Es una orden! respondió con aspereza el Cariñoso.

El Gruñón ya estaba habituado á obedecer al coloso. En estos casos no le quedaba otro desahogo que suspirar melancólicamente; así lo hizo en este caso, mientras decía:

—¿Y si me matan?

—Si te matan y yo escapo, te vengaré.

—Gracias.

—¿Es seguro el puñal?

—Parte las piedras.

—¿Y está afilado?

—Más que aguja.

—¿Ya marcho?

—Vete.

—¿Nada más que un golpe?

—Uno, rápido y profundo.

No se dijeron más palabras. El Gruñón se separó del lado del Cariñoso y se acercó hasta el sitio en que estaban los jóvenes novios; agazapado y con cautela, que fingían una humilde devoción.

Así llegó hasta colocarse sólo á tres pasos de distancia de Armando. A nadie llamó la atención su presencia. Las miradas todas estaban fijas en los novios. Además, quien le viera podía sólo imaginar que era un buen hombre, un antiguo servidor de los jóvenes.

El Gruñón se estremecía de pies á cabeza. Su semblante estaba lívido. Sin embargo, no era ese el primer asesinato que cometía. ¿Por qué, pues, temblaba como tiembla el inocente niño, cuando consciente comete su primer delito? ¡Ah! es que se encontraba en la casa de Dios, y aun no se borraba en su falaz memoria el respeto que al Supremo Hacedor le enseñara en la infancia su madre. Había oído decir que Dios castiga el sacrilegio y conocía que lo que él iba á cometer ahora, era algo que tal nombre merecía. Sentía el mismo remordimiento que cuando su primer crimen. Pero, era menester matar ese ridículo temor y esa vana duda: puesto que el Cariñoso le había dado una orden que

tenía que cumplir. Miró atrás y vió al Cariñoso que tenía fijos los ojos en él; le pareció advertir que una sonrisa burlona se mostraba en los labios del coloso, un gesto de desdén por su cobardía. Ante esta idea se le nubló la vista de despecho; apretó nerviosamente el puñal con su mano derecha, oculta bajo el poncho; avanzó resueltamente un paso.

Con un movimiento enérgico, ligero, levantó el brazo armado del arma homicida, que centelleó á los rayos opacos de la luz; la bajó en seguida; y, con el todo empuje de su cuerpo, la asestó contra la espalda de Armando...

De súbito, en aquel preciso instante, una sombra se interpuso entre el asesino y la víctima y el miserable, horrorizado, sintió que una mano, dura como el hierro, apretaba la suya contra el mango de su puñal; con una fuerza tan sobrehumana que sintió crujir los huesos dislocados y, arrojando un salvaje grito de dolor, dejó caer el arma, que produjo un ruido seco, siniestro, al rebotar contra el duro pavimento.

En el mismo segundo que esta escena sucedía, un grito unánime de terror y de angustia había sido exclamado por todos los presentes, que sólo entonces se dieron cuenta de que un horrible asesinato había estado á punto de perpetrarse en el sagrado recinto.

Describir la escena siguiente á este suceso, es largo, inútil; es fácilmente imaginable: así que se nos disculpará que la pasemos por alto.

Pero, ¿quién era el salvador? Caiga el misterio. El embozado, que siguió las huellas del Gruñón y el Cariñoso; ahora, su rostro sin embozo deja ver á la luz de los cirios un semblante leal, casi bello; de rasgos bien diseñados, que revelan la energía de un carácter: es Luis, el hermano de la hermosa Laura.

Luis ha expresado en diversas ocasiones á su hermana y á Armando que sólo anhela la felicidad de ambos jóvenes. Él ha aseverado que tiene un excelente corazón y que desea sacrificarse en bien de ellos. Sin embargo no se le ha comprendido ni se le ha creído; Armando y Laura se han portado injustamente con él. Luis ha contraído con ellos una deuda; está empeñado en demostrarles lo que él es; en hacerles ver que han incurrido en un error. Ha dado comienzo á su misión y ha conseguido su primera victoria, salvando la vida de Armando. Por esto, ahora, su fisonomía está risueña; la fisonomía, ese espejo del alma en que se reflejan las menores emociones y los más recónditos pensamientos... pero que no ha muchos es dada la facultad de percibir.

CAPÍTULO II

NOCHE DE BODAS

Dejemos trascurrir algunos breves minutos: la ceremonia nupcial ha terminado, el sacerdote ha dado ya su bendición á los jóvenes desposados. Estos salen de la iglesia y se dirigen á la casa de la calle de San Francisco.

¿Qué ha sido, mientras tanto, de Luis y del Gruñón y el Cariñoso? Luis, con la excitación del primer momento, en la inminencia del peligro que amenazó á Armando, olvidó que el compañero del bandido que tenía entre sus manos se hallaba á pequeña distancia de él y que hubiera podido fácilmente capturarle; pero, cuando pensó en esto, ya era tarde... pues, el Cariñoso, al ver perdido á su amigo, salió de prisa de la iglesia, previendo una persecución.

Se trató en vano de dar con el prófugo: desapareció sin dejar huellas de su rastro. En cuanto al Gruñón, Luis le hizo conducir á la cárcel de la villa, situada en la plaza. Se le introdujo en una pequeña y oscura celda y se le aseguró provisoriamente de pies y manos con sólidas ligaduras.

El joven entonces interrogó al bandido.

—¿Cómo te apellidas? le preguntó.

—Gruñón, fué la contestación.

—Ese no es un apellido, es un apodo.

—Será lo que usted quiera; pero, así me llaman y no tengo otro nombre.

—Ten cuidado con las respuestas, porque de ellas depende tu vida.

—Poco me importa.

—Yo haré, sin embargo, que te importe.

—¡Eso lo veremos!

—¿Por qué intentaste matar al oficial?

—Porque se me ocurrió.

—¡Falso! Dime la razón.

—No quiero.

—¡Insolente! exclamó Luis en un arrebato de cólera y, desenvainando la espada, amenazó al malhechor.

Éste no se inmutó: aguardó impasible con el semblante inalterable; un semblante de idiotismo, de ojos opacos y profundos, de sonrisa burlona, semejante á una mueca; tenía la expresión del idiota, pero del idiota con instinto de fiera que muestra sus dientes afilados á través de un hocico repugnante.

Luis sintió el escalofrío de la repulsión.

—Te perdono la vida, dijo en tono apacible, si respondes la verdad.

—No quiero la vida de perdón; la quiero porque me pertenece de derecho, puesto que mi madre me engendró.

—¿Sabes que vas á morir?

—Lo ignoraba.

—Mas, sábelo ahora.

—Ya lo he dicho: no me importa.

Luis dulcificó cuanto pudo el acento de su voz y, en forma que se asemejaba á una súplica, preguntó:

—¿Conocías al oficial?

El Gruñón se dejó coger inocentemente por el ruego de Luis y replicó, entre dientes y como contrariándose á sí mismo:

—De nombre le conocía; sabía que era valiente, que pretendía á una mujer hermosa y que por este delito debía morir.

—¿Quién decretó su muerte?

Luis aguardó la respuesta con la ansiedad pintada en el rostro y conteniendo el resuello de la respiración.

El Gruñón le miró á la cara, reparó en su impaciencia y por toda contestación descubrió sus dientes y colmillos.

Luis hizo un movimiento de despecho y, dando de súbito suelta á su cólera, dijo, con expresión de amenaza:

—¡Responde ó muere!... ¿quién te mandó á cometer el crimen?

Y, al pronunciar tales palabras, tocó con el extremo de su espada el pecho del miserable.

El Gruñón seguía sonriendo burlonamente y lucía sus dientes.

Luis, exasperado, levantó su espada; la que describió un semi-círculo en el aire y fué á caer de plano, con ruda fuerza, sobre el rostro del bandido.

Este, al sentirse maltratado tan vergonzosamente, exhaló un rugido de rabia; sus ojos se le inyectaron en sangre; amoratósele el rostro: tenía el aspecto de un horrible mónstruo. Hizo tan rápido y violento esfuerzo con sus nervudos brazos y robustas piernas que las cuerdas, no resistiendo á la tensión, se rompieron rudamente, produciendo un chasquido semejante al del látigo.

En el mismo instante se levantó rápidamente de su asiento y se arrojó con brutal empuje sobre el joven.

Tan repulsivo y deforme era su aspecto, que Luis, casi inconscientemente, mientras evitaba el asalto del malhechor, gritó, con marcado acento de temor:

—¡A mí la guardia!

Sin embargo, Luis era valiente como un héroe...

¡Pero, los más grandes valores que lo son tales en presencia de los hombres, tiemblan con horror delante del animal hidrófogo!

El joven, imprimiendo con su puño ligeros giros á su espada y esquivando el cuerpo, evitó las embestidas del bandido durante algunos momentos.

Mientras tanto, entraron soldados que se arrojaron contra el Gruñón y le sujetaron.

Esta vez, Luis le hizo remachar una barra de grillos.

Después de la anterior escena, que sólo hemos

bosquejado, Luis, comprendiendo que sería inútil continuar el interrogatorio, salió de la cárcel y se dirigió á la casa de Laura.

Encontró á los jóvenes entretenidos en tierno coloquio de amor. Tan pronto le vieron, se precipitaron á su encuentro, demostrando en su apresuramiento que le aguardaban impacientes.

Luis compuso su semblante y, mostrando una alegre sonrisa, dijo:

—¡Vamos! veo con placer que ya son felices ustedes: ¡en buena hora!

—¡Gracias! ¡gracias mil! exclamaba con vehemencia Armando, mientras estrechaba efusivamente ambas manos de Luis entre las suyas.

—Mi querido hermano, qué bueno eres, murmuraba Laura á su oído, en tono de cariño; rodeando amorosamente con sus mórbidos brazos el cuello de Luis.

Este, aparentando la más perfecta indiferencia, dijo:

—¿Qué me agradecen?... Admirado estoy....

—Le agradezco mi vida, exclamó Armando.

—Su vida y mi felicidad, agregó Laura.

—¡Nuestra felicidad! rectificó Armando, que data apenas desde nuestra boda.

—¡Vaya! ¡vaya! dijo Luis, enterneciéndose á su pesar, no sean niños... Me debe usted la vida, Armando; ustedes me deben su felicidad... Pues bien, ¿qué significa eso? Un servicio que... ¿merece acaso tenerse en consideración?

—¡Oh, ya lo creo, durante toda la vida!

—¡Durante toda la vida!

Estas exclamaciones fueron proferidas por Armando y Laura con la exaltación de la sinceridad.

—Amigos míos, continuó Luis, es insignificante lo que hasta ahora he hecho de bien por ustedes. Espero hacer más aun. No tengo por qué guardar el secreto: he jurado ante mí mismo convencerles que han estado en un error al no creer que yo sólo ambiciono el bienestar de Laura y, por lo tanto, el de ustedes... Lo he jurado y lo cumpliré.

—¡Ya lo ha cumplido usted y con sobras! exclamó Armando.

Laura nada repuso; la emoción le quitó la voz: había visto brillar en los grandes y oscuros ojos de su hermano dos furtivas lágrimas que traicionaban su aparente tranquilidad.

Sucedió un rato de silencio: el sentimiento hablaba con su lenguaje callado, pero expresivo.

Luis, de pronto, sacudiendo su cabeza como para librarse de un peso que la abrumara, dijo, con una aspereza mal simulada que hacía rudo contraste con su anterior tono apacible:

—Estamos en momentos de acción y no de palabras, el tiempo es el que habla ahora. Es menester recordar el deber; voy á la trinchera donde la patria me llama. Les deseo á ustedes una feliz noche, de suprema felicidad.

Así dijo, lacónicamente, con un frío naturalismo. Despidióse de los jóvenes haciendo un ademán

de exquisita urbanidad, acompañádolo de una amable sonrisa; y se dirigió, en seguida, á la puerta de la sala.

Armando, entonces, con un movimiento rápido le interceptó el paso.

Ambos, Armando y Laura, estaban sorprendidos de la brusquedad de Luis; adivinaban que algo extraño preocupaba su cerebro.

—¿Se va usted ya? preguntó Armando.

—¡Sí, ya! fué la réplica.

—Pero, ¿á dónde?

—Repito que á la trinchera.

—¡Ah! es verdad.

Luis avanzó un paso para salir; Armando permanecía firme delante de la puerta.

—Aguarde usted algunos minutos.

—Imposible; marcho en el acto; de un momento á otro pueden atacar nuevamente los godos, aprovechando la noche. Es necesario que me encuentren en mi puesto de combate al frente de mis soldados.

Armando, convencido, no insistió más.

Laura permanecía silenciosa.

Luis se retiraba ya, cuando de súbito Armando dijo:

—Amigo, ¡una pregunta!

—Hable, contestó Luis.

—¿Sabrá usted decirme qué ha sido del bandido?

—¡El bandido! repitió Luis, con extrañeza, mientras coordinaba sus ideas.

—Sí, el hombre que pretendió asesinarme.

—Está preso.

—Pero, ¿se ha sabido algo?

—¡Algo! ¿de qué?

—La causa que le movió á querer matarme.

—Es un misterio.

—¡Un misterio! exclamó asombrado Armando.

Laura se había aproximado á los jóvenes y escuchaba ansiosa.

—¡Un misterio, agregó Luis, que yo descubriré, ya tengo sospechas...

—¿De quién? dijeron á una sola voz Armando y Laura.

Luis comprendió que había dicho demasiado.

—Precisamente, sospechas... no... suposiciones, que nada valen...

La curiosidad y el interés habían sido excitados.

—¡Oh, hable usted! dijo Armando.

—¡No sea reservado! agregó Laura.

Apremiado Luis, repliró:

—¡Pues bien, sospecho de O'Higgins!

Y, pronunciadas tales palabras con énfasis, salió de prisa del aposento, mientras los jóvenes sorprendidos profirieron en una exclamación de asombro.

Sentados nuevamente en el lujoso y confortable diván de la sala, el uno junto á la otra, con las manos entrelazadas y mirándose recíprocamente con apasionada y tenaz persistencia, continuaron Armando y Laura la conversación que había sido interrumpida por la llegada de Luis. Sin embar-

go, las últimas palabras que pronunciara éste antes de retirarse, habían producido en el ánimo de Armando una honda impresión. Y aunque Laura sólo pensaba en su mútuo amor y en la presente felicidad, Armando, arrancándose á tan delicioso y sugestionador pensamiento, dedicó su atención por algunos momentos al incomprensible atentado contra su persona y á la extraordinaria situación en que se encontraban, rodeados de un ejército enemigo que quizás al día siguiente entraría vencedor en la plaza.

—Sospecho de O'Higgins, había dicho Luis, y estas palabras resonaban aun lúgubremente en los oídos de Armando.

Si realmente era O'Higgins el causante del atentado, ¿qué significaba el que éste hubiera salido frustrado? Nada, absolutamente: puesto que cualquier otro día podría aquel ensayar un nuevo golpe. Pero, ¿cómo suponer al jefe del ejército patriota capaz de tanta villanía?

—Imposible, dijo de pronto Armando; me resisto á creer; O'Higgins no es un malvado; Luis está en un error, supone un absurdo.

Hablaba el joven maquinalmente, consigo mismo, y poseído de una sobreexcitación nerviosa.

Laura le escuchaba, pero no le comprendía. Mientras le oía hablar, observaba que Armando era muy hermoso, que su semblante tenía una expresión muy varonil, que sus grandes ojos relampagueaban al reflejarse en ellos la luz de las bujías.

Armando la sacudió de su abstracción.

—¿No es verdad, exclamó, que O'Higgins es un valiente y que si no es noble por su nacimiento lo es á lo menos por sus acciones?

Y, al formular esta pregunta, miró al rostro á la joven, como para sondear su más recóndito pensamiento.

Al expresarse Armando en tales términos del general O'Higgins, recordaba, inspirado de su animosidad, que el ilustre patriota, hijo del brigadier y gobernador de Chile D. Ambrosio O'Higgins, tenía un origen bastardo.

Laura no replicó: se limitó á suplicar con la mirada una explicación para la pregunta de Armando.

Este agregó:

—Digo que O'Higgins no es un miserable... ¿verdad, Laura?

—Le creo por el contrario todo un digno caballero.

La franca respuesta de la joven, expresada con el tono natural de la sinceridad, fué un calmante para Armando.

—No piense mas, Armando, por favor, continuó Laura, en el horrible suceso de esta noche: felizmente nos hemos librado, gracias á Dios; y, como el bandido fué cogido, ya no puede inspirar nuevos cuidados.

—Bien, Laura, quiero pensar como usted que el peligro de esa parte ha terminado; pero, en cambio,

¿cómo sustraerse al imperio de la actual situación? Recién desposados... y mañana un nuevo día de combate, de éxito dudoso... ¡pensamiento es éste capaz de trastornarle á uno el juicio! ¡Ah, Laura, en este momento soy cobarde, lo confieso con vergüenza, pero lo confieso aquí, á solas con usted, mi bien amado; nadie, sino usted, será testigo de mi confesión... Soy cobarde porque temo morir en el momento en que recién poseo la felicidad; quiero disfrutar de la dicha con ansia; estoy persuadido de que jamás me hartaré... ¡Ay! y dejar este mundo en una ocasión semejante, me entristece... la muerte me causa horror. Su voz, Laura, su mirada, el más leve contacto suyo, me cautiva y me fascina; mis oídos ensordecen á todo ruido extraño y oigo sólo una música arrulladora; mi vista se oscurece y veo sólo su deslumbrante hermosura; sus brazos me atraen, me quitan la fuerza, la voluntad y sólo apetezco arrojarme entre ellos. ¡La patria! ¡Ay, hasta la patria la olvido! ¿Qué digo? ¿Soy un hombre sin honor? Pero, ¿es culpa mía? ¡Dios sabe que he logrado resistir hasta el último trance; he querido sacrificar mi vida á Chile; ahora, ligada mi existencia á la suya, no tengo voluntad propia: mande usted Laura y obedeceré! ¡Quiera Dios que usted me dé el ánimo que me falta para seguir cumpliendo con mi deber, como hasta ayer lo he hecho!

El joven calló un momento.

Laura seguía siempre escuchando; recogía con

ansia devoradora las palabras del joven: jamás Armando había declarado su pasión de una manera más absoluta, jamás hasta entonces se había mostrado rendido de esa suerte á sus gracias y virtudes.

Armando contempló á Laura: reparó en sus mejillas coloreadas de suave carmín; en sus ojos fulgurantes; en sus labios entreabiertos, por donde se escapaba su aliento jadeante de emoción y á través de los cuales se veían dos hileras de blancos y diminutos dientes apretados nerviosamente... que no era insensible á su amante confesión. Advirtió cuán bella estaba, así como una imagen del amor, y, mientras entrelazaba el cuello de Laura con sus brazos, murmuró á su oído, cual un suspiro:

—¡Cuán inmenso es mi cariño!...

—Y el mío, ¿acaso es menos? exclamó bruscamente Laura, en un tono suave como una caricia.

Hubo un corto momento de silencio.

Armando dijo:

—Pero, mi reina, te ruego que no seas tirana con tu vasallo y que mañana me darás licencia para conducirme como bueno en el campo de batalla.

—¡Oh, mañana! dijo Laura con un ligero gesto de fastidio. Por favor, no hable usted del futuro, ¿el presente no le agrada?

Laura quería engañarse á sí misma : quería creer que el placer que sentía en ese momento sería eterno; se resistía á pensar en la triste realidad que rodeaba á su naciente ventura y que amenazaba convertirla en pesar eterno también.

Armando se pasó, una después de otra, ambas manos por su ardorosa frente; como si quisiera deshechar un pensamiento mortificante; y ya, sin reservas y con un tono casi jovial, exclamó:

—Bien, Laura, olvidemos lo pasado y lo porvenir: ¿qué queda entonces? El presente, y... ¡qué bello es!...

.....

.....

CAPÍTULO III

ENTRE DOS COMBATES

Tiempo es ya de dejar correr la cortina que oculte á nuestras indiscretas miradas el santuario del Amor; al cual rendían culto en esos momentos Armando y Laura.

Continuando en la narración de nuestra historia, pasaremos á otro orden de sucesos acaecidos en esa memorable noche del 1.° al 2 de Octubre de 1814.

Hemos dicho que en la casa del cura de la Matriz se habían reunido los jefes patriotas de más alta graduación. Los capitanes de las trincheras suministraron informes del número de soldados muertos ó heridos en los combates del día y de los destrozos que en las barricadas habían hecho las balas y granadas enemigas.

Después de una acalorada discusión en que cada uno emitió su parecer, dió los datos que poseía, expuso su proyecto, el general D. Bernardo O'Higgins, haciendo entonces uso de la palabra, acalló las voces generales y se dirigió á los presentes en los siguientes términos:

—Señores oficiales: Cúmpleme felicitaros por vuestro valiente comportamiento durante la jornada de hoy. Pero, aun no hemos terminado la contienda: resta lo más reñido de la batalla; su parte decisiva; esto es, la victoria ó la derrota. El resultado del combate del día es indudablemente favorable para nosotros: hemos rechazado tres ataques sucesivos, infiriendo al enemigo considerables bajas. Verdad que nuestra situación es bien alarmante: como que hemos perdido nuestros mejores artilleros; las municiones escasean; el agua se ha agotado; y ni aun provisiones tenemos en cantidad bastante. Quiere esto decir que no podremos sostener el sitio por muchos días... Pero, señores, conservamos siempre entero nuestro valor y amor patrio, que nos darán la fuerza para continuar la lucha. Lo más probable es que el enemigo continúe sus asaltos y, como no está al cabo de nuestra desesperante situación interior, abandone el sitio, después de algunas nuevas tentativas frustradas. Aun, en el caso de que los realistas logren entrar á la villa, siempre debemos sostener nuestra bandera mientras quede un patriota en pie; es decir, no capitular en ningún caso. Señores oficiales, ¿no sois de esta misma opinión? ¿que jamás debemos capitular?

—¡Jamás! repitieron como un eco los oficiales agrupados en torno de O'Higgins.

—Permanezca, pues, siempre izada la bandera negra en la torre de la Merced; que los estandartes

de las trincheras se conserven envueltos en crespones. Mañana, al despuntar la aurora, el fúnebre color indicará al enemigo nuestra inquebrantable resolución de ¡vencer ó morir!

—¡Vencer ó morir! exclamaron con ronca voz algunos oficiales.

El general Juan José Carrera, jefe de la segunda división patriota, retirado á cierta distancia de O'Higgins, se limitaba á escuchar, sin revelar siquiera en su fisonomía y en sus acciones que aprobaba ó desaprobaba las palabras del jefe de Rancagua, general O'Higgins, en quien él había declinado aquel día el poder superior.

O'Higgins, que observó la reserva y mutismo de Carrera, se dirigió entonces á él y, en tono vibrante y con ruda aspereza, le dijo, de manera que fuera oído por cuantos le rodeaban:

—¡General Carrera! ¿me permite usted una pregunta?

—Con placer, general, contestó Juan José, en un tono de indiferencia que hacía contraste con el acento atrevido de O'Higgins.

—¿Desearía saber dónde se halla en los actuales momentos el general en jefe del ejército patriota, su hermano José Miguel Carrera?

Hubo un rato de silencio, silencio mortificante y que zumbó en los oídos de Carrera, abochornándole, porque comprendió que era un dardo que le asestaba su rival.

—Explíquese, general, replicó.

—Bien sabe usted, dijo O'Higgins, que su hermano, según el plan de defensa que nos habíamos trazado, debió haberse encontrado en la orilla del Cachapoal para impedir el paso al ejército realista. Resultado de esta falta de cumplimiento de su parte fué que los godos atravesaran el río sin inconveniente.

—Repare usted, general, que critica á su jefe, dijo con sorna Carrera.

—Si he reconocido por jefe al general José Miguel Carrera, objetó O'Higgins, ha sido sólo porque las circunstancias así lo requerían, so pena de perder á Chile; pero, esto no justifica su extraña conducta de dejarme abandonado á mis propias fuerzas.

—Y á las mías propias también, general, rectificó Carrera.

—Más incomprensible aun, exclamó O'Higgins.

—Prosiga, general, dijo chanceándose Carrera.

Impasible O'Higgins, continuó:

—No sólo nos abandonó en el Cachapoal sino también en Rancagua, durante el combate de hoy. ¿Podría usted darme satisfacción de esto último, general?

—A no ser que poseyera, lo que no tengo, facultades de adivino, me parece muy natural que, encerrado como estoy en Rancagua, sepa tanto como usted de lo que pasa en el campo de mi hermano.

—Es decir, ¿que ni aun sospecha dónde está la tercera división?

—Ni aun lo sospecho.

—Creí que estaba usted en el secreto, general Carrera.

—No hay, á mi entender, más secreto que el de la noche, general O'Higgins; pues, si la vista pudiera sondear las tinieblas, estoy seguro que veríamos muy cerca de Rancagua á la división patriota que, ignorando el éxito de la jornada, no se atreve á comprometerse en una sorpresa nocturna.

—Pero es horrible, señores, dijo O'Higgins dirigiéndose á los presentes, permanecer por más tiempo en tanta incertidumbre. ¿Debemos ó no contar con la tercera división? Este es un problema que es menester resolver á todo trance. Según las últimas noticias recibidas, el general José Miguel se encontraba acampado en las Bodegas del Conde; pero, durante todo el día de hoy nada nuevo hemos sabido, ni siquiera se ha divisado en lontananza alguna polvareda que acuse su presencia en la llanura. ¿Se ha entonces retirado á la Angostura y aguarda ahí, atrincherándose, que salgamos nosotros de Rancagua y, reunidas las tres divisiones, batamos en ese punto á las tropas realistas?

O'Higgins calló, para aguardar la respuesta.

Hubo un momento de silencio.

Una voz, la de Juan José Carrera, dijo:

—En el caso de ser efectiva su suposición, general, deberíamos abandonar cuanto antes á Rancagua.

—¿Se cree usted capaz, general Carrera, de emprender con éxito la retirada?

Carrera guardó silencio.

O'Higgins se sonrió irónicamente.

—Aun hay otra conjetura, señores, continuó O'Higgins, y es que haya sido sorprendida la tercera división patriota por alguna división realista y haya sido puesta en fuga.

Carrera, á su vez, se sonrió.

—De todos modos y sea lo que fuere de la segunda división, dijo O'Higgins en tono levantado, jamás debemos abandonará Rancagua, aquí sucumbiremos como valientes al pie de los cañones y pagarán caro el triunfo los piratas de la España. Esto es preferible, naturalmente, que ir á morir en otra parte asesinado, como en un redil, por un ejército que cuenta con los mejores elementos de victoria.

O'Higgins ni por un solo instante quería concebir la idea de retirarse de Rancagua para ir á presentar batalla al ejército realista en otro punto.

Bien aceptable es la suposición de que esa insistencia de este jefe patriota haya sido causa de la pérdida de la batalla. Algunos historiadores han calificado de insubordinación la obcecación de O'Higgins; para lo cual no les faltan razones. Otros, en cambio, han calificado su conducta de heróica y han tachado de abandono á José Miguel Carrera que durante el primer día del combate, ni durante la noche, hizo nada por socorrer á O'Higgins.

Hemos dicho, en el primer tomo de esta obra, que Carrera, cediendo á las instancias de O'Higgins, había permitido á éste el atrincheramiento de Rancagua y la defensa en este punto; quedando por su parte Carrera en libertad para operar conforme las circunstancias lo requirieran.

Sin embargo, este permiso tenía su limitación, según consta de algunos documentos comprobantes. En una carta que envió Carrera á O'Higgins, algunos días antes del episodio de Rancagua, decía: «Si son iguales los enemigos y tenemos la fortuna de impedir su progreso á Rancagua (por medio de la defensa del Cachapoal) antes de unirnos, éste (Rancagua) será el mejor punto para sostenernos. Si las fuerzas enemigas avanzadas no se presetan con esta ventaja, la prudencia dicta replegarse, aunque sea doloroso perder una posición tan favorable, por no perderlo todo.»

O'Higgins contestó en una carta en que decía: «Si llega el caso de que toda la fuerza del enemigo avance sobre esta villa, y yo presuma con fundamento que no pueda resguardarla con la que está á mi mando, haré la retirada hasta la Angostura en los mismos términos en que V. E. me ordena en carta de hoy, aunque el verificarlo con orden es lo más difícil para nuestras tropas por su impericia militar.»

Según esto, la defensa de O'Higgins en Rancagua era sólo una inobediencia; pero, hay que consi-

derar si más bien era el resultado de la necesidad ó de una falta de destreza.

Hemos dado cuenta oportunamente de cómo burló Ossorio á los patriotas en el paso del Cachapoal. ¿Quién era responsable de este fracaso? Carrera, que no vino con su división á defender el vado de las Quiscas, ó bien O'Higgins, que no supo distribuír sus tropas de manera que ocuparan los tres vados? Carrera había enviado á su hermano Juan José Carrera, y á O'Higgins para defender el paso del Cachapoal, él personalmente se reservaba ocupar su división conforme lo exigieran las circunstancias. Por lo tanto, la culpa del fracaso de la defensa del río la tuvieron Juan José Carrera y O'Higgins; en seguida, debieron haberse retirado á la Angostura ya que las tropas enemigas venían en tan crecido número y, sin embargo, debido al hábil movimiento ejecutado por las tropas de Ossorio, las dos divisiones patriotas se dejaron sorprender y fueron envueltas, teniendo que encerrarse en Rancagua.

Ahora, una vez ejecutado el cerco de la ciudad por el ejército realista, ¿era posible romperlo para efectuar la concentración de fuerzas en la Angostura en obedecimiento á las órdenes de Carrera? Se comprende fácilmente que no, so pena de haber sido envueltos por el enemigo y haber experimentado numerosas pérdidas como ser de toda la artillería y los infantes.

Carrera, en aquel día, ignorando todas esas cir-

cunstancias, ha debido calificar de insubordinación el atrincheramiento en Rancagua en vez de efectuar la retirada conforme á sus instrucciones.

La responsabilidad que afecta al general en jefe José Miguel Carrera sobre el éxito de esta campaña, no es tan grave como algunos historiadores lo han declarado, talvez preventivamente. ¡Dios sólo sabe si hubiera sido otro el resultado, dado caso que los jefes de la primera y segunda división patriota hubieran andado más felices en la dirección de sus fuerzas!

Después de esta breve disertación, seguiremos adelante la narración interrumpida.

A las palabras pronunciadas por el general O'Higgins nadie protestó; hubiérase creído que en la conciencia de todos los patriotas estaba arraigada la convicción de que no cabía otra salvación para la patria que la de morir, si era menester, sobre los escombros de Rancagua que aplastarían, al propio tiempo, en su caída al ejército realista.

O'Higgins continuó:

—Se hace, pues, necesario hacer saber á la tercera división la determinación que hemos adoptado y pedirle que venga en nuestro socorro. En este caso, el triunfo es seguro.

—¡Bravo! ¡viva! gritaron algunos oficiales entusiasmados.

—¡Que vaya un emisario! agregó una voz.

—¡Un emisario! ¡un emisario! gritaron todos

Calmada la excitación, hubo un rato de silencio.

en la sala. La reflexión les hizo comprender que era aquella una empresa difícil.

—¡Vamos, señores! exclamó O'Higgins. ¿No hay entre ustedes ningún valiente que sea capaz de atravesar las barricadas enemigas?

Nadie respondió; los oficiales se miraron unos á otros, consultándose con la vista.

De pronto, un hombre se destacó del grupo de oficiales y se colocó delante de O'Higgins.

Este hombre era el capitán D. Ramón Freire, comandante del escuadrón de Dragones.

—Mi general O'Higgins, dijo, la dificultad está salvada. Pronto usted sabrá á qué atenerse respecto á la situación de las tropas de la tercera división.

—¿Quiere decir esto que?...

—Un hombre saldrá de la villa y traerá la respuesta.

—¡Eso es, mi valiente capitán! ¡Bravo! ¡Permítame estrechar su mano! ¡Honor á su audacia!

Freire retiró la mano que solicitaba O'Higgins, y dijo:

—¡Se equivoca usted, mi general!

—¿En qué, capitán?

—No seré yo quién acometa la empresa. Es menester para ello, más que valor y audacia, cualidades de que abundan todos los señores aquí presentes, la más refinada habilidad y astucia. Yo, y cualquiera de los señores jefes ú oficiales que hiciera la tentativa, caería en poder del enemigo.

—¡Ah! dijo O'Higgins é hizo un gesto de desagrado.

Los oficiales, por el contrario, manifestaron su aprobación.

—¿Qué resulta de esto? exclamó O'Higgins.

—Cuento, respondió Freire, con un hombre que se encargará de llevar á feliz término la empresa; es conocedor de Rancagua, sus suburbios y los campos vecinos.

—Pues que venga, dijo O'Higgins, y no perdamos el tiempo.

—Voy y vuelvo con él, replicó Freire.

Y salió acto continuo de la sala.

Momentos más tarde entró acompañado de un hombre, delgado de cuerpo, de facciones finas y ojos grises. Tenía la particularidad de que sus pómulos eran abultados, indicio casi infalible de la astucia más sutil.

—¡He aquí mi hombre! dijo con semblante de triunfo el capitán Freire.

El aludido, que vestía el uniforme de los dragones, se llevó la mano á la frente para saludar á la concurrencia y permaneció cuadrado militarmente algunos instantes.

O'Higgins se encargó de interrogarle:

—¿Cree usted posible burlar el cerco de la ciudad?

—Sí, general.

—¿Y llegaría usted sano y salvo á la campiña?

—Sí, general.

—Pero, no basta esto: es menester aun estar de regreso en la ciudad.

—Trataré de hacerlo, general.

—¡Ah! ¡tratará! repitió O'Higgins.

—Sí, mi general; y puesto que trataré de llegar, quiere esto decir que llegaré.

O'Higgins hizo con la cabeza un movimiento de complacencia.

—El objeto de su salida es llevar un aviso á la tercera división patriota y traer la respuesta del general en jefe.

—Está bien, mi general.

—¿De qué manera piensa usted burlar á los realistas? ¿Tiene ya algún plan formado?

—Sí, mi general, saldré por los albañales disfrazado de mujer.

—¡Disfrazado de mujer!...

Algunos oficiales se sonrieron maliciosamente.

Comprendiendo el significado de estas sonrisas, el bravo dragón exclamó:

—¡Todo por la patria!

—¡Es usted un valiente! exclamó O'Higgins, admirado de la decisión del soldado.

Y, cogiendo una hoja de papel de cigarro, escribió en ella rápidamente estas palabras, que han quedado consignadas en la historia:

«Si vienen municiones y carga la tercera división, todo es hecho».

En seguida, entregó el papel al dragón.

Algunos minutos después, salía éste de la villa;

dejando á los patriotas poseídos de mortal ansiedad, aguardando su regreso.

Mientras tanto, se aprovecha la tranquilidad de la noche para aumentar los medios de defensa. Se rehacen las trincheras; se apaga el fuego del incendio; se recoge los muertos; se cuida á los heridos.

A las dos de la mañana se encontraba el dragón de regreso en la villa.

Había encontrado al general José Miguel Carrera acampado en la vecindad de las Bodegas del Conde, en la hacienda de la Compañía, y traía la contestación al escrito de O'Higgins:

«Municiones no pueden ir sino en la punta de las bayonetas. Mañana al amanecer hará sacrificios esta división; Chile para salvarse necesita un momento de resolución.»

La inteligencia menos perspicaz observará fácilmente que ambas notas de los generales patriotas estaban redactadas en un lenguaje ambiguo.

O'Higgins, como subalterno, que debió haber aprovechado esa circunstancia para rendir satisfacción á su jefe por no haber dado cumplimiento á sus instrucciones, se había limitado á pedir, en forma de orden, el envío de municiones y la carga de la tercera división.

Carrera, por su parte, que tenía autoridad suficiente para reconvenir y mandar, avisaba sencillamente que las municiones solicitadas no podrían ir sino en la punta de las bayonetas y que al amanecer haría sacrificios la división de su mando.

¿Por qué, él, José Miguel Carrera, el arrogante y orgulloso joven, encumbrado en el poder supremo, tenía ahora tan poca entereza de ánimo para no exigir de O'Higgins, que le había reconocido por su superior, se sometiera á sus instrucciones? ¡Misterio! ¿Sospechaba acaso que su autoridad para con O'Higgins era sólo ficticia? Es esto lo más lógico suponer.

Algunos historiadores han aseverado que Carrera dió al dragón el siguiente recado verbal para O'Higgins:

—«Diga usted que esta división no puede encerrarse en la plaza; pero que mañana atacará para que salgan las de adentro.»

Carrera, en su diario de esta jornada, asegura otro tanto y, dado caso de haber sido aquello efectivo (lo que la historia no ha podido esclarecer con evidencia) toda la responsabilidad del fracaso del siguiente día, la tendría O'Higgins, como jefe de las divisiones de Rancagua, según más adelante referiremos.

Muy pronto se difundió en toda la villa la noticia de la llegada del dragón y de la respuesta del general en jefe.

Cesó la ansiedad en los sitiados y la esperanza renació en los corazones; comunicando nuevo vigor á los fatigados cuerpos para continuar adelante en las obras de defensa.

Muchos no dudaron ya de la victoria: la primera jornada había sido un triunfo para las armas

de la patria; el nuevo día que pronto iba á clarear proporcionaría el vencimiento decisivo. Atacaría la tercera división que traería municiones y refuerzos y, si solas las dos primeras divisiones habían logrado tener á raya y rechazar los ataques del ejército realista, justo era esperar que ahora, reunidas las tres secciones patriotas, ocasionarían el descalabro de las fuerzas realistas.

¡Oh, la esperanza!... ¡sublime virtud! ¡qué pronto germinas y creces en nuestra alma, abarcándolo todo, oscureciendo y dominando á nuestra razón; la que, por lo común, sólo abriga el frío y cruel escepticismo! ¡Tú operas grandes prodigios: como ser, sostienes al hombre cuando trata osado de alcanzar la cima del poder y de la dicha terrenal! Pero, ay, que cada una de tus decepciones es un dardo envenenado que hiere el corazón y le martiriza. ¿Y qué queda al alma desventurada que arroja de su seno la esperanza?... El horror de la desesperación.

¡Ahora, alienta á los sitiados la expectativa del triunfo! ¡muy pronto sólo les prestará las fuerzas para el sublime sacrificio, la resignación del martirio!

CAPÍTULO IV

EL AMANECER DEL 2 DE OCTUBRE

Casi á la misma hora en que se reunían en consejo los jefes patriotas en el recinto de la villa, en el cuartel general realista, se congregaban á su vez los jefes y oficiales del ejército español y se discutía la resolución que convenía adoptarse en vista de la derrota sufrida en el día y de otras circunstancias agravantes.

Hemos dicho, en otra ocasión, que el general español Ossorio carecía del requisito indispensable en todo buen general: la resolución.

Efectivamente. Se había imaginado que el triunfo sería fácil y seguro; aun, se había burlado de lo que él llamaba petulancia en los sitiados: de esa insignia de negro color que había visto flamear sobre la torre de la iglesia de Rancagua: ahora, se le representaba con insistencia en su imaginación cual un fantasma amenazador.

Había invitado á sus oficiales á sentarse á su mesa aquella tarde dentro de la ciudad conquistada, y celebrar allí la victoria con delicados manjares y exquisitos vinos. Y no faltó quién maliciosa-

mente le cobrara el cumplimiento de su palabra y había sentido que el bochorno le coloreaba sus mejillas con un subido carmín.

Recordó con temor que había desobedecido al virrey Abascal; pues, encontrándose el 29 de Septiembre en la hacienda de la Requínoa, había llegado hasta él un emisario que le había transmitido órdenes premiosas.

La situación en el virreynato se había hecho sumamente embarazosa por cuanto los patriotas habían triunfado en Buenos Aires y habían ocupado Montevideo; lo que les permitía reforzar los ejércitos del norte. Ultimamente, la insurrección había estallado en el Cuzco. Todo lo cual había obligado al funcionario español á despachar un barquichuelo á Chile con comunicaciones para el general Ossorio.

Este recibió orden de pactar con los patriotas á todo trance y de cualquier manera, y de reembarcarse inmediatamente para el Perú con el regimiento de Talaveras y demás fuerzas disponibles.

La falta en el cumplimiento de estas órdenes podía importar la pérdida del virreynato.

Alarmado Ossorio de la tremenda responsabilidad que pesaba sobre su cabeza, fué incapaz de resolver por sí mismo. Había roto los tratados de Lircay, ¿cómo, pues, entrar ahora en un nuevo pacto con los rebeldes? Imposible. Los insurgentes aprovechando la retirada de las tropas realistas, las hostilizarían. Estaba, pues, amagado con perder

su ejército sea en el ataque ó en el reembarque; ó bien, perder al Perú.

Convocó entonces un consejo de oficiales y estos resolvieron lo que Ossorio era incapaz de decidir. Resultado fué que se hizo caso omiso de las instrucciones recibidas, se apuró la marcha y al día siguiente se había empeñado la batalla de Rancagua.

Ahora, sumergido Ossorio en un mar de sombrías y penosas cavilaciones, pensaba que el virrey le achacaría á él la inobediencia y, además, la pérdida de su ejército.

Después de dos horas de perplejidades resolvió al fin levantar el sitio y emprender la retirada al sur á fin de embarcarse para el Perú, en cumplimiento de las órdenes de Abascal.

Esta decisión la hizo transmitir por medio de uno de sus coroneles de ejército á los jefes de las cuatro divisiones.

La orden se divulgó pronto en todo el campamento y los oficiales, indignados, se dirigieron á la presencia de Ossorio; á fin de disuadirle de su propósito.

Hiciéronle saber, que el honor militar no les permitía volver la espalda al enemigo, cuando ya la acción había sido empeñada. Que, por otra parte, no se debía desesperar del éxito de la batalla porque los patriotas hubieran opuesto tan tenaz resistencia á los asaltos del día, puesto que al fin las balas abrirían boquetes en las trincheras por

los cuales entraría el ejército del Rey. Y, argumento decisivo, la retirada envolvería un desastre, pues tan pronto supieran los patriotas que ellos abandonaban el campo saldrían de la villa para atacar el ejército en el paso del Cachapoal y, unidos con la otra división patriota estacionada en los alrededores de Rancagua y muy fuerte en caballería, harían considerables destrozos en las tropas, ya desorganizadas y faltas de valor desde el momento en que la retirada les significaría una derrota.

A pesar de tan juiciosos como enérgicos razonamientos, Ossorio persistía siempre en su propósito de efectuar la retirada. Los oficiales ya desesperaban de imponerse á su jefe y pensaban si debían, como un argumento final, romper sus espadas, antes que obedecer á Ossorio.

En esa circunstancia, un oficial entró con pasos precipitados á la sala en que se celebraba la reunión, y directamente y sin vacilar se acercó al general Ossorio.

—General, dijo, ¡una comunicación importante!

Y pronunció estas palabras con una voz emocionada, que se le anudaba en la garganta; efecto quizás del apresuramiento de la llegada ó bien de la calidad de la noticia de que era portador.

—¿De qué se trata, coronel? exclamó Ossorio.

—El capitán Padilla pide audiencia á Su Excelencia, á fin de hacerle partícipe de las informaciones que acaba de recibir del estado de los sitiados.

Hubo un movimiento general de sorpresa.

—¡Informaciones del estado de los sitiados! repitió Ossorio con acento de extrañeza y ansiedad.

—Efectivamente, general.

—Explíquese usted, coronel.

—Dos soldados, amigos del capitán Padilla, han abandonado esta noche el campo patriota y se encuentran en nuestro poder.

Los labios de Ossorio, un momento antes contraídos nerviosamente, se entreabrieron para dejar escapar una involuntaria exclamación de alegría.

—¡Ah! exclamó, ¡qué bella noticia!

Los oficiales, no menos estupefactos y admirados que su general, se agruparon en torno del coronel y le enterrogaban con la mirada.

Impasible ya el oficial, replicó:

—Aguardo su respuesta, general.

—¡Pues, que vengan inmediatamente! ¡Oh, que vengan!

—¿Quiénes? el capitán Padilla?

—Sí, precisamente, el capitán Padilla y también esos dos soldados; quiero verles, interrogarles. Al fin sabremos á qué atenernos respecto al resultado que nuestras granadas han efectuado en Rancagua.

—Perfectamente, mi general.

El teniente giró sobre sus talones, avanzó hacia la puerta y desapareció por ella.

Un momento más tarde, se presentaba en el umbral un hombre vestido con un brillante uniforme. Su brazo derecho lo tenía en cabestrillo.

Un verdugón amoratado cruzaba su mejilla.

A este hombre harto le conoce ya el lector: es Tristán Padilla, que ha ingresado al ejército real y ocupa en él el puesto de capitán de milicias de caballería.

Impulsado por un sentimiento de venganza hacia Armando y Laura, había solicitado del general Ossorio un puesto entre su oficialidad y aquél por una gracia especial le había concedido el grado de capitán en el escuadrón de los carabineros de Abascal; cuerpo que formaba parte de la vanguardia del ejército y era comandado por el bravo coronel Ildefonso Elorreaga, muerto algunos años después en la batalla de Chacabuco. Padilla había preferido el arma de la caballería porque así quedaba en aptitud de perseguir con éxito á Laura, dado caso de que auxiliada por su hermano ó Armando emprendiera la fuga; lo que, sin embargo, lo consideraba ya como imposible á causa del riguroso cerco en que se mantenía á la ciudad.

El nombramiento de capitán lo había obtenido Padilla en un rapto de entusiasmo de Ossorio, después de algunas noticias capciosas que acerca del número, armamento y aprovisionamiento de las tropas patriotas le había comunicado. Sin embargo, á medida que había ido avanzando el día y que los realistas sufrían nuevos rechazos, Ossorio había empezado á fruncir el ceño en presencia de Padilla y dábale la espalda con muestras de mal humor. Aun, en un momento en que se encontra-

ron á solas, le había dicho el general con voz irritada:

—Capitán, usted me debe una satisfacción.

Padilla, que había tratado inútilmente de evadir el encuentro, comprendiendo el alcance de las palabras de Ossorio, no tuvo valor sino para exclamar con una voz casi suplicante:

—Mi jefe, usted me hará el alto honor de explicarme sus palabras...

Ossorio le interrumpió:

—Digo que me debe una satisfacción porque usted hoy me ha dado datos falsos, ó á lo menos erróneos, de las fuerzas con que cuentan los sitiados: pues, no se comprende, de otra manera, cómo mis tropas hayan sido batidas tan ignominiosamente.

Padilla se inclinó humildemente delante del general.

—Repare Su Excelencia, dijo, que me infiere una ofensa gratuita.

—¿Acaso usted persiste en afirmar que el número de las tropas sitiadas ni siquiera alcanza á dos mil soldados?

—Estoy absolutamente convencido de ello.

Ossorio se exasperaba progresivamente y dijo, alzando la voz:

—¿Y cómo en tal caso comprender mi derrota, capitán? ¡Vamos! ¿cómo se comprende?

Padilla se inclinó nuevamente.

La sumisión del capitán de milicias desarmó al orgulloso general español.

Y exclamó, no ya exasperado, sino más bien con acento apacible:

—¡Vaya! hable y no tenga usted temor.

—Dudo que mi respuesta bastará para satisfacer á Su Excelencia.

—Eso corre de mi cuenta.

—Pues bien, sostengo la veracidad de los informes que le suministré. Ahora, que la victoria no la hayan obtenido aún las valientes tropas de S. M. el Rey, sólo lo puedo atribuír á que los sitiados han sacado fuerzas de flaqueza y que se defienden con la energía de la desesperación porque bien saben que tan pronto entre á la ciudad el ejército real caerá la bandera de la patria, destrozada en jirones, para no volver más á flamear ni sobre Rancagua ni sobre ninguna otra ciudad de Chile.

—En consecuencia, ¿dice usted que?...

—Rancagua no puede tardar veinticuatro horas en caer en poder de Su Excelencia.

—En todo caso, debe usted reconocer su torpeza, capitán, al haberme hecho halagar la idea de que los sitiados no opondrían resistencia seria y que obtendríamos fácilmente los honores del triunfo.

Padilla se inclinó una tercera vez.

—Reconozco mi torpeza, general, dijo.

Satisfecho Ossorio porque había descargado en alguien su ira, se retiró; dejando á Padilla poseído del más acerbo dolor y rabia.

—¡Debo reconocer mi torpeza! repitió con sorda voz, hablando consigo mismo. ¿Si seré torpe,

efectivamente? ¡Heme aquí en la desgracia del general! Esto arruina todos mis planes contra Laura y Armando. Pero, no, ¡es imposible que la adversa suerte me venza! Yo encontraré el medio de reconquistar la amistad del general; la necesito para el cumplimiento de mi venganza. ¡Desdichada de ti, Laura: porque cada uno de mis sufrimientos, de los que tú eres la sola causa, es un aguijón más que me mueve á procurarte tu desgracia; ya que no quisiste aceptar la felicidad que te ofrecía!

Con el ceño contraído, la mirada ardiente y el ademán nervioso, dió unos cuantos pasos por la habitación; semejaba un loco en uno de sus ratos de delirio.

Reflexionaba, y reflexionaba en vano: ninguna idea venía en amparo de su penosa situación.

La fiebre comenzó muy pronto á posesionarse de su cuerpo y á entorpecer sus facultades. Salió entonces en busca del aire fresco de la noche, que calmara su ardor.

No tardó mucho rato en saber, incidentalmente, que el general Ossorio pensaba levantar el campamento y retirarse con sus tropas al sur; que, con el fin de disuadir al general de esta idea, se dirigían los oficiales al cuartel general.

—¡Esto más! exclamó Padilla con trágica entonación. El ejército del Rey huye delante del ejército patriota. El infierno se conjura en mi contra. ¡Adiós mi venganza!

Padilla se pasó repetidas veces una de sus manos

por su abrasada frente y permaneció así durante un largo trascurso de tiempo, en la más completa inmovilidad: cual si, de improviso, hubiera perdido el uso de sus facultades vitales.

Ni por un sólo momento pensó en acercarse á Ossorio para ver modo de hacerle cambiar de intenciones. Tal proceder habría sido, más que un desatino, un absurdo.

Se había, pues, resuelto á aguardar el resultado de los hechos. Estaba convencido que él no tenía poder contra ellos; ni aun para modificarlos.

Sumido en sus tristes reflexiones se paseaba á pasos lentos por el campamento, cuando de pronto, á favor de la incierta claridad de la noche, vió que venía hacia él con pasos acelerados y que se detenía á su frente un soldado de su compañía de Carabineros, que le llamó por su nombre:

—¡Mi capitán Padilla!

—¿Qué se ofrece? replicó Padila, maquinalmente.

—Dos soldados patriotas se han fugado de Rancagua y se han pasado á nuestras filas.

La noticia era sensasional y hubiera bastado para que Padilla en otra circunstancia cualquiera se entusiasmara; mas, en el estado de casi enagenación mental en que se encontraba en ese instante, no alcanzó á comprender todo el alcance del anuncio y se limitó á replicar:

—¿Y bien?

Al pronunciar enfáticamente estas dos palabras, se encogió ligeramente de hombros.

—¿Y bien, mi capitán?... repitió el soldado con acento zumbón, que los dos hombres, dicen conocerle y piden ser conducidos inmediatamente á su presencia, pues tienen que revelarle valiosos informes.

A medida que el soldado había ido pronunciando la anterior frase, Padilla, al propio tiempo, abría desmesuradamente los ojos y aguzaba los oídos.

—¿A mí?... me conocen?... dos soldados?... pensó. ¿Quiénes pueden ser?

Una idea acariciadora surgió rápida en su cerebro.

—¡Ah!... ¡si fueran ellos!... murmuró, con entonación de júbilo. ¡Si fueran ellos!

Padilla recordaba al Gruñón y al Cariñoso.

—¡Oh!, que vengan! ¡que vengan cuánto antes!

Igual exclamación profirió Ossorio cuando le comunicaron la misma noticia.

El soldado, sin replicar, se alejó en cumplimiento de la orden de Padilla y su silueta se perdió entre las sombras de la noche.

Poco rato después, guarecido bajo una tienda de campaña y sentado junto á una mortecina lumbre, aguardaba impaciente Padilla la llegada de los soldados desertores.

Estos no tardaron en presentarse á su vista. Padilla arrojó un grito de júbilo al reconocer en el semblante de uno de los recién llegados la fisonomía del Cariñoso.

Impulsado por un sentimiento espontáneo de

afecto, se abalanzó hacia el bandido y le abrazó con efusión. Dirigió, en seguida, una mirada escrutadora al compañero que traía.

El Cariñoso presentó á su amigo con la siguiente lacónica frase:

—Es el compadre Julián; una buena persona.

Padilla pudo entonces notar que la voz del coloso tenía un acento de tristeza; augurio de que algún suceso desgraciado había ocurrido. Una idea vino á su mente.

—¿Y el Gruñón? preguntó.

Por toda respuesta el interrogado prorrumpió en un lamentable sollozo.

—¿Acaso ha muerto?

El Cariñoso hizo un signo negativo con la cabeza.

—¿Está herido entonces?

Otro signo negativo.

Impacientado Padilla, hizo un movimiento de fastidio.

El Cariñoso murmuró entre dientes:

—¡Está preso!

Pero, ya otra idea preocupaba á Padilla; así que se apresuró á exclamar:

—¿Y Laura? qué me cuenta usted de la hermosa Laura? qué ha sido de ella? ¡Responda, por compasión!

Contrariado el Cariñoso del poco sentimiento que demostraba Padilla por la prisión del Gruñón, en vez de contestar á la pregunta que se le hacía, se mordió los labios de despecho.

Padilla repitió, enronqueciendo la voz:

—Pregunto qué ha sido de Laura

—¡Está casada! respondió con ruda aspereza el malhechor.

Padilla sintió un agudo dolor en su corazón.

—¡Casada ya! repitió con voz sofocada.

Dos gruesas lágrimas anublaron sus ojos.

Haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, preguntó:

—¿Y con quién?

El Cariñoso, sin vacilar, contestó con su bronca voz:

—A estas horas es muy feliz el joven Armando.

Padilla reprimió un juramento.

Ocultóse el rostro con sus manos y permaneció en esa actitud durante algunos segundos, mudo, reflexivo.

Al cabo se enderezó y descubrió su semblante, que miró altanero hacia lo alto. Sus ojos estaban ya secos, vidriosos y sanguinolentos.

Apretó sus puños, mientras exclamaba esta sola palabra:

—¡Venganza!

Y otra voz, ronca y amenazante también, murmuró entre dientes, como un eco:

—¡Venganza para ti también, Gruñón!

Era el coloso quien así hablaba.

Trascurrido el primer momento de furor de Padilla, el Cariñoso le refirió con todos sus detalles, la escena que hemos relatado al lector en el primer

capítulo del segundo tomo de esta obra, agregando que disfrazado de soldado había logrado fugarse en compañía del compadre Julián.

Volvamos ahora al momento en que Padilla se presentó en la sala en que estaba Ossorio y su brillante oficialidad.

Avanzó con paso resuelto hasta el centro de la estancia y saludó á los concurrentes con un cortés ademán. En seguida, se colocó frente al general y después de hacer ante él una ligera inclinación de cabeza, aguardó á que le interrogasen:

—¡Qué palidez, capitán! ¡Está usted cadavérico!

Padilla no se esperaba tal recibimiento. Con todo, se esforzó por sonreír, mientras decía:

—Mi palidez no hace al caso, general. Es efecto de la herida. Se trata, ahora, de algo más importante...

—Bien, capitán, veo que es usted valiente y que no se ocupa de pequeñeces. ¡Vamos, pues, al asunto que le trae aquí!

El semblante lívido de Padilla se cubrió en sus mejillas de un tinte encarnado. Las palabras del general le abochornaron: ¡le había dicho que era un valiente y él no se consideraba acreedor al título!

Padilla miró hacia la puerta.

De pronto, después de un mortificante rato de silencio, dijo:

—¡Un momento, general!

Se dirigió hacia la parte de la sala por donde había entrado. Habló ahí unas cuantas palabras

en voz baja á dos hombres que asomaron sus rostros bajo el dintel y, en seguida, los hombres precedidos por Padilla se adelantaron hasta colocarse junto al general Ossorio.

Este y sus oficiales habían permanecido mudos, mientras observaban con extrañeza el procedimiento de Padilla.

—Tiene usted en su presencia, mi general, dijo Padilla, dos amigos míos que difrazados con el uniforme de los soldados patriotas han salido esta noche de Rancagua. Ellos me han comunicado interesantes noticias acerca de los sitiados. Puede usted interrogarles, general, en la forma que más sea de su agrado y se convencerá que los informes que yo le di eran estrictamente la verdad y que usted hará muy mal si abandona el sitio cuando ya la desesperación está en el ánimo de los defensores de Rancagua que, sin agua, sin víveres, sin municiones en cantidad suficiente, habiendo perdido sus mejores soldados y artilleros, no tardarán en sucumbir ó rendirse, si S. E. ordena á su ejército continuar los asaltos.

Padilla dijo esto con una entonación de sinceridad, adecuada para convencer á sus oyentes de la verdad de sus aseveraciones.

Describir la escena que se sucedió á las palabras proferidas por Padilla, es alargar demasiado la narración. Baste decir que los hombres fueron interrogados por Ossorio y sus oficiales y que, al cabo, satisfecho y convencido el general, dijo:

—Jefes y oficiales: las circunstancias han cambiado ahora para nuestro ejército; es inútil ya discutir sobre si debemos ó no continuar el sitio; es menester activarlo con el mayor empeño posible; mañana al amanecer continuarán los asaltos que seguirán sin interrupción durante todo el día hasta tanto no caiga la plaza en nuestro poder. Debemos dar gracias á la divina Providencia por habernos enviado, personificados en estos dos desertores, los emisarios del triunfo de las armas de S. M. el Rey. Roguemos á nuestra santa madre la virgen del Rosario para que nos conceda la victoria y podamos asistir pronto á un solemne *Te Deum,* que prometo hacer celebrar en Rancagua en acción de gracias por el éxito de la batalla que empeñaremos mañana.

Ossorio tenía fe ciega en el poder de los santos de su devoción. Las balas y bayonetas no decidían los combates; estos eran el resultado de la voluntad de aquellos; por lo que dirigía continuas preces y hacía mandas con el objeto de inclinarlos á su favor. Muchos de los oficiales de su ejército participaban de esa misma creencia. En antaño, y aun en la época presente, los españoles han hecho siempre gala de su ciega confianza en los milagros y han abandonado en manos de la Providencia la resolución de los problemas de esta vida terrenal; en la persuación de que quedarán resueltos en su favor, sin necesidad de hacer nada ó casi nada de su parte por el éxito. Es lo que se ha convenido en

llamar el fanatismo, que la misma religión condena.

Los oficiales realistas, entusiasmados igual que su jefe, juraron á Ossorio romper sus espadas si en la tarde de aquel día que luego iba á lucir, no habían pisado aun la plaza de la villa.

Padilla había presenciado esta escena con íntimo regocijo. Aun, tuvo la satisfacción de oír estas palabras de Ossorio:

—Capitán Padilla, si nuestras armas obtienen la victoria que esperamos, cuente usted con mi palabra de honor que le concederé cualquier favor que me solicite en pago del inmenso servicio que ha hecho usted esta noche á S. M. el Rey y á sus servidores.

Poco rato después se disolvía la reunión y Padilla se retiraba no para hacer descansar su fatigado cuerpo sino para ir á maquinar en la soledad del aislamiento y arrebujado en la capa sutil de la oscura noche, una manera rápida y segura para llevar á feliz término su proyecto de venganza.

Mientras tanto, se continúa adelante en los preparativos contra el ataque: se construyen nuevas barricadas para impedir una salida de los sitiados; se colocan centinelas en los puestos de avanzada con el propósito de evitar una sorpresa nocturna; y se perforan las murallas de las casas que han caído en poder de los asaltantes en el primer día del combate, para que sirvan como fortificaciones desde donde hacer fuego sobre las trinche-

ras patriotas y proteger así el ataque de los realistas. Las tapias á lo largo de las calles han sido aspilleradas, á fin de amparar la defensa de los realistas en los avances de los patriotas.

La aurora sorprende á sitiados y sitiadores en sus obras de defensa y ataque.

Allá, hacia el lejano oriente y sobre las altas cordilleras, invade el firmamento una furtiva claridad, pálida, indecisa, que lenta pero progresivamente se va extendiendo por los ámbitos de la dilatada bóveda é iluminando la tierra con sus destellos, á cada instante más vívidos. Luego, esa claridad furtiva se trasforma en luz de vivísimo tono, que colora con sus reflejos dorados las cimas de los Andes, envueltas en su perpetua cobertura de nieve. Por fin, el disco rojo del sol asoma su faz y mira á la tierra y los rayos de sus ojos, todo sangre y fuego, iluminan el espacio desde la altura inconmensurable del cénit hasta la profundidad tenebrosa del abismo.

La noche ha recogido ya su manto que lo oculta y lo calla todo y aparece el día en que la naturaleza luce la esplendidez de sus galas: el cielo su azul purísimo y la tierra su grato verdor. La campiña renace nuevamente á la vida y los seres creados recobran su animación; las aves en la arboleda dejan oír sus trinos en alabanza al esplendor de la naturaleza, los animales en la pradera corren y saltan jugueteando alegremente sobre el húmedo y mullido pasto y el tranquilo labrador del campo

vuelve á su faena interrumpida la tarde anterior.

Al apuntar la claridad de la alborada el ejército realista, despertando de su letargo, abandonó las posiciones estratégicas al abrigo de las cuales había pasado la noche y comenzó á moverse en diversas direcciones. Los cuerpos de tropas, evolucionando alrededor de la plaza de Rancagua y torciendo entre las calles que la rodean, semejaban múltiples é inmensas culebras que envolvían y estrechaban entre sus continuados anillos el recinto de la villa dentro del cual se encontraban refugiados los sitiados.

El espacio se estremece nuevamente, agitado con violencia y sin interrupción por sordas vibraciones sonoras que repercuten hasta el lejano horizonte. Cada pecho se conmueve al unísono de esas vibraciones, cada corazón late con impulsos irregulares, cada vida tiembla de temor de cesar á cada momento en su existencia.

Rancagua se envuelve en una densa humareda que se eleva al cielo en blanquecinas espirales, y lo cubre con un velo que oculta el azul purísimo del firmamento. El olor á pólvora es sofocante y enardece los ánimos con desesperado coraje.

¡Ah, qué terrible cuadro! ¡La batalla ha recomenzado y con fiera crudeza! ¡Es de ver y compadecer á esos hombres de cuerpos fatigados, de rostros ojerosos por un día de combate y una noche de insomnio y trabajo, arrastrarse por el

suelo abrazados del fusil, acechando la ocasión de disparar el plomo homicida!

¡Se saluda el encandecido disco del sol con el fuego de los cañones y el derramamiento de la sangre!

¡Es el cuarto y vigoroso asalto que emprenden los realistas contra la plaza de Rancagua!

CAPÍTULO V

UN AHORCADO

Ginete en un brioso caballo recorría Tristán Padilla las posiciones realistas, siguiendo con vivo interés los variados incidentes de la batalla. A su lado cabalgaba su asistente, el Cariñoso.

Se encontraba en la Cañada, al norte de la villa. Su mirada recorría la extensión de la calle de la Merced. De pronto alzó la vista y fijó su atención en la torre de ese mismo nombre. Vió entonces un espectáculo extraño que le sorprendió.

En lo alto de la torre, pendiente de una gruesa viga que sobresalía al exterior algo así como dos varas de extensión, se columpiaba en el espacio el cuerpo de un hombre.

Indudablemente que ese hombre había sido colgado de esa manera para recibir ahí la muerte.

Se agitaba en ese instante en el estertor de su agonía.

—¿Quién será ese ahorcado? se preguntó á sí mismo en alta voz, al propio tiempo que miraba con insistencia, tratando inútilmente de adivinar

en aquel cuerpo, que ya pendía inmóvil, alguna persona que le hubiera sido conocida.

En vano torturaba su imaginación, pues no hallaba respuesta á su curiosidad.

En esto, oyó que alguien sollozaba á su lado.

Volvió el rostro con viveza y vió al Cariñoso con los ojos llorosos, fijos en la malhadada torre.

Estupefacto Padilla, preguntó:

—¿Qué es lo que sucede, buen amigo?

Desde la noche anterior, Padilla había comenzado á tratar con ternura, con mimo al Cariñoso; le era deudor de su futura venganza y este era un motivo más que suficiente para que le tuviese afecto. Por otra parte, deseaba distraerle de su incomprensible ensimismamiento, pues revelaba en su semblante, en su mutismo y su conducta reservada, que la tristeza le tenía sobrecogido el ánimo y que preocupaba su cerebro algún secreto designio.

El Cariñoso bajó hasta el rostro de Padilla la mirada de sus ojos grandes, oscuros, ahora húmedos y dijo con voz cavernosa y entrecortada:

—¡La maldición está con nosotros!

E hizo crugir sus dientes de coraje.

Padilla sintió que un frío estremecimiento recorría su cuerpo.

—¿Por qué? preguntó, aparentando indiferencia.

El Cariñoso, por toda respuesta, extendió su brazo derecho y con el índice de su mano señaló la torre de la Merced.

Fastidiado Padilla, dijo, con acento de despecho:

—¿Y bien?

—¿Ve usted aquel cadáver, envuelto en este momento por una nube del humo de los cañones patriotas?

—Sí.

—¿Ignora usted quién ha sido el desgraciado que ha perdido la vida de tan bárbara manera?

Padilla tuvo un presentimiento.

—¡El Gruñón! dijo.

—¡El Gruñón! repitió el coloso con indefinible entonación de amargura.

Ambos guardaron silencio; el dolor y la rabia conmovían sus almas.

Los caballos, no sintiendo la presión de la rienda, echaron á andar de común acuerdo.

Los jinetes dejaron que sus caballos se alejaran del lugar en que presenciaban aquella penosa escena.

No hubo más cambio de palabras; prosiguieron su camino silenciosos. Sin embargo, bien se echaba de ver que ambos rumiaban en aquel momento un mismo pensamiento: el anhelo de la venganza palidecía sus rostros, contraía sus labios y hacía torvas sus miradas.

¿Por qué el Gruñón había tenido aquel trágico fin?

Lo referimos en pocas palabras.

Luis se había retirado de su casa, preocupado del designio de averiguar quién era el verdadero culpable en el atentado contra Armando.

Sospechaba de O'Higgins.

—Si verdaderamente es el general, pensó el joven, quien envió á ese bandido para que matara á Armando, natural es que se oponga á que reciba el culpable el castigo de su crimen... así que...

Luis formó su plan y, sin pérdida de tiempo, se dirigió al despacho de O'Higgins. Después de una corta antesala, fué introducido á su presencia.

El joven fué saludado por el general:

—¿Qué novedad tenemos, señor Godoy?

—Vengo en nombre de la justicia, replicó Luis.

—Bienvenido sea, dijo O'Higgins.

Luis se afirmó sobre sus talones y, mirando al rostro á su interlocutor, dijo:

—Pido el castigo del hombre que atentó contra la vida de Armando.

—Razonable es.

—Se niega á confesar por cuenta de quien ha obrado y dice que no teme á la muerte, con la cual le he amenazado para que hable.

—Entonces que muera.

—Eso venía á pedir á S. E., la muerte de ese malvado.

—Está concedida; estimo que no hay necesidad de proceso militar ó judicial puesto que, según entiendo, el criminal no pretende negar que su intención fué dar la muerte á mi valiente capitán.

—Precisamente, no pretende negar.

—Extenderé la orden para que sea fusilado

esta misma noche, ó mañana al amanecer; según sea el apuro que usted tenga. Se le darán los tiros de ordenanza.

El joven no replicó. Todas sus conjeturas quedaban destruídas. El general O'Higgins revelaba una naturalidad pasmosa que comenzaba á desconcertarle, puesto que era como una reconvención para su crueldad la prisa un tanto sarcástica con que el general le concedía, sin la menor dilación, la muerte solicitada del Gruñón, á quién Luis había creído impulsado por el general.

—Discúlpeme usted... balbuceó.

—¿De qué apetece disculpa?

—Puede quizás creerme alentado de un sentimiento de crueldad que no tengo; pues, si usted supiera que...

Un momento más, y Luis hubiera confesado de plano cuál había sido el verdadero móvil de su solicitud. Esto le hubiera perdido para siempre en el concepto de O'Higgins. Luis se había completamente aturdido al encontrarse con un resultado tan contrario del que se había imaginado.

Felizmente, O'Higgins, que no se preocupaba de sondear el pensamiento de Luis, dijo, mientras se alzaba de su asiento como en señal de que daba por terminada la entrevista.

—Al contrario mi buen amigo, usted obra impulsado por la justicia y yo estoy en la obligación de atender su reclamo, máxime cuando el asunto tiene tan directa relación con la felicidad de su hermana,

que no por haber cambiado de estado ha dejado por esto de merecer mi aprecio más decidido.

—Gracias, un millón de gracias, general.

—No hay nada que agradecer; en el acto daré mis órdenes para que mañana al amanecer sea fusilado el malhechor... pero... ¡ah, se me ocurre!... ¡qué excelente idea!... en vez de fusilarle, le colgaremos de la torre de la Merced. Este será un espectáculo que hará reír á nuestros soldados, al tiempo que en los realistas producirá un efecto saludable; se convencerán que nuestros propósitos no son muy mansos cuando comenzamos las operaciones del día de tan poca amistosa manera...

A Luis le faltaba la voz para replicar, ó siquiera para asentir á las palabras del general.

O'Higgins repuso:

—¿Acaso no prefiere usted este sistema de muerte al otro, que sólo conviene para los hombres dignos, los que cargamos el fusil ó empuñamos la espada en el campo de batalla?

Luis hizo un signo afirmativo con la cabeza, no por voluntad sino más bien por un movimiento instintivo.

—Perfectamente, exclamó O'Higgins; retírese usted confiado de que emplearemos la justicia, con el rigor que requieren las actuales difíciles circunstancias.

O'Higgins saludó á Luis y, dándole la espalda, salió de la habitación.

Pensaba:

—Este muchacho sabe manejar la espada en el combate, pero en algunas ocasiones es más tartamudo que un niño que comienza á hablar.

Luis salió de la estancia á pasos irregulares, con el semblante encendido y ofuscado el cerebro.

El Gruñón supo que iba á ser ahorcado. Preguntó la causa y le dijeron que porque no había querido confesar quien era el causante del atentado. Luis tuvo el cuidado de hacérselo saber, confiando que el Gruñón confesara. Pero, éste era testarudo y, si en un principio se había negado, se creía ahora obligado por su amor propio á sostenerse en la negativa. Por otra parte, no dió crédito á la efectividad de su condena y pensó que siempre tendría tiempo de retractarse al día siguiente.

Al amanecer, fué sacado el Gruñón de su calabozo y conducido á la torre de la Merced por un piquete de soldados. Entonces comprendió que efectivamente se trataba de ahorcársele. Miró hacia abajo y los cabellos se le erizaron de miedo al medir con la vista la altura sobre la cual iba á ser suspendido; vió el poste que sobresalía del recinto de la torre y en cuyo extremo se había sujetado la cuerda que oprimiría muy pronto su cuello.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. El miserable no quería morir. El día amanecía y lucía las esplendentes galas de la agreste naturaleza. Él se encontraba en la plenitud de su vida: la sangre hervía en sus venas; sentía ansias de disfrutar de

las pasiones que proporcionan al hombre el placer sensual. Él también amaba á una mujer vulgar, pero joven y ardiente; la amaba con ese amor brutal del hombre falto de inteligencia y de sangre hirviente. Sintió una opresión en el pecho, una terrible angustia que le movían á echarse de rodillas y á implorar el perdón. Hubiera gritado y llorado para desahogar su alma, pero su hasta entonces indómita fiereza se revelaba y sobreponía á ese espontáneo sentimiento de temor y permanecía mudo, inmóvil... Sólo una intensa palidez que cubría, cual un sudario mortuorio, su semblante; sus ojos abiertos desmesuradamente, que tenían la expresión del horror; su boca jadeante, que dejaba escapar su aliento irregular; su pecho que se agitaba en convulsiones, por una emoción reprimida; sus manos crispadas nerviosamente: eran indicios bien evidentes de su indefinible temor.

Uno de los soldados se acercó al Gruñón y, al tiempo que le decía con aspereza:

—Encomienda tu alma á Dios; ya que tu cuerpo va á morir.

Colocó el nudo corredizo en el cuello del bandido. Éste arrojó un grito desesperado:

—¡Perdón! exclamó, ¡lo confesaré todo!...

Pero, ya los demás soldados tiraban de la cuerda...

El Gruñón extendió sus rígidos brazos para librarse del cordel; mas, dos soldados se arrojaron contra el bandido: uno le sujetó las manos, mientras

....I sintió que le arrojaban al espacio.....

el otro le levantaba de las piernas y le balanceaba para arrojarle en el espacio.

El Gruñón sintió un vértigo de espanto.

Hizo, sin embargo, un violento esfuerzo y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Piedad! ¡piedad! es don Tristán Padilla el culpable; yo no soy sino un desgraciado mandado por él.

Su voz se había vuelto ronca y su acento entrecortado hacían casi ininteligibles sus palabras.

Uno de los soldados dijo, con indiferencia:

—¿Qué está hablando ese hombre?

Pero, ya el que le suspendía de los pies, exclamaba:

—A la una, á las dos y... ¡allá va!

El Gruñón, que instintivamente comprendía que no hacían juicio de su confesión, tartamudeaba con voz cada vez más ronca:

—¡Es Padilla el culpable! ¡es Padilla!... es Padilla!

Al pronunciar esta última palabra el soldado decía: ¡allá vá! y el Gruñón sintió que era arrojado en el espacio y que una ligadura le oprimía el cuello, cortándole la respiración y desgarrándole las carnes.

—¡Padilla! alcanzó aun á decir, en un doloroso gemido.

Y luego su cuerpo comenzó á agitarse en las convulsiones de la agonía.

—Ha dicho que Padilla es el culpable, dijo el

hombre que había hablado anteriormente: ¿me habré engañado?

—Pues, ahora que diga lo que quiera, replicó otro.

—Si es que puede, concluyó un tercero.

En ese instante oyóse una especie de rugido, un sonido salvaje, bronco, pavoroso.

Era que el malhechor daba su último gruñido. Murió conforme había vivido, haciendo cumplido honor á su sobrenombre de ¡el Gruñón!

Después de ese postrer rugido, el cuerpo quedó inmóvil y el rostro del bandido adquirió el color lívido de la muerte.

Los soldados comenzaron á bajar la escalera de de la torre.

Antes de descender, el último de los soldados pronunció una sentencia; que fué toda la oración fúnebre del Gruñón:

—Hemos ahorcado no á un hombre, ni á un salvaje, sino á una bestia.

Aquella bestia que había profanado el santuario de Dios, había tenido su fin sobre la torre que se alzaba sobre ese mismo santuario...

Los que le habían ultimado eran guardias de la cárcel de Rancagua, hombres que en varias ocasiones habían tenido que ver con el bandido y que siempre habían sido burlados por éste. Así se explica la saña que le tenían; aun después de su ignominiosa muerte.

La circunstancia de que era un bandido de la

profesión, y que había perpetrado algunos crímenes y era el autor de numerosos robos, fueron también parte muy principal para que el jefe patriota de Rancagua acordara su muerte.

Luis se encontró con los soldados al pie de la torre.

—¿Ha muerto? preguntó.

—Sí, le contestaron.

—¿Y hasta su último momento se negó á confesar?

—Entiendo que le oí decir que el culpable era un tal Padilla, dijo el que había prestado atención á las palabras del bandido.

—¿Eso ha dicho? exclamó Luis, sofocado.

Y se golpeó la frente con su diestra, con ademán excitado.

—Tal he creído oír, dijo el soldado.

—A mí también me pareció escuchar algo semejante, agregó otro.

Luis alzó la vista al cielo.

—¡Qué necio he sido, se dijo á sí mismo, en pensar mal de O'Higgins!

Y al punto exclamó, en alta voz y con vehemencia:

—Pero, bárbaros, ¿qué es lo que han hecho?... Puesto que confesó, ¿por qué le mataron?...

—¿Por qué?... repitió uno de los soldados, sonriendo burlonamente y con tono de mofa.

—Porque teníamos orden, dijo otro.

—Razón muy clara, repitió un tercero.

El joven paseó sus miradas irritadas en los semblantes de los soldados.

—¡Infames! dijo.

Y se precipitó corriendo á la escala que conducía á la torre y trepó por ella.

Los soldados continuaron impasibles su camino.

Alguien dijo:

—Bueno hubiera sido perdonarle la vida si hubiera confesado á tiempo; pero eso de refunfuñar, á último momento, unas cuantas palabras incomprensibles...

Otro repuso:

—¡En fin, ya muerto ha sido y no está en nuestra mano resucitarle!

Mientras tanto, Luis llegaba á lo alto de la torre, alentado de la idea de llegar aun á tiempo para salvar la vida del bandido.

Ahí se ofreció ante su vista un cuadro en extremo repugnante: el cuerpo rígido del bandido, el rostro amoratado, los ojos salidos de sus órbitas y la inmovilidad más absoluta, eran indicios inequívocos de que era sólo un cadáver el que se hallaba pendiente en el espacio.

Luis apartó con horror su vista de un espectáculo tan desagradable.

Comprendió que había llegado demasiado tarde para alcanzar á salvar la vida del malhechor.

Instantes después bajaba de la torre, con el ánimo preocupado y conservando aun fija en su imaginación la fisonomía repelente del ahorcado.

Descendía ya los últimos peldaños, cuando vió de pronto acercarse y trepar presurosa la escala á una mujer alta, flaca, desgreñada y vestida en harapos; que se arrojó sin vacilar á sus plantas y, rodeando sus rodillas con sus largos y huesudos brazos las estrechó con frenesí contra su enjuto seno, al tiempo que, entre sollozos y lamentaciones y, levantando hacia él sus ojos preñados en lágrimas, exclamaba:

—¡Perdón, perdón para el culpable!

Luis no cabía en sí de sorpresa; aun no se daba cabal cuenta de cómo ni por qué se encontraba embarazado de sus piernas de tan brusca manera. Así se lo manifestó á la mujer con frases expresivas y entre exclamaciones de asombro.

Pero aquella no escuchaba y seguía siempre dando voces de dolor y repitiendo:

—¡Perdón, perdón!

Esta palabra hizo reflexionar al joven y adivinó al punto de qué se trataba. A fin de cerciorarse, dijo:

—¿Para quién quiere el perdón?

—¡Para mi esposo, para el pobrecito á quien acaban de colgar!

—¡Ah, para el Gruñón!

—Así es como le apellidan, aunque su nombre es Andrés.

Luis, compadecido de la ansiedad que manifestaba la desdichada mujer, suavizó el acento de su voz y dijo:

—¡Usted reclama la vida para un cadáver!

La mujer arrojó un grito de dolor.

—¡Ay! ¡ya le mataron! gritó.

—La justicia le ha ejecutado, rectificó Luis.

—¡La justicia!... ¡la justicia!... repitió la mujer, cual si tratara de concentrar su pensamiento.

Al cabo de un momento, dijo:

—¡Ah, sí! ¡verdad que era un criminal! pero, yo le quería porque me amaba mucho; aunque á su manera. Me aporreaba á veces; pero, también, por cualquier capricho mío era capaz de dar su vida. ¿Qué me importaba, pues, que fuera criminal?

La mujer hablaba como poseída de enajenación mental.

Luis dijo:

—Probablemente se le habría perdonado la vida si él hubiera confesado.

—¡Confesado!... ¿confesado, qué?...

—Por cuenta de quién atentó contra la vida del capitán Armando.

—¿Y se negó?

—Se negó.

—¡Ah, es que era muy testarudo en algunas ocasiones!

—Pues por eso pagó su obstinación con la vida.

La mujer crispó sus puños de furor, mientras exclamaba con voz ronca:

—¡Ese miserable de Tristán Padilla me debe la vida de mi Andrés! ¡Yo le arrancaré su vida!

Luis había proferido un grito de júbilo.

—¿Sabe usted?...

Y retuvo la respiración para aguardar la respuesta.

—Sí, todo lo sé.

—¿Todo? exclamó Luis.

La mujer miró el rostro de Luis.

—Pero, ¿cierto que está bien muerto? preguntó.

—¿Quién?

—¿Por quién he de preguntar sino por mi Andrés?

—Ya he dicho que murió.

—¡Ah, entonces puedo hablar! Me tenía amenazada con coserme á puñaladas el día en que pronunciara siquiera media palabra inconveniente.

—¡Ahora no la hará daño! puede usted vivir tranquila.

—Sí, talvez me ha convenido que muriera... pero, no... yo le quería, él á mí también...

—Vamos, buena mujer, dijo Luis con voz afectuosa, refiera lo que sabe sobre el atentado de su marido al joven capitán.

—Me ha llamado usted buena mujer... gracias; en efecto, soy buena y me agrada que me conozca por tal.

Hizo una pausa y agregó:

—Pues, antenoche, en circunstancia que yo aparentaba dormir, sentí venir á mi casa á un hombre que no era otro que Tristán Padilla y que les propuso á mi marido y al Cariñoso, su compañero inseparable, que no perdieran de vista á

una muchacha, á quien pretendía el joven Armando y á quien Padilla quiere atrapar.

—¡Ya entiendo! dijo Luis.

—Cuando vino el cerco de la ciudad por las tropas realistas, continuó la mujer, nos encerramos dentro y pude observar como espiaban á la muchacha el Gruñón y el Cariñoso. Anoche les vi entrar á la iglesia de la Merced y, luego después, vi salir sólo á un hombre de los dos que penetraron en el templo de Dios. Vi al Cariñoso huír hacia la casa del compadre Julián...

—¿Y aun está ahí? interrumpió con viveza Luis.

—¡Bah! ¡no, señor! ¡se pasaron!

—¡Se pasaron! repitió Luis sin acertar á comprender el significado de esta palabra.

—A estas horas deben encontrarse en el campamento realista el Cariñoso y el compadre Julián.

—¡Facinerosos! vociferó Luis.

—Cuide usted su vida, dijo con acento incisivo la mujer, porque, si yo no me preocupo de vengar en usted al Gruñón, el Cariñoso estoy segura que lo ha jurado una y mil veces; y el Cariñoso tiene la mano firme, y el puñal afilado...

La mujer al pronunciar estas fatídicas palabras, miró cara á cara al joven.

Este, sintió que un escalofrío recorría sus venas; escalofrío que tomó por un presentimiento fatal.

—¿Sabe usted algo más? preguntó Luis con tono áspero.

—¡Nada más! gruñó la mujer, cuyos ojos se habían ya secado y tenían un resplandor siniestro.

Luis hizo un movimiento de repulsión.

La mujer echada sobre la escala impedía el paso del joven.

—¡Aparta! gritó éste.

La mujer obedeció en silencio.

Luis franqueó de un salto los escalones. Entonces volvióse y dijo:

—Debiera hacerla prender por complicidad; pero, que la valga la confesión que acaba de hacerme.

Y sin que mediaran más palabras entre el joven y la mujer, el uno se dirigió al exterior mientras la otra subía á la torre.

Allí vió el cadáver de su esposo expuesto á la ignominia. Derramó algunas lágrimas de recuerdo del tiempo feliz de sus primeros amores con el rollizo mozo, que más tarde se convirtiera en bandolero de fama.

Aguardó á que descolgasen el cuerpo para abrazarle, acariciar su rostro y besar por postrimera vez sus fríos y rígidos labios y su helada frente.

De rodillas ante el cadáver, hizo el voto de castigar á Padilla tarde ó temprano por la muerte de su marido; pues, ningún otro era el culpable de ella sino Padilla, que le había mandado á cometer el crimen, por cuyo atentado le habían ajusticiado.

Después, se llevó á cuestas el cuerpo para darle sepultura.

Nadie trató de oponerse á su designio y dejaron á la harapienta y escuálida mujer que arrastrara consigo aquella asquerosa carga.

Mientras tanto, Luis se dirigía presuroso á la casa de Laura, donde refirió á su hermana y á Armando las escenas que había presenciado, las revelaciones de la mujer y las palabras que en el momento de morir pronunciara el Gruñón.

El honor de O'Higgins, quedaba en consecuencia enteramente á salvo y los jóvenes se apresuraron á devolverle los sentimientos de estimación que por él mantenían.

Los disparos de los cañones y de la fusilería atronaban el aire, los jóvenes abandonaron á Laura y se dirigieron á sus puestos de combate.

Laura había querido retener á Armando á su lado y sólo mediante á la intercesión de Luis obtuvo el joven capitán el consentimiento de su amada esposa para ir á dirigir á sus soldados, pero bajo la promesa de que no se expondría á las balas enemigas.

Laura quedó en un penoso estado de sobreexcitación nerviosa. Se refugió en el oratorio y, arrodillada y con las manos entrecruzadas sobre su pecho, oró emocionada á Dios, con lágrimas en sus ojos, por la vida de su querido Armando.

CAPÍTULO VI

CONTINUACIÓN DE LA BATALLA

El cuarto asalto general á la villa, que comenzó con el amanecer del 2 de Octubre, duró tres horas; esto es, hasta las nueve de la mañana.

Fué tan reñido, si no más, que los asaltosd el día anterior. Los realistas avanzaron hasta las barricadas patriotas, donde se libró un sangriento combate cuerpo á cuerpo con los defensores de las piezas de artillería. El ejército español adelantó en columnas cerradas por las cuatro calles que desembocan en la plaza, guarecido por los aleros de las casas donde se encontraban parapetados algunos guerrilleros y franco-tiradores que disparaban sobre las trincheras. También algunas casas y tapias habían sido aspilleradas por orden de Ossorio y desde ellas se hacía un mortífero fuego contra los valientes que, á pecho descubierto, se batían alrededor de la bandera enlutada.

Hubo instantes en que los patriotas recelaron que el enemigo forzara las trincheras y penetrara en la plaza. A cada momento había que reforzar á los defensores de las barricadas; en vez de artilleros, eran soldados los que servían los cañones.

O'Higgins, poseído de mortal ansiedad, seguía con avidez las peripecias de la batalla. Temía que de un momento á otro la bandera querida de la patria fuese suplantada por la insignia real española; y no descansaba un sólo instante: tan pronto en una trinchera como en la del lado opuesto, recorría al galope de su caballo el reducido recinto de la villa sitiada. Con voz estentórea peroraba á los soldados, á fin de infundirles ánimo. Fruncido el ceño, dirigía la persistente mirada de sus ojos, del color profundo de los cielos, tan pronto á sus tropas como á las contrarias, seguía con inquietud sus movimientos y emitía sus órdenes las que eran cumplida con presteza.

No bien la primera y furtiva claridad de la aurora había iluminado el espacio, el general D. Bernardo O'Higgins había subido á la torre de la Merced y explorado desde allí con la mirada la extensión del horizonte, confiando descubrir á las tropas de la tercera división que se acercaran en defensa de la ciudad sitiada, ó, siquiera, alguna polvareda que indicase un ejército en marcha, que indudablemente sería el de José Miguel Carrera puesto que había prometido que al amanecer haría sacri-

ficios para traer municiones. Pero, nada, esperó inútilmente y, fastidiado, bajó de la torre con la impaciencia en el alma y la zozobra en el corazón. Dejó apostado un centinela, encargado de avisar á la menor señal que revelase la presencia en la llanura de las tropas de Carrera.

El combate continuaba mientras tanto con terrible encarnizamiento; mas, al fin, los realistas, comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos por entrar á la plaza y que sus más animosos soldados yacían muertos, ensartados por las bayonetas patriotas, retrocedieron hasta refugiarse en las calles atravesadas para organizar ahí otro ataque con nuevos refuerzos y mayores bríos.

Donde el combate, en cada asalto, se hacía más reñido era en la calle de San Francisco. Ahí estaba Luis, el bizarro oficial, que tan pronto levantando en alto la bandera, cada vez que esta caía arrastrada en su muerte por el patriota que la sustentaba, como disparando el cañón ó el fusil ó alentando á los soldados con sus palabras enérgicas, era el alma de la defensa en la trinchera.

Frustrado el cuarto ataque, los realistas dieron un momento de tregua. Ésta la aprovecharon los patriotas para beber las últimas gotas de agua, acompañadas de una escasa ración de víveres y para trasportar al hospital á los heridos y prestarles los primeros auxilios.

O'Higgins y los jefes de Rancagua, reunidos en la casa del Cabildo celebraron un corto consejo.

El general no ocultaba su impaciencia.

—José Miguel, dijo, nos ha prometido traernos municiones al amanecer y que haría sacrificios con su división por salvarnos. Sin embargo, son ya cerca de las diez de la mañana y nada nos anuncia siquiera su lejana presencia. ¿Talvez habrá sido batido por Ossorio y han sido dispersadas sus tropas? En este caso, la situación para los encerrados en Rancagua no puede ser más crítica. No tenemos artilleros; nuestros mejores soldados han sucumbido; nos devoran la sed y el hambre; las municiones se agotan. ¿Qué hacer, señores? qué hacer en este trance espantoso?

Nadie respondió á las palabras del general en jefe de Rancagua; todos comprendían que la respuesta única que era dable en esa circunstancia no podía ser otra que la de continuar el combate hasta quemar el último cartucho.

Así también lo entendía O'Higgins, quien agregó á sus anteriores palabras:

—Recordemos nuestro lema, compañeros y amigos, ¡vencer ó morir! que nos dará ánimo y la fuerza suficiente para salir con bien de esta penosísima jornada.

En los precisos instantes en que tales palabras profería, oyóse en la plaza un grito extraño y entusiasta que vibraba en el aire, repercutiéndose en todos los ámbitos de la plaza.

Los jefes patriotas se precipitaron al exterior y prestaron atención al clamoreo.

—¡Viva Chile! ¡viva Chile! gritaban los soldados que llenaban la plaza.

¿Por qué se vivaba á la patria? ¿Qué había sucedido de extraordinario?

Un jinete llegó al galope y remató su caballo delante de O'Higgins.

Éste, impaciente, no aguardó á que le hablaran y dijo:

—¿Qué nueva tenemos?

—El vigía de la torre de la Merced ha divisado hacia el norte tropas que se acercan á la ciudad.

O'Higgins pronunció una exclamación de alegría.

—¿Y las ha reconocido?

—Supone sean las de la tercera división.

—¡Gracias á Dios! dijo O'Higgins.

—En algunos minutos más se podrá saber con certeza si, efectivamente, es un ejército amigo el que se aproxima.

La noticia se esparció con la rapidez del pensamiento por la plaza, enardeciendo el ánimo quebrantado de sus denodados defensores.

El general O'Higgins subió inmediatamente á la torre y observó desde ahí la campiña. No tardó en convencerse que era la división de José Miguel Carrera la que marchaba hacia Rancagua, en orden de batalla. Bien claramente se percibían sus tres cuerpos de ejército: caballería, artillería é infantes.

O'Higgins tuvo un presentimiento:

—La victoria es nuestra, se dijo. Carrera atacará, atravesará las filas realistas y penetrará en la plaza. Aquí nos reuniremos y juntos efectuaremos una salida que destrozará las fuerzas realistas.

Continuó aún durante un prolongado rato observando la llanura y los suburbios de Rancagua. Pudo entonces advertir que las tropas de Ossorio se movían en diversas direcciones, como si no obedeciesen á ninguna orden fija y se encontrasen perplejas acerca de las maniobras que debían ejecutar.

Adivinó que tan extrañas evoluciones eran motivadas por la aproximación de la división patriota, pues todo inducía á creer que la voz de alerta se había dado en el campamento de Ossorio.

¿Acaso éste levantaría el sitio y emprendería la retirada, por miedo de ser cogido entre dos fuegos?

Durante algunos instantes el general patriota abrigó en su mente esta halagadora idea y continuó observando con tenacidad é impaciencia febril los movimientos que ejecutaban los batallones realistas.

Pronto, sin embargo, la decepción hirió su pecho con su mortífero dardo. Vió que la caballería, fuerte de trescientos cincuenta hombres, al mando del coronel Elorreaga y del teniente coronel Quintanilla, se formaba en columnas en la Cañada; que, al mismo tiempo, un destacamento de artillería tomaba posiciones de defensa y ataque contra las tropas que se acercaban.

No tuvo tiempo para observar más; porque luego los cañones de la villa dieron la señal de alarma: los realistas daban comienzo al quinto asalto general.

O'Higgins pensó que ese sería el último y decisivo ataque y que tendría por término la destrucción del ejército enemigo.

Bajó de la torre para ir á atender la defensa de las trincheras. Un soldado quedó de centinela, encargado de trasmitir á cada momento noticias sobre el combate que pronto iba á empeñar la división de Carrera contra las fuerzas destacadas para batirla.

En la villa encontró á los soldados con la voluntad bien decidida para la continuación de la batalla. Se había esparcido la voz de que la tercera división de José Miguel y Luis Carrera entraría á la plaza con víveres y refuerzos, y esta esperanza levantaba en sus ánimos nuevos y valientes bríos.

El sol se eleva sobre el zenit y vierte sus rayos de fuego sobre los combatientes. El calor es sofocante; la sed abrasadora.

En estas condiciones se pelea durante el trascurso de una hora. Los realistas llegan siempre hasta las trincheras de la patria sobre las cuales ondea el tricolor enlutado y son rechazados con la maza de los fusiles. Los artilleros sucumben con el lanza-fuego en la mano, los rifleros con el arma empuñada. Los gritos de ¡viva la patria! dominan el estruendo de la refriega y comunican vigor

á los defensores. La artillería vomita sin cesar torrentes de metralla, que contienen el avance de los regimientos realistas. Estos traen consigo piezas de artillería con las cuales abren boquetes en las barricadas. Esos boquetes son rellenados con los montones de cadáveres, tras de los cuales se parapetan los patriotas.

El incendio sigue su obra desoladora. Toda la calle de San Francisco ha sido convertida en una horrible hoguera; que avanza con sus oleadas de fuego, amenazando prender los edificios vecinos á la plaza.

El humo con su olor asfixiante y su sabor acre, son un martirio y un enemigo más para los sitiados. Con todo, éstos logran, aun esta vez, sobreponerse á los asaltantes; los que, rechazados en todos los encuentros, no tienen otro recurso que emprender la retirada para renovar la embestida, después de un breve rato de descanso.

Ha terminado el quinto asalto y la tercera división patriota aun no ha entrado en la plaza, donde se la aguarda con angustiosa ansiedad.

¿Por qué? ¿acaso ha sido derrotada por los regimientos de Ossorio? No: se oye aun el tiroteo que sostienen en la Cañada las fuerzas beligerantes. Desde las torres de la Merced y Matriz y desde los tejados más altos de la villa, los jefes patriotas observan con atención los detalles de la refriega.

Fácil es de imaginar la penosísima impresión que produciría en el ánimo del general español

Ossorio el fracaso de su ejército en el cuarto asalto general y primero de aquel día.

—Indudablemente, que estos desalmados de rebeldes, se dijo á sí mismo, tienen el demonio dentro del cuerpo, pues no se comprende de otra manera resistencia tan encarnizada, dadas las condiciones en que se encuentran las tropas de la plaza y el ímpetu y coraje que han desplegado las de Su Majestad el Rey en el asedio.

Pero, sus oficiales, incluso Padilla, no le perdían de vista un solo instante, temerosos de que en un momento de contrariedad y desaliento diera orden para abandonar el sitio.

Así que procuraron comunicarle nuevo entusiasmo, pintándole con colores fantásticos la ya cercana victoria y entrada triunfal en Rancagua; triunfo que le traería imponderables beneficios: el favor del virrey y de S. M.

Estas reflexiones complacían el amor propio de Ossorio y dejaba con fruición que sus oficiales le acariciaran los oídos con esa música melodiosa, que le hacía olvidar por algunos momentos la triste realidad.

—Por otra parte, le decían, póngase usted en el caso que huímos vergonzosamente. Seremos hostilizados sin tregua, nos veremos precisados á abandonar parte de la artillería y bagajes para que no entorpezcan la retirada y, aún, no es improbable que ensorberbecidas las tropas insurgentes con nuestra derrota, que no de otra manera calificarán

ellos la contramarcha, tomen con arrojo la ofensiva y nosotros, desalentados, nada podremos contra sus avances.

Ossorio comprendía, á su pesar, la amarga verdad que encerraban las palabras de sus subalternos. No quedaba otro plan que adoptar sino el de activar las operaciones del sitio, repetir los asaltos y no perdonar ningún medio para hacer caer la plaza. Era menester que antes de finalizar aquel día memorable, la bandera española flameasse sobre Rancagua, aunque sólo fuera sobre un hacinamiento de ruinas y de cadáveres.

Mientra tales enérgicas resoluciones se arraigaban en la endeble voluntad del jefe español, un jinete llegaba á escape al cuartel general, paraba bruscamente su cabalgadura, se apeaba con presteza y rápidamente entraba en el despacho del general Ossorio.

Era el portador de la noticia de que una gruesa columna de tropas rebeldes se acercaba á marcha forzada sobre Rancagua.

Ossorio no daba crédito á lo que oía.

—¡Esto más! vociferó; no sólo nos estrellamos impotentes contra las trincheras de los insurgentes sino que, todavía, estos bribones intentan acometernos y atraparnos entre dos fuegos.

Algunos de los oficiales realistas de más alta graduación, convocados por su jefe, se reunieron en el cuartel general y, después de una corta delibe-

ración, se determinó arriesgar un nuevo asalto, el quinto de aquel rabioso sitio.

—Que un destacamento de infantería, con algunas piezas de cañón ocupen la Cañada y que la caballería, á las órdenes de Elorreaga, salga al encuentro de la división patriota. Al propio tiempo, los jefes de las cuatro divisiones atacarán la plaza simultáneamente por los cuatro lados. Así, ganando la ofensiva, impediremos que el enemigo se envalentone y envuelva nuestro ejército.

Estas fueron las órdenes que, en conclusión, impartió el general español Ossorio.

—Se trata, señores, agregó, de nuestra propia vida ó muerte. Se hace, pues, necesario desplegar todo el empuje de que es capaz el soldado español.

Los jefes se inclinaron respetuosamente, en señal de obediencia, y salieron para dar cumplimiento á las órdenes de Ossorio.

José Miguel Carrera, general en jefe del ejército patriota, que había recibido en la noche del 1.° al 2 de Octubre el aviso de O'Higgins en que le pedía fuese en auxilio de las dos divisiones sitiadas, al amanecer abandonó su campamento de Graneros ó Bodegas del Conde y avanzó al sur hasta colocarse á una milla de la ciudad en la Quinta de la Cuadra.

El día anterior, tan pronto le comunicaron que el ejército realista había burlado el paso del Cachapoal y que se batía contra las divisiones patriotas en Rancagua, destacó una parte de sus tropas,

la Guardia Nacional, para que se tirotease con el enemigo, en combate de guerrillas. Este cuerpo de milicias llegó, según aseveración del jefe patriota en el *Diario* de este combate, hasta los potreros y fincas inmediatos á la Cañada. Tuvo Carrera noticia de que una columna realista avanzaba hacia el camino de Chada y creyendo que se trataba de apoderarse del derrotero de la capital y del paso de la Angostura, mandó sin tardanza á los infantes y la artillería para que defendiesen esas posiciones.

La caballería de Carrera bajo las órdenes de los hermanos Benavente, recorrió la llanura y recogió á los derrotados de Portus. Se remitió un oficio á la Junta de Gobierno en que se le pedía enviase la división de retaguardia fuerte de 170 artilleros con 6 cañones y 270 hombres, entre infantes y lanceros.

Como luego se convenciese que el enemigo no tenía pretensiones de apoderarse de la Angostura, hizo volver hacia Rancagua los infantes y la artillería. Era el anochecer cuando estas tropas hacían alto no lejos de Rancagua, en el paraje denominado casas nuevas de Cuadra.

Ahí esperaron el amanecer para tomar una parte activa en favor de los sitiados.

Esto es lo que alegó Carrera en defensa de su achacada inacción, mientras que en la plaza de Rancagua se libraba la más reñida de las batallas de aquella sublime contienda por la conquista de la independencia.

Como ya hemos dicho, José Miguel, conforme á la promesa que hiciera á O'Higgins, avanzó en la alborada del día 2 hasta situarse con su división en las casas de Cuadra. Aquí se encontró con el destacamento que había enviado de avanzada y que tenía por jefe á su hermano Luis Carrera.

Estas tropas habían hostilizado con guerrillas al enemigo durante la noche.

Pero, cuando el ejército realista llegó á conceder alguna importancia á las fuerzas patriotas estacionadas en el camino de la capital, fué desde el momento en que reunidos los elementos militares de José Miguel y Luis Carrera, se dirigieron resueltamente sobre Rancagua.

CAPÍTULO VII

EL COMBATE DE LA CUADRA

Sería en esos momentos la diez de la mañana. Por orden de su hermano José Miguel, el jefe de la tercera división, coronel Luis Carrera, avanzó con dos piezas de artillería sobre la Cañada de Rancagua.

El valiente joven batió con un certero fuego de metralla los callejones de los suburbios, ocupados por los realistas y los hizo desalojar. Se adelantó en seguida hasta la Cañada, donde una batería, guarecida detrás de una trinchera, le recibió con un nutrido cañoneo. Se inició entonces un duelo de artillería, cuyo resultado se hacía difícil de prever.

José Miguel observó el peligro en que se encontraba su hermano. Falto de infantería, pues la mayor parte de su ejército estaba formado sólo de caballería, hizo desmontar una parte de los fusileros

que, unidos á los pocos infantes con que contaba, compusieron una fuerza de doscientos cincuenta hombres y se lanzó con ellos por los callejones contiguos á la Cañada.

El enemigo había efectuado un hábil despliegue de fuerzas, las que se apoderaron de las casas y murallas en las cuales se parapetaron.

José Miguel Carrera marchó resueltamente, pero con dificultad; disputándose palmo á palmo el terreno. Los realistas hacían fuego cubiertos tras de las tapias y era menester rechazarlos con los disparos bien poco certeros de los fusileros nacionales.

Mientras el combate se sostenía en esas posiciones en la Cañada, la caballería realista, comandada por Elorreaga y Quintanilla, se formaba en columnas y recibía orden de atacar la retaguardia de los Carrera.

Los jinetes se lanzan á escape hacia la llanura, efectuando un movimiento oblicuo á fin de caer de sorpresa sobre los patriotas.

Pero, los coroneles José María y Diego José Benavente, que tenían el mando de la caballería patriota, divisan la carrera de los jinetes realistas y, comprendiendo que se trataba de envolver á la infantería de los Carrera, organizan también á sus soldados en columnas de carga y á la voz de ¡adelante! se precipitan ciegos al encuentro de los caballos de Ossorio.

El choque fué rudo. Los jinetes patriotas atra-

vesaron, como flechas que hienden el aire, por en medio de la caballería contraria, derribando con el pecho de los caballos á los jinetes que se opusieron á su paso y rompiéndoles el cráneo con el filo de sus sables.

La caballería realista quedó cortada. A pesar de esto, un escuadrón corrió con resolución á estrellarse contra la infantería de Carrera á fin de destruírla, pero Diego José lo persigue y sus fogosos caballos manejados por manos hábiles alcanzan á los de Elorreaga y se cruzan con ellos.

Mientras tanto, la otra parte de la caballería realista es acosada sin tregua por el resto de la caballería patriota. Derrotados en todos los encuentros parciales los jinetes realistas son dispersados y se ven obligados, antes que ser muertos ó caer prisioneros, á emprender la fuga, seguidos siempre de cerca por los patriotas.

Diego José, después de una sangrienta refriega que ha empeñado con el escuadrón enemigo y en la cual éste ha sido diezmado, lo obliga por último á volver bridas y á huír hacia las trincheras en que flamea la bandera española, tras de las cuales se refugia.

Es un hecho, que ningún historiador ha tratado de negar, que la caballería de Carrera rechazó y destrozó á la de Ossorio; lo que bien fácilmente puede explicarse en atención á su superioridad numérica.

Esta ventaja de su caballería sobre la contraria,

estaba en la conciencia de Carrera cuando había fijado el llano de Maipo para una batalla campal donde hubieran maniobrado sus jinetes con entera facilidad y el enemigo no hubiera tenido, como en Rancagua, casas ni tapias en que parapetarse, ni trincheras en que colocar los cañones que constituían su salvaguardia.

Según Carrera, burlado el paso de la Angostura, habiendo sido forzado por Ossorio, igualmente que los pasos de los ríos Cachapoal y Maipo, la batalla en el llano de este nombre hubiera sido la decisiva.

El triunfo que obtuvieron los Benaventes en el combate de la Cuadra, prueba que no andaba muy desacertado el general en jefe patriota cuando tal plan había concebido.

O'Higgins, irreflexivo como un soldado, y animado tan sólo de su indómita bravura, no atinó á pensar sino en Rancagua. Creyó que su valor sería suficiente valla para contrarrestar el empuje de las disciplinadas bayonetas españolas.

A fin de convencer á Carrera de las ventajas de la defensa de Rancagua, le había manifestado en uno de sus oficios que con mil seiscientos hombres y algunos cañones, él se hacía responsable de que el enemigo no penetraría jamás en Rancagua.

Los hechos bien pronto le presagian lo contrario y después del primer día de la batalla se ve obligado á pedir el socorro del general en jefe. Sin embargo, había contado para la resistencia en

la villa con mil ochocientos hombres y nueve cañones, elementos militares superiores en número á los que había indicado como convenientes.

El combate de la infantería ha continuado con energía en la Cañada. Los hermanos Carreras han sostenido un vivo fuego de artillería y de fusil contra las tropas realistas parapetadas.

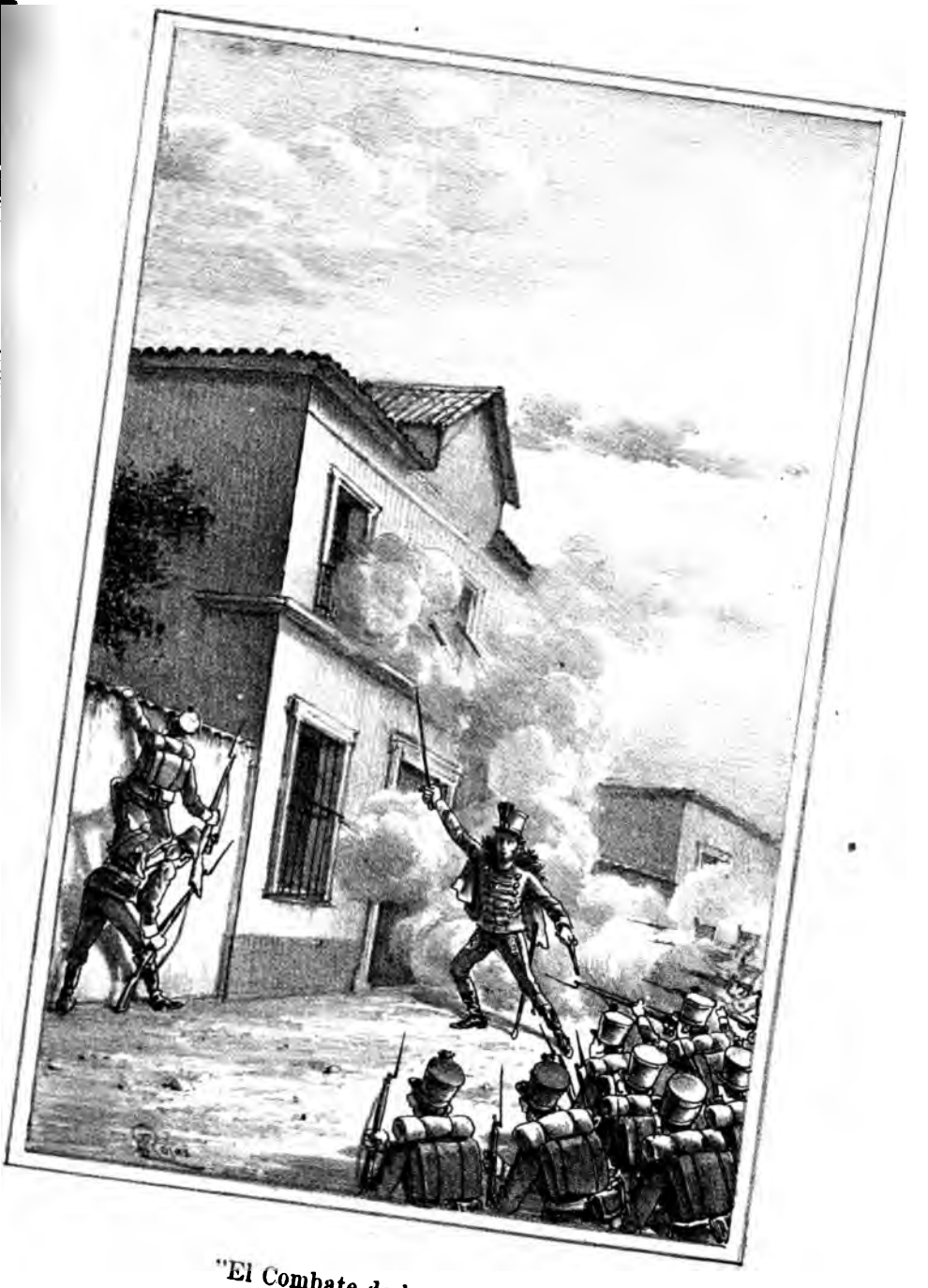
José Miguel Carrera, ardoroso joven de veintiocho años de edad, que investía en esa ocasión el poder supremo de la nación y el mando superior del ejército, dirige personalmente á sus soldados.

Su semblante es bello y la expresión de su rostro agradable y seductora, frente espaciosa, cabello negro, ojos oscuros, de mirada penetrante, perfil aguileño. De carácter alegre y festivo. Se revela á primera vista el hombre inteligente, impetuoso, valiente y bovial.

Viste su bello uniforme de húsar: «anqueta bordada de paño verde, pantalón blanco con bota ceñida desde la rodilla, chaleco claro con botones ojalados hasta el corbatín y gorra redonda de campaña. Sujeta de sus hombros, cuelga una elegante manta de lana blanca, orlada con flecadura de seda de varios matices.

Jinete sobre un brioso animal luce su arrogante figura y la gracia y bizarría de sus movimientos.

Ha enardecido á sus soldados con su actitud enérgica de manera de impelerles contra una fortificación que han improvisado los realistas. Es una venta, situada [illegible] de la Ca



"El Combate de la Cuadra"

ñada y en la cual se han atrincherado un grueso número de soldados contrarios, que hacen un mortífero fuego de fusilería contra los patriotas.

José Miguel Carrera salta del caballo, que deja en poder de su asistente, y, seguido de sus soldados, se acerca corriendo á la casa que escala sin dificultad por uno de los costados que ha quedado expugnable; penetra al interior, donde cae como una bomba, y traba una sangrienta lucha cuerpo á cuerpo con los defensores de la casa.

La puerta ha sido abierta á los asaltantes, que se abalanzan adentro con la impetuosidad de un torrente que ha roto sus diques. La carnicería es feroz. Al cabo de unos pocos minutos en que se han librado multitud de combates parciales, la victoria se declara por los patriotas; sólo unos pocos realistas alcanzar á huír, dejándose caer sobre el campo vecino ó sobre las tapias; muchos de éstos mueren ensartados en las bayonetas. La bandera de la patria es enarbolada sobre el baluarte conquistado.

Luis Carrera, por su parte, ha hecho retroceder con la metralla de sus cañones, la batería realista que se oponía á sus fuegos. Y continúa siempre abreviando la distancia que le separa de la plaza sitiada, sobre cuya torre se ostenta la bandera negra; indicio de que los patriotas que se han cobijado bajo esa fúnebre insignia, permanecen firmes en sus puestos de defensa, sin rendirse ni capitular.

Luis Carrera es el más joven de los tres hermanos. Cuenta escasamente veinticuatro años de edad. Su rostro es hermoso, su fisonomía seductora. Viste el uniforme de coronel de artillería y ha sido investido por José Miguel con el mando en jefe de la tercéra división. Ciñe su esbelto talle una levita de campaña de color plomizo. En su diestra fulmina la acerada espada con la cual indica á sus soldados la dirección de ¡adelante!

¡Quién, entonces, hubiera sido capaz de pronosticar el triste y prematuro fin que le estaba reservado al apuesto militar!

El 8 de Abril del año 1818, aun no cumplidos los cuatro años del episodio de Rancagua, los hermanos Juan José y Luis Carrera morían fusilados ignominiosamente en la plaza de Mendoza, en el banco fatal de los ajusticiados.

El patriota que en el trascurso de sus juveniles años había hecho gala en el campo de batalla de su alma noble y esforzada, supo conservar aun en aquella tremenda y última prueba á que fuera sometida su naturaleza privilegiada, entero su ánimo é íntegro su valor.

La historia ha guardado las palabras que dijera momentos antes de su muerte á su hermano Juan José, á fin de comunicarle la entereza que á éste le faltaba para abandonar resignado este mundo.

—¡Calmémonos! ¡Acuérdate que somos soldados chilenos y que debemos morir como tales!

Este noble pensamiento expresa con harta elo-

cuencia cuál había sido el digno lema que le sirviera de norma de conducta durante su vida y que ni aun la traición ni la injusticia pudieron jamás alterar: ¡el honor y el deber militar!

¡Horrible y extraña coincidencia de sucesos: el 4 de Septiembre del año 1821, es decir, casi justamente siete años después de la fecha en que tuvo lugar la batalla que describimos en esta historia, era conducido José Miguel Carrera á la misma plaza de Mendoza y era sentado en el mismo banco en que habían sido muertos sus hermanos, tres años hacía!

¡La muerte del ilustre caudillo de la causa santa de la independencia nacional fué aun más trágica que la que tuvieron Luis y Juan José!

¡Después de fusilado, se le cortaron la cabeza y las manos!

Tal fué el desastroso término de tres vidas, que consagraron toda la savia juvenil de su valentía é inteligencia en pro de la libertad de la patria.

Algunos años más tarde, ésta hacía grabar sobre un túmulo mortuorio del cementerio de Santiago estas palabras:

«La Patria á los Carreras, agradecida á sus servicios, compadecida de sus desgracias.»

¡Y sólo cuarenta años después de la mutilación de José Miguel, una ley de la nación mandaba erigir una estatua que recordase la memoria de tres de sus más abnegados defensores!

Sobre el insigne caudillo de la independencia

nacional, Bernardo O'Higgins cayó una mancha que ni el olvido del tiempo ni el recuerdo de sus virtudes cívicas han logrado borrar.

En carta dirigida al general San Martín, después de la prisión de Juan José y Luis, O'Higgins, que investía el cargo de dictador de Chile, daba su sentencia de muerte con estas palabras:

«Los imponderables males que hemos sufrido todos, han tenido su origen en las ambiciosas miras de estos jóvenes audaces. Su existencia es incompatible con la seguridad, buen éxito y tranquilidad del Estado, y ya no es posible tolerarles por más tiempo. Es de rigurosa justicia un ejemplar castigo en ellos y en todos los demás que hayan cooperado á sus detestables designios.»

A los matadores de José Miguel, les concedió O'Higgins el grado de brigadieres del ejército de Chile y tan poco ocultó su regocijo que envió además una carta de felicitación á Godoy Cruz, gobernador de Mendoza.

Disculpable es la condenación de los Carreras, si se tiene en cuenta que eran jóvenes valientes hasta la temeridad, insaciables de gloria y de poder, pródigos de su sangre en aras de la patria, pero, también, revolucionarios por naturaleza. En consecuencia, su muerte si bien privaba á la nación de tres audaces inteligencias y de tres robustos brazos, en cambio reportaba el beneficio de la paz interior y de la tranquilidad de los gobernantes. Bien estaba entonces que O'Higgins hubiera dictado su

fallo homicida; pero, cuánto más humanitario, cuán laudable hubiera sido que al formular la condenación hubiera tenido siquiera una frase de recuerdo para los héroes de la independencia, una expresión de perdón para los hijos descarriados de la patria. ¡Pero no, su desbordante alegría manifestó que no abrigaba piedad para los desventurados á quienes abandonara la suerte de las armas y que la desaparición de esos tres vástagos de un apellido odioso para él, venían á librarle para siempre de su eterno temor de ser suplantado en el poder por aquellos rivales de su fama y de su gloria.

Dejando á un lado comentarios que no encuadran bien en el plan somero que nos hemos trazado para la narración de esta historia, seguiremos la hilación de los sucesos que se produjeron en aquel día 2 de Octubre del año 1814.

Los patriotas, tan pronto subiendo á las torres de la Merced ó Matriz ó trepando á los tejados de las casas, observaban con impaciencia y angustia el combate que en la quinta de la Cuadra y en la Cañada sostenían las tropas de Carrera contra el ejército de Ossorio.

Vió O'Higgins la derrota sufrida por la caballería realista, y el avance que José Miguel y Luis Carrera habían efectuado con sus infantes.

Juzgó que la victoria se iba á declarar por las tropas insurgentes y que el enemigo dejaría libre el campo. Esperaba á cada momento que los Carreras, abandonando su actitud á la defensiva,

adelantaran resueltamente, hacia la plaza á estrecharse en un abrazo fraternal con los que dentro sostenían el honor del pabellón nacional.

Sin embargo, el tiempo trascurría y nada indicaba que tal determinación estuviera en el ánimo del general en jefe patriota. Serían ya las once de la mañana y aun seguían batiéndose en los alrededores de Rancagua, sin que se ganara ya un palmo más de terreno por parte de los infantes de la tercera división.

Continuaba creyendo el general O'Higgins que los Carreras trataban de penetrar al recinto de la plaza. Le pareció que pretendían forzar el paso por la calle de Cuadra, hoy llamada de la Independencia, pues la infantería patriota había llegado hasta los callejones extremos de esa calle y se los había adueñado.

Una idea surge en el cerebro de O'Higgins. Facilitar la expedita entrada de los refuerzos que le envía José Miguel. El quinto asalto había ya cesado y los defensores de Rancagua descansaban apoyados en sus rifles. Da en el acto sus órdenes y el valiente capitán D. Francisco Molina, que comandaba la trinchera del oeste, escoge los mejores de sus soldados y sin vacilar y con esfuerzo irresistible les hace arrojarse á lo largo de la calle.

Los realistas habían construído una barricada en la cual colocaron dos piezas de artillería que sostenían el fuego de los cañones patriotas. Además, se habían posesionado de una casa que por

su proximidad á la plaza se convertía en una fuerte posición estratégica.

Molina y sus bravos asaltan la casa que, después de una breve y sangrienta lucha al arma blanca con los que ahí se encontraban guarecidos, cae en poder de los patriotas. Los realistas huyen perseguidos por las bayonetas de la patria que alcanzan hasta la barricada española; los artilleros ven el terrible alud que se precipita contra ellos y escasamente tienen tiempo para retirarse y salvar los cañones. El estandarte con el flotante crespón se fija sobre la trinchera en que momentos antes ondeaba la bandera española.

La calle ha sido despejada.

Ocurre entonces en el sitio de la batalla algo singular y extraño, una situación excepcionalmente anormal, cuyas verdaderas causantes son difíciles de dilucidar.

Se ha producido una tregua entre los combatientes. Aun no han renovado los realistas el asalto á la plaza, así que en ésta domina, sobre el humo y las llamas del incendio, sobre los escombros calcinados, sobre los muertos y heridos, el lúgubre silencio de la desolación y de la muerte.

Los bravos que efectuaron la salida por la calle del poniente, regresaron después de haber acuchillado ó hecho retroceder á los soldados enemigos que entorpecían la calle.

O'Higgins, el infatigable guerrero, el leal y denodado militar, está ahí para estrecharles en un

efusivo abrazo y para aclamar entusiasta su triunfo. Él no duda que la victoria está asegurada y que Carrera, viendo la calle libre de contrarios hará por ella su entrada triunfal. A fin de que no decaiga el coraje de sus subalternos, grita con tono vehemente esta única y emocionante palabra:

—¡Victoria!

Los oficiales y soldados que rodean al general, oyen la palabra de efecto mágico que les enciende el ánimo y les levanta el abatido espíritu y exclaman, al igual que su jefe:

—¡Victoria!

Y la voz de ¡victoria! corre de boca en boca y resuena en toda la plaza, sin que, sin embargo, nadie acierte á darse cuenta de la efectividad de la noticia.

En el campamento enemigo se han suspendido las hostilidades y se aguarda... ¿qué? Nadie, ni aun los mismos jefes realistas lo saben. No pudiendo nada ni contra las tropas defensoras de Rancagua ni contra las agresores de Carrera, estaban obligados á hacer una pausa en sus hostilidades.

Por su parte, los Carreras que se han batido durante dos horas en los callejones contiguos á la Cañada y que han forzado á los realistas á replegarse detrás de sus trincheras, levantadas en las calles que conducen á la plaza de Rancagua, cesan á su vez en sus fuegos para observar la actitud de los sitiados.

José Miguel Carrera ha esperado inútilmente que las divisiones sitiadas abandonen la plaza y se reunan á sus tropas á fin de marchar de concierto sobre la Angostura y presentar ahí una nueva batalla al ejército de Ossorio.

Al propio tiempo, en vano aguarda O'Higgins que la división de Carrera éntre en la plaza, llevándole los refuerzos, municiones y víveres que necesita para sostener el sitio.

El ejército realista temeroso, indeciso, replegado en sus posiciones de defensa y ataque se mantiene á la expectativa de los sucesos.

¿Quién procedió con cordura? Carrera ú O'Higgins? ¿El primero ha debido atravesar por en medio de los realistas y encerrarse en la plaza? ó el segundo ha debido desocupar la villa y operar la concentración del ejército patriota?

Ya dimos cuenta del lenguaje ambiguo en que habían sido concebidas las notas cambiadas entre los dos caudillos de la patria; lo que dejaba á cada uno de ellos en completa libertad de acción.

O'Higgins había pedido municiones sin consultar á su jefe acerca de la conveniencia de seguir batiéndose en Rancagua, ni pedirle instrucciones. Carrera se limitó á ofrecer las municiones en la punta de las bayonetas.

Si O'Higgins había reconocido á Carrera como su superior militar ha debido acatar y cumplir las recomendaciones que éste le había dado de abandonar á Rancagua y replegarse á la Angostura en el caso

de hacerse imposible la defensa de la villa; máxime cuando había hecho promesa de proceder de este modo. Por lo tanto, ¿por qué no aprovechó la oportunidad que le ofrecía Carrera para desalojar la plaza cercada? Además, el agua se había agotado y las minuciones y los víveres escaseaban; la ciudad estaba en llamas: ¿no ha comprendido O'Higgins que si Carrera con sus ochocientos hombres lograba forzar el cerco y ampararse en la plaza sólo conseguiría aumentar el número de bocas que abastecer y que se exponía todo el ejército patriota á morir quemado vivo ó destrozado por las granadas realistas?

Y Carrera, ¿por qué, según ya hemos dicho, si era el general en jefe del ejército patriota, por qué no ordenó y se hizo respetar? por qué no impuso su voluntad? por qué si tuvo otro plan, en su concepto mejor para la defensa de la patria, no lo hizo cumplir, ó siquiera trató de hacerlo cumplir, por su subalterno?

Carrera aseveró después que envió con el dragón recado á O'Higgins para que abandonara la plaza tan pronto él se acercara; recado que no escribió en la nota por temor de que ésta cayera en poder del enemigo. Pero esta afirmación no ha sido comprobada. A ser efectiva, conforme declaramos en páginas anteriores de este libro, O'Higgins habría sido un insubordinado, culpable del desastre (heróico) de Rancagua y el honor de Carrera habría quedado á salvo.

Resulta, en todo caso, que Carrera procedió con una debilidad censurable é impropia del carácter que investía, debilidad que le atrajo el desprecio y el odio de una nación entera. Las naciones no siempre piensan al fijar sus juicios sino que tan sólo son guiadas por un vago instinto, el instinto de las multitudes que en bien raras ocasiones se equivoca.

Los patriotas de la plaza de Rancagua comprenden al fin que han cantado victoria antes de tiempo, pues, los ansiados refuerzos aun no llegan. Observan la actitud de las tropas de Carrera y ven que los fuegos los han interrumpido y que permanecen en impasible inmovilidad.

La zozobra y luego después la desesperación, se apoderan del quebrantado ánimo de los sitiados...

Recurren entonces al postrer arbitrio que les queda. Llaman á Carrera con salvas, con repiques de campanas, con señales.

¡Esta fué la sentencia de muerte para los refugiados en Rancagua.!

Carrera, que se encontraba impaciente por regresar á la Angostura, temiendo que el enemigo enviara una columna de tropas que se adueñara de esa puerta de la capital chilena, y que frustrara así su plan favorito, había dado orden de acallar el fuego y fijaba sus miradas escrutadoras en las casas de Rancagua.

Ni por un solo instante pensó en forzar la entrada á la villa. Tenía ochocientos hombres de los

cuales seiscientos eran de caballería. ¿Qué podía hacer con doscientos fusileros contra un ejército que disponía en cada ángulo de la ciudad de mil doscientos soldados aguerridos, atrincherados y con artillería?

Si Carrera hubiera sido otro O'Higgins no habría vacilado, ya que los de la plaza permanecían estacionarios, en arrojarse contra las trincheras y estrellarse en ellas, si era preciso, á fin de salvar á sus desgraciados hermanos que dentro morían fusilados, ó perder la vida á su lado.

Pero, no, el altivo joven no era capaz de rebajar su amor propio hasta el extremo de favorecer con su auxilio la obstinada resistencia de su rival. Y, luego, quizás esta reflexión surgiera en su cerebro: ¡si la victoria se obtiene en Rancagua toda la gloria del triunfo será concedida á O'Higgins y yo quedaré oscurecido tras la sombra de su fama!

¡Puede también que O'Higgins pensara de igual manera cuando jamás quiso ceder al parecer de Carrera y replegarse á la Angostura, pues la victoria obtenida aquí habría sido atribuída exclusivamente á Carrera y él, O'Higgins, habría sido sólo un instrumento de su triunfo!

Carrera interpreta las señales, las salvas y los repiques de campanas como signos de una capitulación. El hecho de haber cesado los fuegos en la plaza le hizo convencerse de que aquella estaba capitulando ó se rendía.

Entonces, temeroso de que le corten la retirada á la Angostura, da la orden á sus tropas de retroceder.

Luis Carrera, el noble y bravo militar, recibe el mandato de su hermano de desalojar las posiciones que había conquistado y de volver la espalda al enemigo; esto es, de dejar abandonados á su propia suerte á los patriotas de Rancagua.

En un arranque de despecho y coraje, profiere una exclamación de cólera, mientras rompe entre sus manos crispadas por el furor la acerada hoja de su espada, de dorada empuñadura.

La división de Carrera obedece sin tardanza la disposición de su jefe y rápidamente se repliega, se forma en columnas y emprende la retirada.

Los patriotas que, con los ojos ávidos de ansiedad, espiaban desde los tejados de las casas de Rancagua ó desde sus torres, los movimientos que ejecutaban las tropas de Carrera, vieron la concentración y repliegue de sus fuerzas y gritaron con indescriptible entonación de amargura:

—¡Ya corren! ¡ya corren!

Estas exclamaciones que las crónicas del trágico episodio de Rancagua han consignado en sus páginas, llenan instantáneamente todo el recinto de la plaza y producen la consternación en unos y la alegría en otros, según es la interpretación que dan al anuncio.

—¿Quién corre? ¿quién corre? preguntan todos con el frenesí de la zozobra.

—¡La tercera división! responden los interrogados.

¡La tercera división!... ¡Adiós alentadora esperanza!... ¡Horrible desesperación!... La columna de los Carreras ha emprendido la fuga y ha dejado á los patriotas acorralados en la plaza, entregados á sus débiles fuerzas, expuestos á las llamas de un incendio y á las furias de un ejército que se encuentra sediento de sangre y hambriento de carne humana, despechado de una tan obstinada resistencia á sus briosos asaltos, durante más de treinta horas de reñido combate!

Calmada la primera impresión de estupor que la noticia de la retirada de la división de Carrera produjo en el ánimo de los sitiados, un sentimiento de coraje é indignación les hizo prorrumpir en un grito ronco y estrindente:

—¡Traición! ¡traición! ¡traición!

Y los soldados de la patria se estremecen, poseídos de salvaje cólera, en tanto que exclaman la fatídica palabra: ¡traición!

Y mientras este grito suena fúnebremente en la atmósfera pesada y tétrica que envuelve á la desdichada Rancagua y repercute y vibra hasta lo más hondo del alma adolorida de cada soldado, Carrera sigue su marcha de regreso hacia Paine, después de haber llegado á colocarse á una distancia de los sitiados inferior á seis cuadras. Al alcanzar á una pequeña eminencia de terreno denominada cerro de Pan

de Azúcar, los centinelas dan el aviso que los de la plaza renuevan el fuego.

Carrera emite sus órdenes para que los fusileros vuelvan en auxilio de la plaza. En esa circunstancia arriba un emisario con la noticia de que el enemigo avanza para posesionarse de la Angostura.

Desde aquel instante Carrera no pensó más en Rancagua sino que se apresuró á marchar sobre el sitio amagado, para aguardar ahí á los soldados de Ossorio, siempre preocupado de su plan.

La noticia de que los realistas adelantaban hacia el desfiladero de Paine, resultó falsa. Con todo, determinó el general patriota pernoctar ahí, á fin de encontrarse prevenido para cualquier sorpresa ó tentativa realista.

Tal fué, ¡una retirada! el término que tuvo el llamado combate de la Cuadra, en el cual fueron protagonistas los hermanos José Miguel y Luis Carrera.

CAPÍTULO VIII

UNA INVASIÓN INESPERADA

¿Qué ha sido durante esa mañana de ruda batalla de los héroes de esta historia, Laura y Armando? Qué ha sido del buen Luis, el bravo joven militar?

Después de terminado el quinto asalto á la plaza, que coincidió con corta diferencia de minutos con la retirada de las tropas de Carrera, hubo en la villa sitiada una hora de calma.

Hubiérase dicho que de común acuerdo los ejércitos beligerantes celebraban un armisticio, impuesto por la fatiga y el cansancio. Ni siquiera un tiro aislado turbaba la monótona calma reinante en Rancagua. El incendio, sin embargo, proseguía su obra de destrucción. En algunas calles habían avanzado ya las olas de fuego hasta una distancia sólo de una cuadra de la plaza. En las partes en que había sido más reñido el asedio, era también donde el

incendio ardía más devorador. La calle de San Francisco se hallaba convertida en una extensa hoguera, que abrasaba ya con sus quemantes lenguas á los patriotas que mantenían sus posiciones de defensa en la vecindad de la trinchera en que se hallaba enclavado el estandarte de la patria.

Tan pronto retrocedieron los realistas, Armando regresó á la casa de Laura, con el propósito de calmar la inquietud en que suponía debía encontrarse la joven.

Dijimos que en fuerza de los reiterados ruegos de Luis y Armando, había obtenido éste de su joven esposa permiso para ir á dirigir á sus soldados durante la refriega. En cambio, Armando tuvo que formular á Laura la promesa de que no se expondría imprudentemente á las balas.

La joven recibió á su amado de la manera que es de suponer; con los brazos abiertos y con la sonrisa en los labios. Sus ojos enrojecidos y húmedos por el llanto, despidieron un destello de alegría al divisar la figura de su Armando. Su pecho se agitaba en ondulaciones irregulares mientras que estrechaba contra su corazón aquel ser idolatrado.

Armando, inmensamente emocionado con el amor entrañable que le manifestaba Laura, no acertaba sino á prodigarla sus más tiernas caricias y á balbucear á su oído ardientes frases de pasión.

En amorosa plática se deslizaron algunos minutos para los jóvenes desposados.

Poco rato después, llegó Luis que fué recibido

por Armando y Laura con expresivas demostraciones de afecto.

El entusiasta joven continuaba batiéndose en la trinchera de la calle de San Francisco y por una suerte verdaderamente providencial se había librado hasta entonces de las balas, las que hacían horribles destrozos en la barricada y sus defensores.

Los jóvenes, después de saciar las ansias de sus estómagos con las viandas aderezadas con las escasas provisiones que Laura tuviera la precaución de almacenar, dedicaron un breve rato al estudio de la situación de la plaza y discutieron lo que mejor convenía hacer para librar á la joven de los inminentes riesgos con que estaba amenazada.

Luis aprovechó la ocasión para decir:

—¡Cuando yo anunciaba que los realistas entrarían vencedores á la villa!

Y dijo esto marcando las palabras con un tono de convicción.

—¡Aun no, Luis, aun no! se apresuró á exclamar Armando á fin de tranquilizar á Laura, aunque abandonados por las tropas de la tercera división, bien podemos defendernos de tal modo que fastidiados los realistas de una batalla que no tiene visos de terminar nunca, levanten el sitio y se retiren.

—¡Imposible! dijo Luis con voz ronca.

—¡Y bien! Esto lo habremos de ver. Por de pronto, ocupémonos del presente que después tendremos tiempo para resolver los problemas que nos reserva el porvenir.

—Perfectamente. Opino que se hace necesario que Laura deje esta casa y se acoja á la iglesia de la Matriz ó Merced, preferible la primera por estar ubicada en la plaza; ó bien acepta la hospitalidad que le brindó el general O'Higgins en la casa del Cabildo.

—¡Esto nunca! exclamó Laura con vehemente brusquedad.

—¿Por qué? interrogó Luis.

—¿Cuál es la causa que puede obligar á Laura á abandonar tan precipitadamente esta casa? preguntó á su vez Armando.

Luis respondió:

—Sencillamente, porque el incendio avanza de modo alarmante y bien pueden algunas granadas que caigan en la casa, prenderle fuego.

—Para eso están mis soldados y yo que apagaremos el incendio.

—De todas maneras, replicó Luis, mi parecer es que conviene asilar á Laura en alguna iglesia.

—Yo creo que mi hermano exagera el peligro, dijo la joven que no quería pensar ni siquiera por un instante en la necesidad que pudiera haber de separarse del lado de Armando.

Éste, por su parte, sin meditar menos ni más que su esposa, se limitó á apoyarla en su opinión:

—¡Evidentemente que Luis exagera!

Luis no ocultó un movimiento de fastidio.

—Pues bien, suceda lo que Dios quiera, pero conste que yo no seré el responsable de las desgra-

cias que puedan sobrevenir y que serán de culpa exclusiva de ustedes.

Así dijo, con la voz entera, pero que tenía un marcado acento de amargura y reproche.

Salió en seguida de la estancia con la frente erguida y el paso firme.

Ni Armando ni Laura hicieron ademán de detenerle y el eco de las pisadas de Luis sobre las baldosas del pavimento se perdieron al franquear éste el umbral de la puerta de calle.

Armando tendió la mano á Laura para despedirse. La joven la cogió con viveza entre las suyas y la estrechó con energía.

Armando trató de desprenderse de las manos que le sujetaban, mas en vano, pues Laura le atrajo á sí con dulzura, le echó los brazos al cuello con languidez voluptuosa, juntó su bello rostro ardoroso al del joven y sopló á su oído, cual un suspiro, estas palabras:

—No, tú no te irás, amor mío... no me dejarás sola. No quiero que te apartes de mí; te deseo, así, siempre á mi lado.

Y la mirada de Laura buscaba con persistencia la de Armando para confundir ambas, para trasmitirle su voluntad y hacer que el joven alentara el mismo deseo.

Armando sintió el enervamiento de sus facultades.

Hizo, sin embargo, un esfuerzo para murmurar:

—¡La patria!

Pero Laura le retenía siempre con la amorosa cadena de sus brazos y le fascinaba paulatinamente con el brillo de sus ojos.

Armando no trataba de evitar la mirada apasionada de su esposa y consentía que todo su ser se impregnara de su amor.

El joven desfallecido se dejó caer sobre un diván, arrastrando consigo á Laura.

De súbito, despertó azorado de su letargo.

—¿Qué ruido es ese? gritó.

Laura instintivamente echó de nuevo sus brazos al cuello de Armando.

—¡Disparos de cañón! ¡Fuego de fusilería! exclamó el joven. ¡La batalla ha sido renovada!

Armando hizo un violento esfuerzo sobre sí mismo y, cogiendo ambas manos de la joven, las desprendió con un movimiento brusco.

Laura arrojó un débil quejido de dolor.

Pero Armando, poseído de excitación, no oyó ese gemido, que fué apagado por el ruido ensordecedor de la batalla; y, rechazando á la joven con tosquedad, se levantó de un salto y se abalanzó á la mesa en que se encontraba su kepí y su espada.

En seguida, volvió el rostro hacia Laura para despedirse de ella con un ligero ademán, pero, entonces notó que la joven tenía cubierto el rostro con sus manos, que su pecho se agitaba en sollozos y que las lágrimas corrían abundantes por sus mejillas.

Este espectáculo le conturbó.

¡Llanto! ¡y recién desposados!

Corrió hacia su esposa y con suavidad le bajó sus manos que dejaron en descubierto el semblante, su hermosísimo semblante, ahora pálido y regado por el llanto.

—¡Oh, perdón! murmuró Armando.

Mas la joven no daba más indicios de vida que las palpitaciones que levantaban su pecho y el aliento jadeante que se escapaba de su sofocada garganta.

Armando recordó la violencia con que la había arrojado de su lado y cayó de rodillas implorando el perdón.

Los labios de Laura se plegaron con una fugaz sonrisa. Armando continuó en sus súplicas.

—Se me figura, exclamó la joven con la voz entrecortada por los sollozos, que si se marcha Armando de esta casa, si me abandona para ir al encuentro de los soldados realistas, al regresar, si es que regresa, ya no encontrará más á su Laura... ¿Por qué esta vana presunción, me dirá? No lo sé, pero siento una opresión aquí, dentro de mi pecho; advierto una secreta voz que me dice no permita que se ausente.

El joven la interrumpió:

—Pero, mis soldados estarán batiéndose y no se encuentra ahí su jefe para que los dirija... pueden ser sorprendidos y destrozados por el enemigo... ¡Oh, Dios mío!...

Laura recobró de súbito toda su energía en su apostura y en su voz, y dijo:

—Pues bien, ¡elija usted entre su mujer y sus soldados!

Armando irguió su cabeza de varonil belleza.

—¡Oh, no! exclamó, ¡qué horror! ¿Que elija entre mi mujer y mis soldados?... No cabe comparación... Diga usted mejor... es más correcto... ¡que escoja entre mi amor á usted y el de la patria!

—Pues bien, sea, profirió sin vacilar Laura.

Armando no replicó.

—Aguardo la respuesta, dijo Laura.

Sus ojos estaban secos y relucientes, su semblante tenía una expresión severa y su voz había adquirido una entonación áspera y nerviosa.

Armando reflexionó un instante y comprendió que el amor futuro de su esposa talvez dependería de su actual contestación.

Sin pronunciar siquiera una sola palabra, se levantó, tembloroso de emoción, y fué á esconder su rostro densamente pálido en el seno alterado de la joven.

Esta tuvo un estremecimiento de alegría.

Oyóse en aquel instante, en el patio de la casa, la detonación de una arma de fuego, luego un ruido confuso, como el de una lucha cuerpo á cuerpo. Más lejos, el sonido de muchos disparos.

Armando se precipitó hacia la puerta de la habitación.

Laura arrojó un grito de espanto.

Este grito coincidió con otro de dolor que vibró en el exterior, un alarido de angustia, cual el postrimer quejido de un moribundo.

Armando llegó á tiempo á la puerta para ver á un hombre vestido con el uniforme de los soldados realistas caer de espaldas, atravesado el pecho por una afilada bayoneta.

El matador era Bernardo, quien rápidamente retiró el arma del cuerpo del soldado muerto y miró en seguida en su derredor, como buscando un nuevo enemigo con quien batirse.

—¡Bernardo! dijo Armando, mientras se acercaba al veterano con la espada desnuda en su diestra.

—¡Don Armando! ¡don Armando! gritó éste corriendo al encuentro del joven. ¡Hemos sido sorprendidos por los realistas! ¡Estamos cercados! ¡Somos perdidos!

—¿Y mis soldados? vociferó Armando.

—Los que custodiaban la casa se han batido como leones, pero los contrarios son muchos y los nuestros han sido muertos ó cogidos prisioneros.

—Voy á salvarles si aun es tiempo, ó moriré con ellos, exclamó el joven, cuya razón se ofuscaba por el dolor. ¡Adelante, Bernardo!

Ambos emprendían ya la carrera hacia el extremo del patio que conducía al huerto; donde, á juzgar por los disparos que aun se escuchaban, parecía que continuaba el combate entre los soldados de Armando y los realistas.

En aquel instante, llegó distintamente hasta los oídos de Armando un grito agudo, desesperado, de una voz conocida.

—¡Armando, socorro! clamaba la voz.

—Bernardo, ¿has oído? preguntó el joven deteniendo su carrera bruscamente.

Bernardo se paró al momento y escuchó.

Al punto dijo:

—Es la señora que pide auxilio; entraron hace un momento varios soldados realistas que estarán recorriendo las habitaciones.

Armando no aguardó un segundo más y rápidamente y en silencio, seguido de Bernardo, corrió hacia la alcoba en que había dejado á Laura.

Encontró á ésta sentada en el mismo diván en que la había dejado.

Tan pronto Laura vió al joven se levantó de su asiento y se acercó á él, demostrando en su semblante y sus actitudes el más vivo terror.

—Laura, ¿qué ha sucedido? por qué ese grito de alarma? preguntó con viveza Armando.

—He visto á un hombre asomar su rostro horrible por la ventana y he creído que ese hombre era Padilla. He dado un grito de espanto y la funesta visión ha desaparecido.

Armando se acercó á la ventana, guarnecida de barrotes de fierro y que daba al patio de la casa, así como la única puerta de la alcoba.

Miró y no vió ningún bulto extraño.

—Ha sido una ilusión, dijo.

—Al contrario, estoy segura de que ha sido una realidad.

Como una afirmativa para las palabras de la joven, oyóse, proveniente del patio, una voz ronca que gritaba:

—¡Por aquí, muchachos! ¡por aquí! ¡Los tenemos cogidos en la ratonera! ¡Adelante, amigos míos!

Armando había reconocido esa voz por la de Padilla; comprendió instantáneamente que se trataba de una nueva asechanza del bandido para apoderarse de Laura.

Armando sintió un escalofrío en sus venas. Había divisado el grueso número de soldados enemigos que se acercaban. Su corazón se le oprimió dentro del pecho.

—¡Huyamos! alcanzó á gritar, tratando de arrastrar en pos de sí á la joven con la mano que le quedaba libre y empuñando con la otra la enrojecida espada.

CAPÍTULO IX

AGONÍA

Avanzaron para salir al patio. Bernardo marchaba delante.

El valiente soldado llegó hasta la puerta y retrocedió espantado. El patio estaba lleno de soldados, que continuaban entrando por el pequeño corredor que comunicaba con el huerto.

Indudablemente que esos soldados realistas habían dado cuenta de los soldados de Armando y se acercaban para posesionarse de la casa.

—La fuga es ya imposible, dijo Bernardo; tan pronto como nos asomemos al patio seremos acribillados á balazos. Es preciso resistir desde adentro.

Sin hacer juicio de esta observación, Armando aventuró un paso al exterior, conduciendo siempre á Laura de la mano.

Sonaron, en el acto mismo, varias detonaciones.

Armando al adelantar el pie había, en el preciso instante, sacado fuera con precaución la cabeza y mirado con viveza á ambos lados. Vió varios soldados que apuntaban con sus rifles y apenas tuvo el tiempo suficiente de echarse atrás con presteza.

Las balas cruzaron silbando frente á la puerta.

Los soldados que habían entrado recién al patio, se acercaban corriendo á la habitación.

Armando comprendió que tentar la fuga á mano armada sería simplemente un suicidio y Laura caería inevitablemente en poder del enemigo.

Urgido por tan apremiante circunstancia, en un segundo forjó en su mente un plan de defensa. Todo fué pensarlo y proceder con rapidez casi igual al pensamiento.

Cerró con violencia la puerta de gruesa madera y, ayudado de Bernardo, la aseguró con una barra de fierro, que estaba destinada para servir en la noche, en los casos en que había temores de un ataque de ladrones ó malhechores, los cuales en los pueblos de Chile desgraciadamente abundan.

Los soldados, que vieron la acción de Armando, cayeron sobre la puerta con ruda violencia, mas ésta no cedió al empuje de los robustos hombros. A una voz del jefe, los soldados realistas esgrimieron sus fusiles y con la maza de estos dieron tan recios golpes que la madera retembló y los goznes se aflojaron.

Armando comprendió el riesgo en que se hallaba

de que los asaltantes, derribando la puerta, tuvieran entrada dentro del aposento; lo que les proporcionaría una fácil victoria.

Aseguró lo mejor que pudo la puerta con cuanto poste de madera ó de fierro encontró á la mano y arrimando contra ella algunos pesados muebles que componían el menaje de la habitación, logró que resistiera eficazmente los mazazos y empellones de los soldados.

Dió al mismo tiempo orden á Bernardo para que cargara su fusil y, tendido en el suelo, disparara contra la puerta, calculando de manera de herir á los que desde fuera trataban de forzarla.

Esta medida surtió el mejor de los efectos: pues, el primer disparo tuvo por eco un alarido de dolor y un séquito de juramentos é inprecaciones; lo que bien claramente probaba que la bala, después de atravesar la madera, había ido á penetrar en el cuerpo de algún soldado.

Los asaltantes contestaron con un nutrido fuego, pero que no infirió ningún daño á Bernardo, y éste por el contrario á cada nuevo disparo ganaba una nueva víctima.

Esto hizo que los asaltos contra la puerta, cesaran momentáneamente, para transformarse en acometidas á intervalos irregulares y con furia cada vez creciente. Pero la puerta resistía eficazmente y ya Armando comenzó á abrigar esperanzas de salir con bien de ese difícil trance.

Las bajas que había experimentado el enemigo

eran ya de varios hombres, lo que hacía que el furor de estos rayara en locura. Los heridos, entre lamentaciones, pedían á cada momento á sus compañeros que los vengaran. Éstos no deseaban otra cosa; pero, la defensa estaba tan bien organizada que nada podían contra ella ni sus esfuerzos ni su despecho.

Trataron entonces de destruír los barrotes de la ventana, lo que constituía una empresa asaz difícil.

Tan pronto Armando observó el intento de los asaltantes de penetrar por la ventana, cayó en la cuenta de que le había llegado su turno y que debía imitar en la ventana la acción de Bernardo en la puerta.

Por una suerte verdaderamente providencial. Armando se había encontrado con un precioso hallazgo. Registrando la pieza, había dado con una hermosa y pequeña cajita de madera de ébano con incrustaciones de plata, dentro de la cual sus ojos deslumbrados vieron un par de magníficas pistolas con todos sus accesorios.

Con la avidez con que el avaro se apodera de su tesoro, así Armando arrebató de su escondite las pistolas, cargólas en el acto y empuñando una en cada mano esperó el momento propicio para servirse de ellas.

Los realistas trataban de doblar ó romper los barrotes de fierro, arrancándolos del marco de madera que los sostenía y estaban en lo mejor de esta operación cuando Armando, de improviso,

enfrentándose á ellos, les descerrajó á quema ropa las dos pistolas, bajando y retirando su cuerpo casi en el mismo instante, á fin de prever los disparos que pudiera hacerle el enemigo.

Efectivamente, algunos fusiles que estaban apoyados de mampuesto sobre la parte inferior de la ventana fueron disparados sobre Armando; pero, sea que un súbito temor les hiciera variar la puntería ó que el joven anduviese lo bastante listo en evadir el cuerpo, lo cierto del caso fué que Armando no recibió ni un rasguño, mientras que una vez expirado el ruido de las detonaciones y disipado el humo, pudo adivinar que el plomo de de sus balas había dado en el blanco apetecido. Los ayes é imprecaciones no dejaban lugar á la más leve duda.

Algunos soldados se animaron hasta el extremo de asomar sus rifles por entre los barrotes y disparar hacia dentro sin puntería fija, pero estas balas no podían hacer daño á los asaltados por cuanto permanecían agazapados contra el suelo y ocultos entre los muebles.

Armando á su vez se aventuró hasta acercarse lo suficiente á la ventana para dar de tajos y estocadas con su espada contra los que osaban asomar por ella sus armas.

Otro peligro amenazó bien pronto á Armando.

Convencidos los realistas que nada podían contra la puerta ni la ventana, cesaron en sus tentativas.

Armando, que nada sabía de lo que pasaba en el recinto de la plaza y que sólo por el ruido de la batalla presumía que los patriotas seguían firmes en sus puestos de defensa, se imaginaba ya que los asaltantes, considerando inexpugnable la habitación, pensaban en retirarse.

—¡No comprendo, decía para sus adentros el joven, cómo no vienen patriotas en mi socorro! ¡A no ser que los realistas hayan entrado furtivamente y que ninguno de los soldados que tenía apostados en cada extremo de la casa lograra escapar! ¡O bien que mis valientes hayan preferido ser degollados á volver cara al enemigo!...

Se devanaba inútilmente el cerebro por hallar una razón entre todas sus conjeturas.

Arrancáronle muy luego de su abstracción una serie de golpes que resonaron en la pared de la habitación. Armando aguzó el oído. Parecía que cavaban la pared con una barreta.

El joven tuvo una impresión de temor. Si lograban los asaltantes abrir un boquete en la muralla sería imposible contener su entrada, pues dos hombres indudablemente que nada podían en lucha abierta contra treinta ó más enemigos. Felizmente, la pared tenía más de un pie de espesor y, aunque era de adobes, sin embargo, á causa de su excelente calidad, ofrecía alguna resistencia. Por otra parte, bien se adivinaba que las herramientas de que se servían para echarla abajo no eran muy adecuadas al objeto.

Con todo, Armando y sus compañeros de defensa, se encontraban ya desalentados de continuar resistiendo con éxito por algunos minutos, pues á Bernardo se le habían concluído ya las municiones para su rifle y escasamente le restaban las necesarias para unos cuantos disparos más.

Ellos y Laura, conteniendo el resuello de la respiración, escuchaban, poseídos de angustia. Cada golpe, que retumbaba seco y sonoro en la pared, vibraba dolorosamente en lo más íntimo de sus almas: era como un aviso siniestro del desenlace inevitable y horrible que se acercaba.

Poseídos como estaban los asaltantes de tan salvaje cólera, no podían esperar compasión; sino que, al contrario, serían descuartizados vivos y si Laura salvaba su vida, más le valdría perderla por cuanto la más ignominiosa afrenta la aguardaba.

Hasta aquel momento Armando sólo se había preocupado de sostener la defensa de manera de impedir la irrupción de Padilla y sus secuaces en la habitación.

Mas, ahora que había una tregua forzosa, mientras no llegara el instante de hacer el postrer esfuerzo, Armando tenía tiempo de preocuparse de Laura. Miró hacia el ángulo de la alcoba en que se había refugiado y la vió arrodillada y con las manos juntas, cual la imagen del terror y de la súplica.

Armando se aproximó á la joven. Ésta, ensimismada en la meditación, no reparó en la presencia cercana de su esposo.

—¡Valor! murmuró el joven al oído de Laura.

La joven se sobresaltó.

—¡Ah, sí, valor! repitió con un indefinible acento de angustia. Bien lo necesitamos, Armando mío: usted para defender su vida y la mía de la manera como lo hace y yo para verle á cada momento expuesto á perder la existencia.

—¡Oh, Laura! no se inquiete por mí, la vida bien poco me vale, así que le ruego no sufra usted por esta causa.

—¡Armando! ¡calle usted! ¿qué atrocidad me dice?... No le importa su vida... quiere esto decir que yo no le merezco á usted el aprecio suficiente para hacérsela apetecer... ¡Oh, Dios mío!... ¡Asegúreme usted que esto no es verdad!

—En efecto, es inexacto. No ambiciono la vida sino porque se encadena con la suya. Así que á mí, sólo me preocupa su existencia. ¡Usted es feliz, lo soy yo; desdichada usted, más me vale no existir!

—¡Ah! que torpe he sido... ahora comprendo... usted siente igual que yo, que bien poco me preocupo de mi persona sino exclusivamente de usted. ¡Gracias, Armando!

Los jóvenes se estrecharon ambas manos, cual un signo de mutuo agradecimiento.

Los golpes se oían cada vez más distintamente. Bien evidente se hacía la pretensión del enemigo de echar abajo un grueso trozo de pared, de manera que tuvieran expedito paso varios hombres á un

mismo tiempo, temerosos seguramente de que á no obrar de esta suerte serían muertos uno en pos de otro por los que dentro defendían desesperadamente sus vidas.

Armando retenía entre sus nervudas manos una de las blandas y suaves manecitas de Laura. Clavaba en el rostro de la joven su persistente mirada. Parecía que por primera vez observara los encantadores detalles de su fisonomía que revestían su belleza adorable. Bajó en seguida su vista y la fijó en cada una de las formas que constituían su cuerpo escultural.

Laura, que reparó en el escrupuloso examen de que era objeto, dirigió á Armando una mirada indagadora.

Esta mirada se encontró con la del joven.

Este tuvo un estremecimiento. Apretó sus puños nerviosamente, de manera que hizo prorrumpir en un ahogado grito de dolor á Laura, una de cuyas manos permanecía sujeta por las de Armando. Con voz que temblaba, pronunció estas palabras:

—Mi frente se abrasa, mi cerebro parece fuera á estallar: una idea extraña y terrible corroe mi alma, violenta los latidos de mi corazón y conmueve todo mi ser...

Ambos jóvenes, como magnetizados por un fluído extraño, se miraban con rara insistencia, sin desear, ni tampoco poder, apartar sus miradas. Parecía que á través de los ojos, reflejo del pensamien-

to, querían sondearse sus almas, hasta sus más recónditas y oscuras profundidades...

Laura dijo:

—¿Qué idea puede preocuparle de tan tenaz manera, si no es el sentimiento de la triste y funesta realidad que nos rodea?

Armando respondió con voz seca, áspera, ligeramente enfática:

—Sí, dice usted bien Laura, ¡triste y funesta realidad! Pero, ¡vive Dios! que no me preocupa el sangriento desenlace que se acerca, sino más bien sus desastrosas consecuencias.

—Explíquese, Armando; no comprendo.

El joven no deseaba otra cosa sino explicarse; se apresuró pues á decir con un tono de aparente indiferencia:

—No cabe duda alguna que Bernardo y yo, si no morimos en la refriega y caemos en poder del enemigo, seremos fusilados, degollados ó descuartizados.

Laura sintió que un escalofrío recorría sus venas; era pasmosa la tranquilidad del joven para presagiar un tan terrible fin.

Sin inquietarse Armando de la impresión que sus palabras pudieran causar en la joven, prosiguió, enronqueciendo la voz á medida que hablaba:

—Resultado final: que moriremos asesinados.

Se interrumpió un instante y, con voz que vacilaba angustiosamente de emoción, exclamó:

—Pero, usted Laura... usted no será muerta, sino que... ¡Ah, Dios mío! ¡Qué siniestra suerte la aguarda... Caerá en poder de esos desalmados bandidos ó, en el mejor de los casos, bajo las garras de ese miserable de Padilla... y la vergüenza y la deshonra!...

Armando no pudo concluír, una mano le cubrió la boca y las últimas palabras del joven no salieron de su garganta.

Al comprender el tenebroso pensamiento á que daban una forma verbal las desnudas palabras de Armando, el rostro de la joven se había enrojecido de bochorno, sus ojos fulguraron de coraje y con un movimiento brusco, rápido, desprendió la mano que aprisionaba Armando, la cual fué á herir sus labios y acalló sus palabras.

—¡Armando! exclamó la joven.

Y en esta exclamación iba envuelta toda una frase de amargura y reproche.

—¿Acaso no tengo derecho para expresar mi pensamiento? dijo el joven.

—Sí, pero no para dudar de mi honor, replicó sin vacilar Laura.

—No, yo no dudo ni dudaré de su honor, ahora ni jamás; ¡líbreme Dios de ello! Pero el caso es enteramente excepcional, la fuerza mandará y ante ella la razón del débil nada podrá. ¡Es una verdad, muy penosa por cierto, pero desdichadamente es verdad!

El joven calló.

Los sonoros golpes contra la pared de la estancia se hacían cada vez más perceptibles.

Afuera, el lúgubre ruido de la batalla continuaba.

Bernardo con el fusil afirmado contra el hombro, aguardaba el instante oportuno de quemar los últimos cartuchos.

Sintióse en la pared un sonido prolongado, cual el desmoronamiento de la tierra.

Armando empuñó nuevamente las pistolas.

La dolorosa agonía de aquellos tres seres iba á tener pronto su término fatal.

Laura que nada respondió á la última observación de real efectividad que le hiciera Armando, se había alzado en el rincón donde hasta entonces permaneciera acurrucada y se acercó al joven pausadamente pero con paso firme y se detuvo á su lado.

Tal conducta no podía ser el resultado sino de un designio.

Armando observó con extrañeza la presencia contigua de Laura. Con voz casi áspera, la dijo:

—¿Qué hace usted aquí, á mi lado? Este es un sitio de peligro que no la corresponde. Haga el favor de volver al rincón del aposento, donde estará más al abrigo de las balas. La pared no tardará en caer y es menester que me deje en entera libertad de acción para defender su honra y mi vida.

Laura sintió un agudo dolor en su corazón. Pensó que el joven era muy cruel con ella, la habla-

ba cual si estuviera enfadado, siendo que ella nada había hecho para merecer su enojo. A pesar de esto, con voz tranquila pero resuelta, le replicó:

—Armando; yo no me apartaré de su lado, aunque trate de exigírmelo; discúlpeme usted.

—¿Qué oigo? exclamó el joven, en el colmo de su extrañeza.

Laura, imperturbable, prosiguió:

—Aquí encontraré la muerte... ¿Estará usted seguro después de haberme visto sucumbir, de que siempre le habré sido fiel?

Armando no contestó, avanzó hacia Laura, la estrechó en sus brazos y mirándola á los ojos la dijo con expresión de ternura inconcebible:

—¡Perdón! he sido un loco; pero mi cerebro, torturado de insensatos pensamientos y de vanos celos, ha ardido como un infierno... Mis palabras no las tenga en cuenta, pues yo ni aun recuerdo lo que he dicho.

—No importa; mi resolución es irrevocable.

—¡Oh, no! ¡por piedad! aléjese usted; será un sacrificio estéril... Usted siempre podrá ser salvada á tiempo; su muerte sería un crimen.

—No será un crimen, sino más bien una muerte honrosa. Dios me ha dotado de fuerza y energía suficientes para que, en un caso extremo como este, pueda defender mi vida y mi honor, sirviéndome de las armas. Cuando usted haya caído herido, le arrancaré su espada para conti-

nuar la lucha y en ella buscaré la muerte: ¿es este un crimen?

—Seré franco, con mi horrible franqueza: su heroísmo me halaga tanto como me desesperaba aquel otro fin que presagiaba para usted.

Este diálogo, deslizado á media voz y entre palabras entrecortadas, tuvo por término un crujido siniestro; la pared se desgarró en un grueso trecho, se desmoronó y cayó con sordo estrépito.

Un ancho boquete quedó abierto para la libre entrada de los asaltantes.

Éstos se abalanzaron con horrible furia á invadir la habitación.

Pero, sólo dos hombres tenían acceso de frente; los demás debían seguir á aquellos.

Comenzó la refriega con un vivo fuego por ambas partes.

Los asaltados tenían la ventaja de encontrarse ocultos por la oscuridad de la habitación y parapetados por mesas y sillas, contra las cuales tropezaron los invasores.

Éstos tenían en su contra la desventaja de venir de la luz á la sombra, que cegaba su vista, y de tener que atravesar un paso obligado, cercado de parapetos.

Los asaltantes habían disparado sus armas sin fijar puntería.

Armando y Bernardo dirigieron, por el contrario, el plomo de sus pistolas y rifle con pulso firme y ojo certero.

Resultado: que los dos primeros hombres cayeron muertos ó mortalmente heridos hacia el interior de la habitación.

Los que les seguían trataron de saltar sobre los cadáveres de sus compañeros que obstruían la entrada y fueron recibidos por la espada de Armando y la bayoneta de Bernardo.

Los que venían más atrás empujaron á los que delante estaban batiéndose, pero sólo lograron impedir que éstos se defendieran, impulsados de ese modo, y cayeron heridos por Armando y Bernardo.

Sin embargo, la posición iba á ser tomada. Los dos hombres de repuesto saltaban sobre los heridos.

Afuera, una voz ronca y enérgica daba sus órdenes imperiosas; en cumplimiento de las cuales los soldados realistas se apiñaban para forzar el paso.

Felizmente para los asaltados, el boquete se encontraba rodeado de una trinchera; pues, los cuatro hombres muertos ó heridos formaban ya una pira de carne humana.

Con todo, Armando ni Bernardo aun no habían tenido tiempo de retirar sus armas ensangrentadas cuando ya los nuevos enemigos asestaban contra ellos sus fusiles.

Armando se creyó perdido. Era imposible sostener la lucha al arma blanca contra hombres que traían sus rifles preparados para hacer fuego.

Armando preveía el instante en que una bala le dejara fuera de combate ó en que su espada saltara de sus fatigadas manos.

En aquel instante de desaliento, vino en auxilio del joven una ayuda providencial.

Él y Bernardo ultimaban á los heridos á fin de pisar sobre sus cadáveres y adelantar en seguida sobre los recientes asaltantes.

Los dos soldados que habían asomado sus rostros por el boquete, fijaban sus punterías sobre Armando.

Éste, preocupado como estaba de los heridos que aun levantaban sus armas para acometer, no vió la muerte que se cernía sobre su cabeza.

Los realistas aseguraban aún sus fusiles para no errar los tiros cuando dos detonaciones, seguidas una en pos de otra con corto intervalo de segundos, resonaron en el interior.

Uno de los soldados realistas cayó herido sobre su compañero. Éste disparaba en ese instante y la bala, variando su dirección, pasó silbando junto al oído de Armando.

El joven, avisado de esta manera, avanzó en el acto contra el otro soldado, quien no tuvo tiempo para defenderse y, espantado del horrible cuadro de muerte que habían contemplado sus ojos, retrocedió con viveza, antes de que la espada de Armando alcanzara á tocarle.

Al retroceder el soldado realista, arrastró consigo á los que en pos de él trataban de avanzar.

Armando vió el boquete libre y arrastró los cuerpos de los soldados muertos, de modo de entorpecer la entrada.

Hubo un rato de calma.

Se oyeron entonces los gritos del soldado que huyó, relatando el fin que les había cabido á sus compañeros de armas que habían cruzado el paso fatal. Imaginaba que dentro estaban varios soldados patriotas que hacían imposible la toma de la fortificación, que no en otra se había trasformado la alcoba

Pero, ¿quién había librado á Armando de una muerte segura? quién había disparado con tanto acierto y tan oportunamente para herir ó hacer retroceder á los últimos asaltantes, de manera de causar el pánico entre los realistas que no sabían con que número de fuerzas contaban los defensores?

¡Laura, la hermosa Laura, la esposa de Armando!

Aprovechando el rato de descanso, éste corrió al lado de la joven, á quien encontró con las pistolas ya cargadas y listas para disparar una segunda vez.

Armando comprendió al punto quien había sido la salvadora de la situación.

Emocionado hasta el extremo de quedar privado del uso de la palabra, el joven abrazó en silencio á su valiente esposa.

Con esa única pero elocuente demostración, Armando dió á entender á Laura, cuán profundo era su agradecimiento por su denodado proceder.

Bernardo se había acercado á los jóvenes. Sus ojos relampagueaban de coraje. Con voz que la alegría hacía fresca y sonora, dijo:

—¡Hemos vencido mi capitán!... ¡Viva la patria!

Armando estrechó entre las suyas la mano que le tendía el leal y valeroso soldado.

—¡Viva la patria! exclamó.

Y agregó al punto, con acento afectuoso:

—Si acaso escapamos con vida de esta tremenda situación, usted será para nosotros, más que un amigo querido, un hermano con quien compartiremos nuestras felicidades y nuestros bienes de fortuna.

—¡Gracias! balbuceó con voz conmovida el veterano, mientras que en su interior juraba hacerse matar, si era menester, en defensa de las vidas de tan bondadosos señores.

Dos furtivas lágrimas de reconocimiento habían asomado á sus ojos.

En el exterior, siempre el estruendo de la batalla continuaba, aunque había trascurrido ya cerca de una hora desde el comienzo del nuevo asalto.

Sin embargo, Armando prefería escuchar los ecos del combate, mientras tanto no supiera que el enemigo era rechazado, pues el término de las hostilidades podría muy bien ser el indicio de la pérdida de Rancagua.

Pasaron unos cuantos minutos en que los asaltantes de la habitación no dieron señales de vida. ¿Se habían retirado? Ó aguardaban que salieran

los de adentro para caer sobre la deseada presa y devorarla.

Oyóse de pronto un sonido vago, indefinido.

—¿Qué significa ese ruido? preguntó Armando.

Ni Laura ni Bernardo acertaron á responder.

Era un murmullo semejante al chisporroteo de una hoguera.

Los tres prisioneros miraron su oscura celda en todas direcciones á fin de adivinar la procedencia del ruido.

La joven arrojó un grito de horror.

—¡Incendio! exclamó.

—¡Incendio! repitieron espantados Armando y Bernardo.

Efectivamente: en uno de los ángulos de la habitación se filtraba hacia el interior una espesa humareda que comenzaba á rarificar el aire, comunicándole un sabor acre y astringente.

Muy pronto aparecieron las llamas que lamían las vetustas paredes.

El fuego se descubría en varias partes á un mismo tiempo.

—¡Vamos á morir asfixiados ó quemados vivos! dijo Laura, lívida de terror.

Las balas ni las bayonetas la habían causado miedo, pero el aspecto de las quemantes llamas, le producían el más cruel de los martirios.

Armando dijo:

—Sin duda el enemigo pretende forzarnos á salir para degollarnos afuera.

—De esta sí que no escaparemos, agregó Bernardo, aturdido de dolor.

No había más esperanzas de salvación que el enemigo se retirara antes que el fuego prendiera el aposento, y para esto era menester que las bayonetas patriotas acudieran cuanto antes.

Pero, si los realistas se encontraban ocultos dentro de la casa, era imposible que los soldados de la patria tuvieran conocimiento de su presencia.

Y Luis, empeñado como se encontraba en la defensa de la trinchera de la calle de San Francisco, no se acercaría á la casa hasta la cesación del combate.

Los tres prisioneros, que momentos antes ya cantaban su triunfo, ahora reflexionaban, sumidos en hondo pesar y acerbo sufrimiento, cuál muerte debían preferir, si carbonizados por las llamas del incendio ó descuartizados por las armas de los realistas.

Y mientras tanto, el calor se hacía á cada momento más insoportable y la respiración más dificultosa.

Armando era de opinión de arrojarse al patio y buscar la muerte con las armas en la mano.

Laura ni Bernardo no tenían aun ninguna determinación formada. Aguardaban, ¿qué?... Nada. Sencillamente, estaban en un estado de inconciencia.

La agonía de aquellos desdichados seres, perse-

guidos por el Hado de la suerte fatal, llevaba ya más de una hora.

Aquello era sufrir mil muertes morales; disfrutándose, al propio tiempo, de la plenitud de vigor de las facultades físicas.

CAPÍTULO X

EL INCENDIO

Á la una de la tarde dieron comienzo las tropas realistas al sesto asalto general de la villa de Rancagua.

En aquel día, era la tercera acometida á las trincheras patriotas.

Con la seguridad de que las fuerzas de la tercera división se habían retirado definitivamente y que, por lo tanto, en adelante no serían estorbados en el asedio, los realistas avanzaron confiados en el triunfo y decididos una vez más á posesionarse de la plaza á cualquier costo y á no retroceder como en los asaltos anteriores.

A las doce del día, había repercutido en el recinto de la plaza el grito de ¡traición! que produjo en el ánimo de los sitiados profundo abatimiento.

Pero O'Higgins y algunos otros jefes y oficiales, sobreponiéndose á tan tremenda situación, retem-

plaron su ardor bélico con la noticia del abandono en que les había dejado sumidos la división hermana.

Firmemente decididos como estaban desde el principio del sitio á sepultarse entre los escombros de Rancagua, antes que rendir la ciudad, comprendieron que había sonado la hora en que debían dar cumplimiento á su decisión.

Al observar en las fisonomías de los soldados, desencajadas por una noche de insomnio y dos días de combates y por las torturas del hambre y de la sed, expresa ahora en ellas la inercia del desaliento, levantan la voz y la apostura y con gesto patético y fiera expresión, peroran á los soldados á fin de infundirles el aliento que ya les falta.

—Muchachos, grita O'Higgins, aun no está perdida la patria mientras tengamos brazos y fuerza bastante para levantar la bandera de Chile; mientras aquella insignia de negro color permanezca izada en la torre de la Merced.

Y señalaba con la punta de su espada el paño funerario que, impulsado por la brisa de la altura, ondeaba sobre el azul del firmamento.

—La negra bandera nos recuerda á cada instante el voto solemne que hicimos de no rendirnos ni capitular jamás; de batallar hasta tanto nos sustente el postrer resuello.

—¡Viva la guerra á muerte! ¡viva la patria!

Vigorizados los soldados al escuchar tan ardien-

tes expresiones de energía, responden á su jefe con exclamaciones de:

—¡Viva la patria!

Y á fin de imponerse sobre los que aun daban muestras de flaqueza, exclama:

—¡No hay rendición ni capitulación posibles! Será pasado por las armas el cobarde que hable de entregarse al enemigo.

O'Higgins recorre todas las trincheras y en todas profiere las mismas ardorosas palabras.

Se le contesta con gritos de: ¡ Viva Chile! ¡Mueran los godos! ¡Abajo los tiranos!

Y estas exclamaciones que recorren la plaza hacen olvidar el anterior grito fatídico de ¡traición! y los soldados, ya nuevamente con el ánimo levantado, empuñan sus rifles para aguardar al ejército realista.

Así fué como, gracias á la pujanza y entereza de los jefes patriotas de Rancagua, los realistas, al emprender la nueva embestida contra los destrozados bastiones de Rancagua, se encontraron con una resistencia heróica que estaban muy lejos de haber imaginado.

Aquel fué el penúltimo asalto á la plaza y uno de los más sostenidos y encarnizados desde la ruptura de las hostilidades.

Era una lucha de vida ó muerte.

Los patriotas defendían la patria y sus vidas. Los realistas defendían la propiedad y el honor de su Rey y su amor propio de soldados.

El incendio avanza con sus oleadas de fuego por los contornos de la plaza de Rancagua.

Los cañones están caldeados á causa de tan prolongado servicio y los patriotas ya no pueden servirse de ellos, conforme las apremiantes circunstancias lo requieren.

Algunos armones de pólvora han estallado con horroroso estampido, esparciendo la muerte, la confusión y el desorden entre los soldados de la patria.

El sol vierte sus rayos abrasadores sobre la ciudad.

La metralla cae como una lluvia de plomo sobre las trincheras.

Los realistas, que columbran que la resistencia por parte de los sitiados se hace á cada rato más difícil é imposible, redoblan sus ímpetus á fin de obtener la victoria antes que las sombras de la noche envuelvan á Rancagua y favorezcan á sus defensores.

Ya no cabe duda que el resultado será un desastre para la causa de la patria.

Mientras la batalla continúa en las trincheras, ¿qué sucede en casa de Laura? cuál será el bárbaro fin que van á tener esas tres vidas amenazadas como están por el fuego, voraz elemento de destrucción, y por el plomo de los fusiles y el acero de las bayonetas, sangrientas armas homicidas.

Tristán Padilla, aunque investido con el carácter de capitán de milicias de caballería, había obtenido

de Ossorio cuarenta infantes con los cuales se había adueñado de la casa de Laura.

El general Ossorio concedió á Padilla el número de hombres que solicitó por cuanto tuvo la astucia de asegurar al jefe realista que conocía una entrada fácil y segura á la plaza de la villa: que consistía en apoderarse de una de las casas vecinas, desde donde se dejaría caer sobre una de las trincheras enemigas; se la tomaría por asalto y proporcionaría la entrada al reducto patriota del ejército realista.

Ossorio se dejó convencer por las razones que adujo Padilla y se imaginó muy práctico y sencillo el plan del novel capitán.

El Cariñoso acompañó á Padilla y, como en el día anterior había observado la disposición que para la salvaguardia de la casa había dado Armando á los soldados, condujo á los invasores de manera de caer de sorpresa sobre los patriotas.

Les introdujo por una zanja, que él en otras ocasiones había explorado en previsión de que llegara el caso de servirse de ella, y una vez dentro del huerto, distribuyó á los soldados en forma de cercar simultáneamente á los centinelas.

Efectivamente, éstos fueron sorprendidos. Se libró un corto combate al cabo del cual los asaltantes eran dueños del campo.

Padilla, en persona, se había encargado de impedir la fuga de Laura á quien suponía en una de las habitaciones de la casa y, al efecto, acompañado de algunos soldados, se dirigió al interior, dejando

al Cariñoso para que condujera á los demás soldados tan pronto hubieran concluído de ultimar á los soldados patriotas.

Lo restante ya lo sabe el lector.

Padilla dió luego con el escondite de Laura; pero vió, al propio tiempo, que estaba acompañada por Armando y quizás también por algunos otros hombres que habrían sido dejados ahí para su resguardo.

Reunió entonces á sus soldados y les hizo arrojarse al asalto de la habitación en que sabía que estaba Laura y en donde había visto entrar á Armando y á un soldado patriota.

Su intención era apoderarse de Laura viva, para saciar en ella sus brutales instintos.

Pero muchos de sus soldados habían caído, heridos ó muertos, sin lograr derribar la puerta por donde pudieran entrar los asaltantes.

El Cariñoso, mientras tanto, había encontrado, después de husmear toda la casa y revolver sus enseres, una pica y una azada, con las cuales acometió la tarea de abrir un boquete en la pared.

Pero cinco hombres fueron muertos y el sesto huyó, llevando el pánico á los demás soldados.

Éstos, entonces, enfurecidos hasta el delirio, quisieron vengar á sus compañeros que habían sido heridos y después asesinados por los monstruos patriotas que dentro se batían no como hombres sino como bestias feroces.

Y resolvieron prender fuego á la habitación.

Padilla, exasperado casi tanto como sus subalternos, no pretendió resistir tan terribles intenciones y dejó que llevaran a cabo el plan.

El fuego bien pronto rodeó la habitación.

Padilla pensaba que Laura y sus defensores, antes que morir quemados, tendrían que salir de la habitación y entonces era cosa fácil arrebatarla, auxiliado por sus soldados, mientras que los demás fusilaban á sus compañeros de evasión.

Sin embargo, Padilla y el Cariñoso, que conocían bien de lo que era capaz Armando, habían tenido hasta entonces la prudente precaución de no colocarse al alcance de su espada ni del plomo certero de sus pistolas.

Y ahora, igualmente, permanecían retirados, semi-ocultos, mientras que sus soldados, en cumplimiento de las órdenes de su capitán é impulsados además por su propia cólera y ambición de venganza, rodeaban la habitación con sus armas preparadas para fusilar á los prófugos tan pronto aparecieran.

Habían recibido orden de cuidar de no herir á la mujer, para lo cual en caso necesario no debían disparar sus fusiles sino más bien servirse del arma blanca.

Dejemos á Padilla y sus soldados en la actitud que hemos descrito, como hambrientos y feroces perros que acechan su presa para devorarla, y trasladémonos al interior de la alcoba que arde ya como un pequeño infierno.

—Laura, desfallecida, se sostenía en los brazos de Armando para no caer.

Aunque lacerados por la más acerba congoja y torturados por dolorosos padecimientos físicos, están aun firmes y en pie los dos héroes de nuestre historia Armando y Laura y á su lado se sostiene el bravo y abnegado soldado Bernardo.

Abreviaremos la narración de tan trágico episodio.

Las llamas habían devorado ya la tercera parte de la habitación y amenazaban de un momento á otro hacer desplomarse el techo ó una de las paredes sobre los prisioneros y aplastarlos en la caída.

El calor se hacía á cada momento más abrasador.

Laura, desfallecida, falta de respiración, lívida de angustia, se sostenía en los brazos de Armando para no caer.

El joven, con la espada desnuda en la mano, creía ya llegado el instante de precipitarse afuera en busca de una muerte menos horrible que la que les esperaba adentro.

Bernardo, apoyado en su rifle, permanecía mudo é inmóvil, sufriendo en silencio. Aguardaba una orden de Armando para despejar la salida y resguardar á los jóvenes en su intento de fuga.

—¡Valor! murmuró por la centésima vez Armando al oído de Laura.

Pero, ya la joven no le escuchaba.

¡Laura se muere! exclamó Armando con indefinible temor y angustia. ¡Bernardo! es preciso salvarla á todo trance... aquí falta el aire para respirar.. moriremos asfixiados... por piedad, abra usted la

puerta y venga la muerte por las balas... escapemos del humo y de las llamas...

Bernardo sólo alcanzó á oír las primeras palabras pronunciadas por el joven. Quiso acudir en auxilio de Laura; pero, un suceso imprevisto se lo impidió.

El techo se hundió y cayó con un ruido atronador, hacia el centro de la habitación.

Laura y Armando, que se encontraban refugiados en uno de los rincones de la alcoba, resultaron salvos del derrumbamiento. Aún, el joven, ni se dió cabal cuenta del inmenso peligro de que se acababan de librar, preocupado como estaba de hacer volver en sí á Laura, desfallecida.

Bernardo recibió sobre el hombro un madero encendido, que le echó por tierra. El bravo soldado, aunque seriamente lastimado, tuvo sin embargo la fuerza y energía suficientes para levantarse airoso de entre los escombros calcinantes, saltar rápido sobre ellos y retirarse á un extremo de la alcoba, respetado aún por las llamas. Ahí apagó sus vestidos que habían comenzado á arder. El soldado se palpó todos sus adoloridos miembros á fin de darse cuenta de la seriedad de las heridas que había recibido. Tenía algunas magulladuras en la cara y en las manos. El hombro le pesaba horriblemente. El brazo izquierdo lo movía con dificultad. La tela del traje había sido desgarrada y dejaba en descubierto las carnes del hombro, que manaba sangre por una profunda llaga.

El techo, al desplomarse, dejó en descubierto el

tejado de la casa, que ardía consumido por las llamas.

El humo de la habitación se escapó hacia el tejado, y por algunas aberturas que en éste el incendio había practicado se coló al exterior.

Armando sintió cierto bienestar inexplicable. Lo que era debido á que sus pulmones respiraban ahora con menos dificultad.

—¡Laura! ¡Laura mía! ¡vuelve en ti! decía el joven, mientras sacudía con sus brazos el cuerpo de su esposa para traerla á la vida.

La respiración de la joven se hizo por fin perceptible. Un hondo suspiro agitó su pecho. Balbuceó una palabra incomprensible, que Armando interpretó por su nombre, abrió después los ojos y dijo:

—¿Dónde estoy? qué me sucede?... ¡Ah! ya recuerdo... Aun sigue el incendio. ¡Dios mío, esto es horroroso! ¡Qué terrible tormento!... Pero, por qué he perdido la razón? algún desmayo acaso?... Armando, explíqueme usted...

El joven había dejado hablar á Laura sin tener fuerzas para responder á sus preguntas y ayudarla á darse cuenta de la fatal situación.

Haciendo un penoso esfuerzo, dijo:

—Está usted á mi lado, con su Armando.

—Sí, ya lo sé, pero, ¿por qué no salimos de esta habitación? por qué no escapamos de las llamas? ¿Acaso hemos de morir quemados vivos?... ¡Oh, qué horror!

Armando quería hablar y la voz se le anudaba en la garganta; sólo logró proferir algunos sonidos inarticulados.

Sentía una imperiosa necesidad de romper en el llanto de la desesperación para desahogar su alma atribulada; pero, no, hacía llamados sobrehumanos á su serenidad para dominar sus emociones é intentaba en vano decir algunas palabras de aliento á su querida esposa.

Ésta renovó su pregunta:

—Responda, Armando mío, ¿hemos, pues, de morir carbonizados por el fuego?

Armando no respondió.

En cambio, otra voz, que los jóvenes reconocieron por la de Bernardo, pronunció estas palabras:

—No, ustedes no morirán ni por el fuego ni por las balas, porque yo les salvaré. Valor aun por algunos momentos más. Las bayonetas patriotas no tardarán en llegar, guiadas por el hermano Luis.

Los jóvenes vieron á Bernardo envuelto por una espesa humareda encaramándose al tejado de la casa. Le vieron tan sólo un instante y desapareció. Apenas si habían alcanzado á oír sus palabras.

¿Llegarían los soldados de la patria á tiempo para librar á Armando y Laura de la muerte horrorosa que les amenazaba?

Pero, ¿cómo había escapado á través de las llamas el intrépido soldado? Ni él mismo supo cómo, por una inspiración del momento, se lanzó hacia

el techo de la habitación, trepando sobre los escombros encendidos; á riesgo de caer en los brasas y quemarse todo el cuerpo.

Pero, el instinto de la propia conservación hace prodigios.

Bernardo entrevió por ese camino de fuego un medio de llegar, si no vivo, á lo menos, sólo con algunas heridas leves hasta la barricada patriota ó hasta el recinto de la plaza donde se batían los soldados de la patria; ahí podía comunicarles el peligro en que se encontraba el capitán Armando y así salvarle la vida conjuntamente con su esposa.

Se trataba, pues, de la salvación de tres existencias y esta sola idea bastaba para comunicar á su maltratado y adolorido cuerpo la valentía y empuje bastantes para seguir adelante con felicidad por el escabroso y encendido camino, evitando pisar ó sostenerse en falso y que las llamas tocaran las ropas de su cuerpo, las que había tenido la prudente precaución de humedecer con el agua de una jarra que en la habitación había.

Pasaron unos breves minutos.

Armando y Laura, estrechados uno junto á otro en un ángulo de la habitación, libre hasta aquel instante de la invasión del fuego, aguardan anhelantes de ansiedad, atentos al más leve ruido, que la prometida salvación se cumpla.

Los instantes les parecen horas y, luego, perdiendo ya la esperanza de salvar sus vidas caen

desfallecidos sobre el duro pavimento. La muerte les rodea con su círculo de fuego y avanza hacia ellos y les estrecha con sus incandescentes brazos.

Laura y Armando se despiden de la vida con una última mirada y una postrera sonrisa, mezcla confusa del más apasionado afecto y del más amargo dolor.

Cierran los ojos para no ver el cuadro siniestro que ante su vista espantada se ofrece.

La inconsciencia se apodera de sus sentidos. Antes que la muerte física la muerte moral les ha anonadado. ¡Triste es morir en la primavera de la vida, cuando se ama y se es amado!

¡Y, sin embargo, es entonces cuando más desprecio se hace de la existencia!

¡Arcano incomprensible de la humana naturaleza!

CAPÍTULO XI

EL SACRIFICIO DE UN HÉROE

Bernardo ha llegado á la trinchera. Ha encontrado á Luis pisando sobre los cadáveres de los patriotas muertos, dirigiendo el fuego de sus soldados, enardeciéndoles el coraje con sus voces y con sus acciones.

Luis oye, impasible, la narración de Bernardo.

Cuando ha callado el soldado, dice estas únicas palabras:

—Lo pronostiqué y no me hicieron juicio.

La expresión de su rostro es tranquila; el tono de su voz apacible.

¡Era talvez efecto del decaimiento de su energía al recibir tan triste nueva! ¿Ó talvez apelaba á su sangre fría y valor para no dejarse dominar por lo espantoso de la situación?...

Corrió hacia el capitán que hacía de jefe en la trinchera, habló con él algunas palabras en voz baja y precipitadamente; luego volvió al lado de

sus soldados, pronunció algunas órdenes y sus subalternos se formaron en hileras en pos de él.

Harían un total de veinte hombres.

Dirigidos por Luis corrieron á la casa de Laura de cuyo interior salía una oscura y gruesa columna de humo, que se elevaba en espirales hasta el cielo.

Bernardo marchaba con ellos.

Llegan hasta los alrededores del aposento incendiado. Ahí sorprenden á los realistas en su posición de acecho. Disparan sobre ellos sus armas y se dejan caer en seguida impetuosamente, con saña tan fiera que los realistas se creen cogidos á su vez en una emboscada, se reúnen en torno del capitán Padilla y sostienen la defensa.

Padilla ordena prudentemente la retirada á sus soldados y éstos emprenden el camino del huerto.

Algunos cadáveres y heridos han quedado sobre el terreno. Las pérdidas por parte de las realistas han sido de varios hombres. Luis también ha tenido algunas bajas.

Bernardo seguido de Luis, se arroja á la brecha que comunica con la alcoba en que debían encontrarse moribundos los desdichados jóvenes desposados la noche anterior.

Saltan sobre los parapetos de muebles destrozados y cuerpos muertos de realistas que cierran la entrada.

Los soldados de Padilla por respeto á los cadáveres de sus compañeros á quienes iban á vengar

no habían comunicado el fuego á ese lado de la habitación.

Bernardo y Luis se encontraron por fin adentro. El calor era quemante. Una humareda espesa, acre, dificultaba la respiración.

Luis descubrió muy cerca de sí, en el ángulo de la alcoba, dos cuerpos tendidos sobre el suelo y que reconoció al punto por los de Laura y Armando.

Estaban rodeados de algunos escombros calcinados.

Las llamas avanzaban por la pared y pronto prenderían fuego á sus cuerpos.

Luis arrojó un grito horroroso de espanto.

Él y Bernardo atravesaron la corta distancia que les separaba de los desgraciados jóvenes.

Éstos no respondieron con ninguna señal de vida á las exclamaciones con que se les llamó y á los movimientos con que fueron sacudidos sus cuerpos.

Sin embargo, en el aliento agitado que levantaba sus pechos y que se exhalaba de sus entreabiertos labios, al punto comprendieron Luis y Bernardo que sólo la asfixia les tenía en ese estado de desfallecimiento.

No había tiempo que perder: el incendio seguía tomando cuerpo y la respiración de los jóvenes se hacía á cada instante más jadeante.

Aun, Luis y Bernardo, sentían ya los primeros vértigos, precursores de un desvanecimiento.

Cargaron con los cuerpos de Armando y Laura y los trasportaron al boquete. En seguida, los arrastraron hasta salir con ellos al cuarto inmediato.

Aquí, una ráfaga de aire puro bañó sus rostros y refrescó sus sofocados pulmones.

Casi instantáneamente, Armando y Laura experimentaron como una sacudida eléctrica.

Bien pronto abrieron los ojos.

Luis profirió en una exclamación de alegría.

Bernardo había corrido por agua y refrescaba con el precioso líquido las enardecidas sienes y labios de los jóvenes devueltos á la vida.

Mientras tanto, los soldados de Luis sostenían un animado tiroteo con los realistas.

Luis se asomó al patio y vió allá, á la distancia, el semblante grotesco de un hombre, que reconoció fácilmente.

—¡Padilla! refunfuñaron sus labios comprimidos por el furor.

Su diestra empuñaba febrilmente la espada, manchada de sangre.

Regresó al lado de su hermana.

—¡Laura! exclamó.

La joven sonrió, con expresión de acendrado cariño.

—¡Luis! pronunciaron sus labios.

El joven se arrodilló al lado de Laura.

—¡Hermana mía! murmuró á su oído, incorporándola con sus brazos, ya está libre de las llamas y de las bayonetas.

—¡Cuán bueno es usted! dijo Laura, mirando á Luis con sus grandes ojos de color pardo.

Armando, dueño ya completamente de sí mismo, se había levantado y rodeaba á Laura de atenciones.

Ésta dijo:

—¿Con que ya estamos fuera de peligro?

—Sí, contestó Luis, enteramente fuera de peligro.

—Gracias á su hermano, agregó Armando.

—¿No hay temor del incendio?

—¡Absolutamente! exclamó Luis.

—¡Absolutamente! repitió Armando, inspirado del afán de calmar la inquietud de Laura.

—¿Y los soldados realistas? continuó inquiriendo la joven.

—Según entiendo, han sido batidos victoriosamente por Luis, dijo Armando.

—Sí, han sido rechazados; pero aún permanecen amenazadores en el patio.

Efectivamente, las balas afuera hendían silbando el aire.

—¡Dios mío! exclamó Laura, ¿hasta cuando no terminará tanto combate?

Luis había recobrado ya su aspecto grave habitual.

—Es preciso concluír de una vez, dijo. Yo me encargo de no dejar uno solo de esos miserables con vida si no huyen al punto de esta casa.

—Sí, es preciso exterminarlos, dijo Armando á su turno, colocándose al lado de Luis.

Laura se había puesto de pie y se acercó á los jóvenes. Al propio tiempo que sujetaba á Armando por uno de sus brazos, dirigió á Luis una mirada suplicante.

—¿Aun piensan ustedes exponer sus vidas? ¡Oh, ya es demasiado! ¡Huyamos de aquí cuanto antes! ¡Este es un sitio maldecido! Refugiémonos en la plaza. Yo me asilaré en alguna iglesia.

—¡Ah!.... dijo Luis. ¡Tarde quiere seguir mi consejo, Laura. Si usted, obedeciendo mi parecer, se hubiera retirado á la hacienda no se vería envuelta en esta aflictiva situación; si hubiera siquiera aceptado la invitación de O'Higgins ó se hubiera ocultado en una iglesia no le habrían sucedido los terribles percances que ha tenido que sufrir.

El joven calló durante un segundo.

Laura y Armando permanecían atentos á las palabras de Luis.

Éste prosiguió:

—Cumplan ustedes mi último consejo:

Después de una breve pausa, habló de esta manera:

—Rancagua no puede tardar en caer en poder del enemigo; la situación se hace á cada momento más insostenible. Es preciso que Laura, antes que los realistas entren á sangre y fuego en la plaza, se esconda en lo más profundo de una de las iglesias. Éstas talvez, serán las únicas mansiones que serán respetadas por el ejército invasor. Después,

es menester que cuanto antes sea posible huyan á la hacienda.

Y dirigiéndose al joven, agregó:

—Es menester que cuide su vida para resguardar la de Laura. Creo que si logramos dar muerte á Padilla, Laura puede escapar; de otra manera, el peligro será siempre el mismo. Armando, yo me encargo de Padilla, encárguese usted de lo demás.

Así dijo, y con la espada desnuda se adelantó hacia el patio.

—¡Luis! gritó Laura, mientras se colgaba del cuello de su esposo, á fin de que éste no siguiera á aquél.

Armando pugnaba en vano por desasirse de los brazos de Laura.

Al oír la exclamación de su hermana, el joven volvió el rostro, detuvo sus pasos un momento y dijo:

—He dicho que les libraré del facineroso de Padilla. ¡Veremos si cumplo mi promesa! Dado caso de que encuentre la muerte en la empresa, no me lloren porque no me halaga la vida. ¡Recuerden á Luis, que no han sido capaces de comprender en vida!

—¡Luis! exclamaron á una sola voz Armando y Laura.

El joven no oyó este llamado ó no quiso oírle. Se alejó corriendo en dirección al huerto, donde continuaba aún el tiroteo entre los soldados de Padilla y los de Luis.

La retirada la hacían los realistas en orden regu-

lar y cedían palmo á palmo el terreno, después de cruda disputa.

El ardoroso oficial vió á Padilla oculto tras el tronco de un frondoso árbol. Con voces enérgicas dirigía el fuego de sus soldados.

Luis llega azorado por la rápida carrera al grupo que formaban los soldados patriotas.

Inmediatamente les dice:

—¿Quiénes son los valientes que quieren sacrificarse conmigo para la salvación de la patria?

Ninguno de los soldados responde con la voz; pero, varios de ellos avanzan hacia el joven y se colocan á su lado.

Luis echa una rápida ojeada sobre esos héroes.

Los cuenta: son cuatro hombres, número que juzga suficiente para la empresa que intenta acometer.

—Amigos míos, les dice, se trata de un avance arriesgado para arrojar de una vez al enemigo. Correremos en línea recta hacia el jefe de esos bandidos, que es un facineroso de la más despreciable ralea; le cercaremos y le daremos muerte. Esto nos dará la victoria: ayudados por nuestros compañeros, haremos huír á los soldados que no tendrán quien los dirija.

Enarbolando la espada con fiero ademán, gritó, finalmente:

—¡Adelante los bravos que no temen la muerte! ¡Viva la patria!...

Y emprende la carrera, seguido de algunos soldados.

Los demás continúan disparando sobre el enemigo, mientras observan el resultado de la tentativa del impetuoso y atolondrado oficial.

Padilla ve de pronto á los patriotas que se acercan directamente al paraje en que él se oculta. Trata de retirarse; pero es ya tarde, pues será alcanzado antes de salir de los límites de la casa ó acribillado á balazos tan pronto les dé la espalda para huír.

Con todo, da sus órdenes, que son de llamada á sus soldados, mientras él retrocede rápidamente procurando acercarse á sus hombres.

La estratagema le produce buen resultado.

Al pretender Luis alcanzar á Padilla con su espada, tropieza con una valla de soldados realistas que es menester romper antes.

Se detiene un momento para dar tiempo á que se acerquen los que vienen tras él.

¡Pero, éstos son sólo cuatro hombres!

Sin desalentarse el joven les dice:

—¡Adelante!

Y los patriotas se lanzan á la bayoneta sobre los realistas.

Luis y dos de sus hombres logran atravesar la muralla humana.

Los otros dos han quedado ensartados por las bayonetas.

Muy luego uno de sus acompañantes cae herido de un balazo.

Pero, ya Luis con el soldado que le queda han alcanzado á Padilla en su fuga.

El soldado le corta la retirada.

Luis extiende su espada para clavarla en el pecho de Padilla.

Mas, con sorpresa mezclada de despreciativa compasión y profundo disgusto, ve que el miserable en vez de recibirle con las armas en la mano se arroja á sus pies implorando la vida.

Luis, fastidiado, golpea impaciente el suelo con la planta de su bota.

La extremidad de su espada toca el pecho del bandido al tiempo que vocea:

—Defiéndete cobarde porque te voy á matar.

Padilla, con su brazo herido en la noche anterior, está imposibilitado para manejar la espada que pende de su cinto.

En esa emergencia é inspirado por la gravedad de la situación, una idea salvadora ha acudido á su mente: el joven militar era todo un valiente y como tal debía ser generoso.

Sin tardanza, se había echado á sus pies.

No se equivocó en su reflexión. El noble joven en vez de matarle le había amenazado simplemente pidiéndole que se defendiera.

El bandido no quería morir. Juntó sus manos suplicantes.

Luis profirió en una exclamación de cólera.

—¡Te mataré como á malhechor ya que no como á militar! gritó.

Su brazo se encogió para dar impulso á su espa-

da y cargando su cuerpo extendió el brazo para herir á Padilla.

Mas, ya era tarde.

El magnánimo joven, cayó exánime con el cráneo hendido.

No pronunció ni un solo grito de dolor; no hizo tampoco ni un gesto de agonía.

La muerte fué instantánea.

El matador estaba aun á su lado sonriente.

—¡Gruñón, estás vengado! dijo.

Era el Cariñoso quien había muerto á Luis de un hachazo de su sable.

Le había visto acercarse y le había reconocido. Procuró entonces alcanzarle por la espalda y lo había conseguido.

Pero, el malhechor no quedó sin castigo.

De los cinco hombres que se habían precipitado sobre Padilla el que aun sobrevivía vió al soldado realista en el momento en que hería al joven oficial.

Avanzó rápidamente y enterró su bayoneta en el costado del bandido.

Éste cayó herido de muerte, prorrumpiendo en un horrible juramento.

Los realistas se habían agrupado en torno de su capitán.

El soldado fué derribado de un balazo.

Padilla, aun lívido del terror que le produjera el haber tenido tan de cerca á la muerte, continuó en su camino de retirada.

Los patriotas que presenciaron la caída del oficial,

á quien por falta de suficiente coraje no habían auxiliado en su arriesgada empresa, enfurecidos con la muerte de él y de los cuatro soldados que le acompañaron, avanzaron resueltamente sobre los realistas y les hicieron retroceder en precipitada fuga.

Los patriotas les persigueron hasta que les dejaron fuera de tiro de fusil al otro lado de las tapias.

¡Tal fué el triste fin que tuvo Luis!

¡Al cabo se cumplieron sus pronósticos fatales!

Murió fiel á la norma de conducta que se había trazado. Se creía revestido sobre Laura, huérfana, de los derechos y deberes que confiere la autoridad de padre y había muerto, sacrificándose por su felicidad.

Pero, desgraciadamente, su sacrificio fué estéril

Padilla había salvado la vida y debía seguir constituyendo un constante peligro para la felicidad de los jóvenes esposos.

Desde lejana distancia, Armando y Laura vieron caer á Luis con el cráneo destrozado.

Armando había querido correr en su defensa; pero Laura se lo había impedido, valiéndose para ello de la fuerza de sus brazos y de sus ruegos. El amor, el egoísta amor, la dió la energía necesaria para triunfar.

Luis tuvo por oración fúnebre el grito de:

—¡Desdichado! que profirieron los labios de Armando y Laura, mientras que una furtiva pero

sincera lágrima de dolor asomaba á las pupilas de sus ojos.

El cadáver fué recogido para ser sepultado más tarde, si es que el ejército asaltante dejaba tiempo para ello.

Bernardo había quedado imposibilitado para dar un solo paso. Cualquier movimiento le producía agudos dolores. Tenía su cuerpo con horribles quemaduras.

Fué trasladado al hospital de sangre, para que allí se le vendaran las heridas.

Armando se apresuró á conducir á Laura á la plaza de Rancagua y se dirigió con ella á la casa del Cabildo, ocupada por O'Higgins.

El sexto asalto á la villa había ya terminado.

O'Higgins se encontraba en su despacho.

Al ver entrar á los jóvenes, avanzó á su encuentro y les dijo con seriedad mezclada de ironía:

—¿A qué debo el honor?...

Pero, al observar en el rostro bellísimo de la joven sus grandes y expresivos ojos anublados por las lágrimas, cortó rápidamente sus palabras, cambió el tono de su voz y dijo con semblante de la más delicada cortesía:

—¿Llora usted?

—¡Mi hermano ha muerto! exclamó Laura.

—¡Luis Godoy ha muerto! dijo O'Higgins. ¡Cuán de verás lo siento! Créame, señora, que le apreciaba debidamente por el raro valor de que daba precioso ejemplo en la trinchera. Su carrera militar

la tenía asegurada, pues á la terminación de esta jornada pensaba hacerle capitán, grado que tiene el esposo de usted.

Hubo algunos instantes de silencio. El general inquirió de qué manera había hallado la muerte Luis. Los jóvenes satisficieron esta pregunta con una breve narración de los padecimientos y peligros á que ellos mismos habían estado expuestos de los que se habían escapado merced á Luis; y terminaron dando cuenta del imprudente arrojo del joven que le había costado la vida.

O'Higgins dijo entonces:

—Veo que él culpable de todos los males que les han sobrevenido á ustedes, es únicamente usted, señora, que se negó imprudentemente á aceptar la leal y segura hospitalidad que yo la ofrecí.

Laura, confundida, no tuvo palabras que objetar á la reconvención de O'Higgins.

Armando se apresuró á decir:

—Discúlpela, señor; ha comprendido su error y, aunque tarde, viene á enmendarlo.

—Perfectamente, dijo O'Higgins; escojan de toda la casa un departamento cómodo é independiente que sea de su entero agrado y ocúpenlo en la seguridad que nadie vendrá á molestarles si no es el enemigo cuando entre á la plaza.

Armando y Laura que modulaban ya sus expresiones de agradecimiento, al escuchar las últimas palabras que pronunciara el general, hicieron un

movimiento de asombro y disgusto que no se ocultó á la penetración de O'Higgins.

Éste prosiguió:

—Los asaltos á la plaza han cesado momentáneamente, pero continuarán en breve y ya no estamos en estado de resistir por más de dos horas un ataque sostenido del ejército realista.

—¡Dios mío! murmuró Laura aterrorizada.

En su imaginación sobreexcitada, se forjaba el cuadro de devastación que tantas veces con sombríos colores le había pintado su hermano Luis.

Armando había oído la exclamación de temor de Laura y sensible á toda impresión que experimentase su esposa sufría tanto con ella al imaginar los resultados que traerían una entrada triunfal del ejército de Ossorio en la plaza de Rancagua.

La sombra amenazadora de Padilla se erguía y tomaba proporciones colosales.

—En atención á las circunstancias premiosas porque atravesamos, dijo O'Higgins, ustedes me permitirán que me desentienda de su presencia para ir á dedicar mi atención á la defensa de la plaza.

Saludó con un movimiento de urbanidad á Laura, al tiempo que decía:

—¡Con su permiso, señora!

Y dió la espalda á los jóvenes.

Después de esta entrevista, ni Laura ni Armando tenían derecho para pensar que O'Higgins conser-

vaba siquiera el más remoto recuerdo de las demostraciones de simpatía y afecto de que había hecho motivo á Laura el día anterior.

Efectivamente, el general O'Higgins tenía demasiado de qué preocuparse con el aspecto de catástrofe que adquiría la prosecución de la batalla para que le fuera dado entender en otro asunto.

Sin embargo, un suspiro se había arrancado de su pecho y una frase habían tartamudeado sus labios, nerviosamente agitados:

—Está quizás más bella hoy que ayer... yo debo cuidarme de no ver á èsa incomparable creatura si acaso deseo conservar la tranquilidad de mi corazón y de mi alma, que en su presencia me faltan.

Armando y Laura se dedicaron inmediatamente á recorrer las habitaciones de la casa en busca de un asilo conveniente para aquélla.

CAPÍTULO XXII

LOS ÚLTIMOS ASALTOS

Hemos dicho que el sexto asalto general á la villa patriota había sido rechazado.

Pero fué rechazado á costa de enormes pérdidas.

El ataque fué sinmultáneo y dado por el total de las fuerzas realistas.

El humo del incendio protegía el avance del ejército de Ossorio.

Las casas no incendiadas, contiguas á las trincheras patriotas y de las cuales se habían adueñado los realistas, estaban convertidas en fortificaciones que tenían por objeto cubrir con sus fuegos el asalto á las barricadas.

Las trincheras de la patria habían sido barridas un centenar de veces y, otras tantas, nuevos combates cubrían las pérdidas.

Los cañones caldeados estaban inutilizados para hacer fuego; la carga estallaba antes de llegar al fondo del ánima.

Por otra parte, las municiones escaseaban.

El combate se sostenía con el fuego de la fusilería y al arma blanca.

El hambre, la sed y el cansancio tenían anonadados á los sitiados.

Los realistas conocedores de su ventaja y de su cercano triunfo apuraban el cerco con ardor creciente.

Las dos terceras partes de la guarnición estaba ya fuera de combate.

El hospital de sangre se encontraba repleto de heridos.

Los cadáveres amontonados tapizaban las calles.

¡Sin embargo, la voluntad de los jefes de Rancagua permanecía inalterable!

¡Luchar hasta la muerte!

La bandera negra ondeaba sobre el azul del firmamento, envuelta en el humo del incendio y de la pólvora.

Y mientras esa bandera no fuera arriada, cada soldado debía permanecer fiel á la consigna.

Los realistas fatigados de sus estériles esfuerzos, se retiraron para rehacer sus filas y volver aun otra vez á la carga: siempre resueltos á no cejar hasta vencer la plaza.

Durante la tregua, Osorio que no cabía en sí del despecho que le causaba tan prolongado como estéril combate, envió un parlamentario para que intimara la rendición.

Los patriotas de la calle de San Francisco oyen

al corneta de parlamento y divisan al oficial que trae la bandera blanca.

La contestación fué dada en el acto:

Resuena el grito de ¡Viva la patria!

Al que se sigue una descarga cerrada.

El oficial, que escapó milagrosamente con vida, llevó á su general la noticia de la respuesta que á su ultimación habían dado los escuálidos pero esforzados batallones insurgentes encerrados en la plaza.

Ossorio, rojo de cólera, no pronunció sin embargo ninguna exclamación que revelase sus sentimientos de ira.

Reflexionó un breve instante y con voz entera dijo estas palabras, que revelaban una orden terrible:

—Que mis tropas emprendan un nuevo y último asalto. Las cuatro divisiones con el total de sus fuerzas y llevando consigo sus cañones, atacarán simultáneamente la plaza y no retrocederán en ningún caso. Es menester que esta tarde la bandera de la España flamee sobre Rancagua, aunque más no sea sobre un montón de ruinas y cadáveres. Para esto no debemos reparar en sacrificio de vidas y cueste lo que costare hoy entraremos en la plaza á sangre y fuego. Se hace de todo punto necesario hacer escarmentar severamente á esa tropa de locos temerarios el ningún aprecio que hacen del brillante ejército de S. M. el Rey.

Impartida esta orden á los jefes realistas, se dió comienzo en el acto al séptimo asalto á las barricadas patriotas.

La determinación que llevaban de posesionarse de la plaza á cualquier precio, se hizo bien pronto visible para los fatigados defensores de Rancagua, sobrevivientes á seis asaltos consecutivos.

El asedio se efectuó con más vigor en la calle del Este donde un total de fuerzas escasamente inferior á mil quinientos hombres avanzó resueltamente contra la trinchera patriota defendida tan sólo por cien á doscientos hombres.

En las demás calles no es menos escarnizado el combate.

Varios capitanes de las trincheras han caído muertos ó heridos. Los abanderados son destrozados por las bayonetas ó las lanzas enemigas.

Con todo, el entusiasmo no decae. Los ejemplos de heroísmo son numerosísimos. Más de un oficial, acribillado por las balas ó destrozado por las bayonetas ó lanzas realistas, tiene aún ánimo para esgrimir la espada, disparar el fusil ó levantar la bandera enlutada.

Las crónicas de esta horrible tragedia recuerdan los nombres de algunos de esos héroes de la patria vieja que legaron á sus sucesores en el ejército libertador de Chile la tradición de sus hazañas.

Hilario Vial, capitán de la trinchera del Este, cae herido de muerte y hasta que alienta el último destello de vida dirige la defensa de sus soldados y les embravece con sus ardientes frases de coraje.

En la trinchera del sur es herido el capitán An-

tonio Millán; pero, no por esto renuncia á seguir combatiendo y permanece en su arriesgado puesto mientras tanto que la sangre de sus venas no se vacien.

El abanderado José Ignacio Ibieta recibe un lanzazo en el brazo derecho que le hecha por tierra. Impulsado por sublime bravura se levanta rápidamente y sostiene en alto la bandera con su otro brazo. En vano los realistas le ofrecen la vida si se rinde. Él opone la valla de su cuerpo á la entrada del ejército asaltante. Las lanzas se clavan en su cuerpo y lo mutilan horrorosamente.

O'Higgins, que presenciaba estas dolorosas escenas, claramente comprendió que la resistencia sería pronto inútil. Vió llegado el momento en que las tropas realistas, salvando las piras de carne humana que se oponían á su entrada y dando muerte á los que tras ellas rendían sus vidas, entrarían á la plaza y pasarían á cuchillo á los individuos de la guarnición que aun permanecieran con las armas en la mano.

Pero, O'Higgins era el soldado rudo de las luchas al arma blanca, el militar sereno y audaz en los descalabros de la guerra; de genio inspirado y de carácter emprendedor para concebir un proyecto de salvación y para llevarlo á la práctica el primero, sin reparar jamás en el propio sacrificio.

Así fué en Rancagua. Al divisar la irrupción de realistas que invadía el recinto fortificado de la plaza, una idea grandiosa surgió en el cerebro

de aquel hombre extraordinario y sin vacilar un solo instante acometió la empresa de hacerla efectiva.

El desaliento y la indecisión no cabían en su alma.

Puesto que los realistas forzaban la plaza y puesto que los patriotas jamás debían capitular sino más bien morir matando, ¿qué otro extremo quedaba para conservar esas preciosas reliquias del ejército de Chile libre, sino atravesar por en medio de los fusiles y cañones realistas y buscar la salvación en la extensión de la campaña?

Desde aquel momento, el general O'Higgins no descansó en recorrer el recinto fortificado, esparciendo por doquiera la voz de reunirse en la plaza todos los jefes, oficiales y soldados que tuvieran caballo.

A fin de que no cayeran en poder del enemigo, habían sido encerrados los caballos en los huertos de las casas que daban su frente á la plaza; pero, después, como éstas estuvieran amenazadas de ser invadidas por los realistas, fueron sacados á la plaza y se les tenía listos para servirse de ellos.

—¡Los Dragones á caballo! exclama O'Higgins. ¡Monte á caballo todo aquel que lo tenga! ¡Formarse los jinetes en la plaza en escuadrones de carga!

El Regimiento de Dragones constaba de doscientos ochenta individuos. Como muchos de los soldados hubiesen muerto en la batalla, los infan-

tes subieron sobre los caballos sin dueño. También se habían encerrado en Rancagua las milicias de caballería de la primera división, ascendentes á algo menos que ciento cincuenta plazas. Además, muchos de los oficiales de las dos divisiones patriotas eran montados.

De esta manera se consiguió formar una división de caballería de cuatrocientos cincuenta hombres; de los cuales la mitad eran infantes y sólo unos pocos artilleros.

La artillería patriota de Rancagua compuesta de ocho cañones de pequeño calibre había perdido casi el total de los servidores de las piezas.

Fué á los artilleros á quienes correspondió los honores de la porfiada resistencia de la villa, honores que pagaron harto caro por cierto: con sus vidas.

Armando supo de los primeros la concentración de jinetes en la plaza y la proyectada carga al enemigo para traspasar el cerco.

En el acto reunió á los pocos hombres que le quedaban y que habían escapado del asalto á la casa de Laura por haberse encontrado entretenidos en esa circunstancia en tirotearse con los soldados realistas que asaltaban las trincheras.

También reunió á los soldados sobrevivientes de Luis y en el resto de los caballos que le quedaban disponibles hizo subir algunos oficiales amigos y soldados de infantería.

Se reunió de este modo un pequeño cuerpo de caballería como de cincuenta hombres.

Corrió en seguida á la casa del Cabildo, en la que había dejado á Laura, y en breves palabras le participó la empresa que el general intentaba acometer y que se encontraba él al mando de un fuerte destacamento de jinetes, de los cuales veinte eran hombres que le pertenecían enteramente. La dijo que quedaría ella asilada en la iglesia vecina de la Matriz y que después verían modo de reunirse.

Laura que había experimentado en aquellos dos días más emociones que las que sufriera hasta entonces en el trascurso todo de su vida, conservaba sin embargo bastante entereza de ánimo para pensar que Armando pretendía dejarla abandonada en Rancagua, mientras que él se iba quién sabe á dónde á exponer todavía su vida en favor de la patria.

¡Midió con el pensamiento los horrores de una separación, que talvez sería eterna!

Armando, aturdido por lo apremiante de la situación, había hablado con volubilidad y atolondradamente; sin poner atención en el efecto que sus palabras pudieran producir en la joven y sin dejar tiempo á ésta para que le interrumpiera con observaciones ni clamoreos.

Tan pronto concluyó de participar á Laura la gravedad de los acontecimientos, avanzó hacia la puerta para salir, al propio tiempo que decía:

—No tenemos ni siquiera un instante que perder. La caballería se está alistando en la plaza. De un momento á otro pueden dar la voz de marcha... así que, ¡vamos, Laura!

Pero la joven, según hemos dicho, había ya meditado acerca de las consecuencias fatales que podría traerla una separación; lejos de acceder á los deseos de Armando no hizo movimiento alguno para seguir sus pasos y con voz que daba á entender de un modo harto elocuente su extrañeza más profunda, dijo:

—Pero, ¡es posible, Armando! ¿pretende usted escapar de Rancagua y dejarme á mí en el más absoluto de los abandonos?...

Armando, á su vez, manifestó su extrañeza:

—¿Hay algo mejor que hacer? Francamente, creo que me devanaría los sesos antes que encontrar alguna otra solución.

Aunque Armando calló para oír la súplica de Laura, la joven se mantuvo en silencio á fin de dejar explicarse á su esposo.

Éste agregó entonces:

—Hay que rectificar, Laura: yo no trato de escapar ni tampoco es abandono de mi parte el que usted quede sola en Rancagua. No, absolutamente. Se trata de acompañar á mis soldados, de cumplir con mi deber militar, de continuar sirviendo á la patria; pues, una vez las tropas fuera de Rancagua, es posible que se organice la defensa en algún

otro punto adecuado y yo deberé encontrarme ahí presente.

Esto era precisamente lo que temía Laura.

El joven prosiguió:

—Usted, mientras tanto, quedará al amparo de una iglesia y tan pronto como se calme la primera efervescencia del triunfo realista, veremos modo de reunirnos, sea saliendo usted de esta ciudad ó viniendo yo en su busca, si es que el enemigo ha sido rechazado hacia el sur.

Laura se obstinaba en su mutismo.

Armando repuso aún:

—Dado caso que yo quedara en Rancagua, en el mejor de los supuestos sería hecho prisionero; lo cual, indudablemente, que no es preferible á los aires de la libertad.

Laura se acercó á Armando y con vehemencia dijo:

—No, yo no pretendo que usted se quede en Rancagua, pues bien sé que, en vez de ser hecho prisionero como usted se imagina, sería fusilado ó degollado; pero yo tampoco puedo permanecer aquí sin correr el más ignominioso de los riesgos, aunque me refugie en la sagrada casa de Dios...

—Y entonces, ¿qué hacer? interrumpió Armando, que no se daba cuenta cabal del pensamiento de Laura.

La joven, haciendo caso omiso de esta pregunta, continuó expresando la idea que la dominaba:

—Me parece aun oír las palabras que en tantas

ocasiones me repitió el desventurado Luis; también creo escuchar las acerbas frases de usted, Armando, cuando estando cercados por los realistas, temía usted que yo cayera en poder de esos bandidos.

El joven, aturdido, pensaba que á dónde iría á parar Laura con tales evasivas.

La joven dijo, finalmente:

—¿Acaso usted se ha olvidado ya de Padilla, que aun se halla con vida y que estará ardiendo en deseos de vengarse?

Armando entreabrió los labios para proferir en una exclamación de cólera y se golpeó rudamente la frente con una de sus manos, cual agobiado de súbito por tan pesaroso pensamiento.

Laura continuó:

—¿Le parece á usted que yo estaré bastante segura contra aquel desalmado acogida dentro de una iglesia, la que para esa gente que no tiene ni Dios ni ley vale tanto como cualquier otro recinto?

—Pues, entonces, no me apartaré de su lado; estoy decidido. ¡Veremos quién puede más, si!...

Laura se sonrió.

—¡Locura! dijo. Tanto peligro hay en que se quede usted ó yo y si ambos mucho peor; usted sería descuartizado y yo... ¡Dios mío!...

Armando, fastidiado, se mordía los labios hasta hacer brotar la sangre. Se paseaba delante de Laura dando furiosas pisadas sobre el pavimento. Encontraba razón á los temores de su esposa, de los cuales él comenzaba á contagiarse; pues, si no

temía por su propia persona, debía en todo caso temer por la suerte de Laura. Estaba á punto de renegar del amor y de la mujer que de tal suerte le maniataba las manos para la defensa de la patria y que le hacía concebir el miedo lo que hasta entonces nunca había conocido. Maldecía ya la hora suprema en que, ante el altar, el sacerdote había enlazado sus almas y sus cuerpos para el trascurso entero de sus vidas.

Laura le arrancó de súbito á sus tenebrosas ideas.

—¡Yo conozco la única escapatoria que nos queda! dijo.

Armando detuvo bruscamente sus agitados pasos, delante de Laura.

—¿Cuál? preguntó ansioso.

—Que yo salga de Rancagua junto con usted, respondió sin vacilar la joven.

—Pero, ¿cómo? de qué manera?

—Á caballo

Armando abría la boca, profundamente sorprendido.

—Bien sabe usted, dijo Laura, que monto admirablemente á caballo; así me lo ha asegurado usted mismo repetidas veces. No hay bestia bastante fogosa para hacerme soltar el estribo...

—Ya lo sé, interrumpió secamente Armando.

—¿Pues?... dijo Laura, que creía ya suficientemente explicado su proyecto.

—¿Pues?... repitió Armando, que perdía la paciencia.

La joven se decidió á expresarse con claridad:

—¿Qué inconveniente hay para que yo salga en medio de sus soldados?

El joven abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Qué inconveniente hay? preguntó nuevamente Laura.

—¡Ninguno! respondió Armando, sarcásticamente, abismado de la audacia y serenidad de Laura; sino es que tendremos la eventualidad de recibir una bala en mitad del pecho, de tropezar con una lanza ó bayoneta que se nos clave en el costado, de perder el propio caballo, de resistir la carga de la caballería enemiga: en fin, no hay otro peligro que el de ser muertos, heridos ó caer prisioneros.

—Pero, en cambio de tantos riesgos, ¿cuántos beneficios se pueden esperar de la tentativa?

—Por parte mía, la salvación de la patria y de la vida ó libertad.

—¡Ah! usted lo dice, Armando, necesita salir de Rancagua para salvar la patria y su propia vida ó libertad; yo también he menester salir para salvarme de Padilla; esto es, para conservar mi honor y mi vida.

—Pero, usted Laura, ¿tendrá el valor suficiente para pasar por en medio del ejército de Ossorio, á través de la metralla y de las balas, de las lanzas y bayonetas?

—Lo tendré, ya que es preciso.

—Mas, ¿y si una bala?... ¡Ah, Dios mío! ¡es terrible aun el pensarlo!... Bien comprendo que us-

ted no puede quedar sola en Rancagua, ni aun en una iglesia; usted dice bien; yo tenía trastornado el cerebro... no recordaba á ese infame de Padilla... No queda otro recurso sino que yo permanezca también en Rancagua... no me separaré de su lado... nos ocultaremos ambos... He de resignarme á abandonar á mis soldados... la patria me perdonará... ¿Será traición, acaso?... ¡No, de ninguna manera!... ¡Padilla, Padilla! ¡si llegas á colocarte al alcance de mis brazos... no, no he de matarte con mi espada, te ahogaré entre mis manos!

Armando parecía poseído de locura.

Laura se aterró.

El tiempo se deslizaba veloz.

La joven creía firmemente que si ella y su esposo quedaban en la ciudad, estaban perdidos sin remisión, por más cuidado que tuvieran en ocultarse; por cuanto Padilla y sus secuaces revolverían la villa y sus contornos en su busca y no pararían hasta dar con ellos.

Llamando entonces en su ayuda á su extraordinaria firmeza de carácter, Laura se acercó á Armando, afirmó ambas manos en sus hombros y le dijo con acento de convicción:

—Usted desvaría, Armando: imagina posible salvarme á mí y salvarse usted encerrándonos en algún escondite de esta villa y no piensa que esto solo haría retardar nuestra desgracia, pues al cabo nos veríamos precisados á salir si antes no habíamos sido descubiertos y en ese caso...

—Pero, Laura, ¿acaso tiene usted el afán de aumentar mi tormento exagerando la situación?

—No exagero; quiero sólo convencerle que no hay más escapatoria que la que he indicado.

—¿Cuál? no recuerdo.

—¿Cómo? no recuerda? repitió Laura, sorprendida.

—Es que, mi cabeza... lo confieso... no se porta bien en este momento... Incapaz de pensar, de reflexionar... Mi frente se quema...

Laura puso su mano en la frente de Armando.

—Efectivamente, dijo, hay fiebre.

—Usted es la culpable... quiero sálvar su vida y en la imposibilidad de hacerlo...

Laura depositó un beso en la frente de su esposo.

—Armando mío, dijo, la situación no es de tanta gravedad.

Armando, vencido, no refutó á la joven; se limitó á mirarla con ojos interrogadores y aguardó á que se explicara.

—He dicho que yo saldré con usted de Rancagua.

—¡Ah! ya recuerdo; pero, ¿es esto posible?

—Ya lo creo: monto en el mejor caballo de su pequeña división; usted me coloca entre sus soldados, que me servirán de guardia de honor; será para mí un hermoso paseo.

Armando, sin proferir palabra, miraba extático á su valiente esposa.

Ésta dijo:

—Ahora me toca á mí repetirle que no hay tiempo que perder; que de un momento á otro pueden dar la voz de marcha y...

El desdichado joven pareció de pronto volver al sentimiento de la realidad.

—¡Justo! ¡la voz de marcha! repitió.

Laura, que adivinó que dominaba á su esposo, se apresuró á decir, adelantándose para salir:

—¡Armando, vamos, pues!

Éste, tambaleante, como persona en estado de ebriedad, siguió á Laura.

Se encontraban ya en la plaza.

La caballería, diseminada en los cuatro ángulos, se formaba apresuradamente en columnas.

El espectáculo de la brillante división patriota, que pronto iba á arrojarse contra el ejército realista y á abrir en él una brecha que le permitiera traspasar el cerco de la villa, devolvió á Armando el uso de sus facultades mentales que había perdido momentáneamente al considerar el inmenso peligro en que se vería envuelta Laura si quedaba en Rancagua.

Volvióse Armando hacia su esposa, que estaba á su lado, para leer en su rostro su ánimo ó desaliento en el momento de tener que llevar á efecto su audaz decisión.

Laura se sonreía.

El joven la abrazó emocionado.

—¡Suceda lo que Dios quiera! dijo.

—En efecto, agregó Laura, y nosotros haremos por nuestra parte lo que mejor podamos.

Armando avanzó hacia el centro de la plaza.

—Voy en busca del caballo que ha de montar, dijo á Laura al tiempo de alejarse.

—No repare usted en que sea brioso con tal de que tenga aspecto de buen corredor, le gritó la joven.

—Traeré el caballo que era de Luis.

—¡Excelente! ¡excelente! exclamó alborozada Laura.

Armando se acercó á su destacamento, hizo desmontar al oficial que ocupaba el caballo de Luis y cambió su dura silla por una montura más adecuada para Laura, que usaba uno de los soldados.

El oficial que había sido desmontado, subió á la grupa del caballo de uno de sus compañeros.

Armando regresó ufano al lado de Laura, trayendo de la brida el brioso animal.

Laura al reconocerlo prorrumpió en una exclamación de alegría.

—Era el mejor corredor de la hacienda, dijo.

—Pues hará buena pareja con el mío, repuso Armando.

Después de subir á Laura á caballo, Armando montó á su vez.

Armando dirigió una mirada á su joven esposa y arrojó un grito involuntario, arrancado por el éxtasis que le produjo el contemplar su severa apostura y hermosa presencia. Ese día, Laura,

siguiendo un uso bastante general en aquella época, había recogido sobre su cabeza los undosos y abundantes bucles de su cabello y había alargado la falda de su traje de color morado con guarniciones de terciopelo negro en el cuello, puños y ruedo de la falda. Su sombrero era de paja hendido en el centro y de ala plegada, con cinta negra de terciopelo.

—¡Qué bella es! murmuró para sí Armando. ¡Y pensar que estoy á punto de perderla para siempre y perderme yo con ella!

Pero no era tiempo oportuno para hacer reflexiones.

La caballería estaba ya formada en la plaza y los caballos, mascando el bocado y piafando impacientes, aguardaban la señal de la rienda ó la espuela para echar á andar. Los jinetes á su vez sólo esperaban que el jefe patriota de Rancagua gritara la voz de ¡adelante! para precipitarse á la carga.

Esa voz no debía tardar en pronunciarse.

CAPÍTULO XIII

LA CATASTROFE

Tocamos ya al término de nuestra narración. El nombre del presente capítulo indica de una manera harto elocuente cuál es el tema que debemos desarrollar. Además, es del conocimiento de todo chileno, aunque éste posea escasa ilustración, cuál fué el desenlace funesto que tuvo la brillante jornada de Rancagua; pero hay hechos de armas que, aunque muy conocidos sus resultados, no por esto perderán jamás un ápice de su importancia, sino que, al contrario, cada nueva versión, cada detalle agregado, contribuirán á la cabal comprensión del hecho y al general dominio sobre la materia.

El episodio de que tratamos es de ese género.

Las escenas de bravura, coronadas unas con la libertad otras con el martirio, las escenas de destrucción y de angustia, las de ruina y matanza,

acaecidas en el espacio de breves horas; finalmente, el término que correspondió á cada uno de los personajes puestos en escena en la presente historia: todo lo anterior, tendrá cabida en unas cuantas páginas, á fin de cumplir con el precepto que ordena rápido y suscinto remate para toda obra literaria.

Estimamos, por otra parte, que es obligación de culto escritor el bosquejar ligeramente los cuadros de horror y, en cambio, dejar que la pluma se resbale muellemente sobre el papel y trace con su cabal colorido las pinturas que hablen á la fantasía, á la pasión ó el sentimiento.

Volvamos nuestras miradas hacia la plaza de Rancagua.

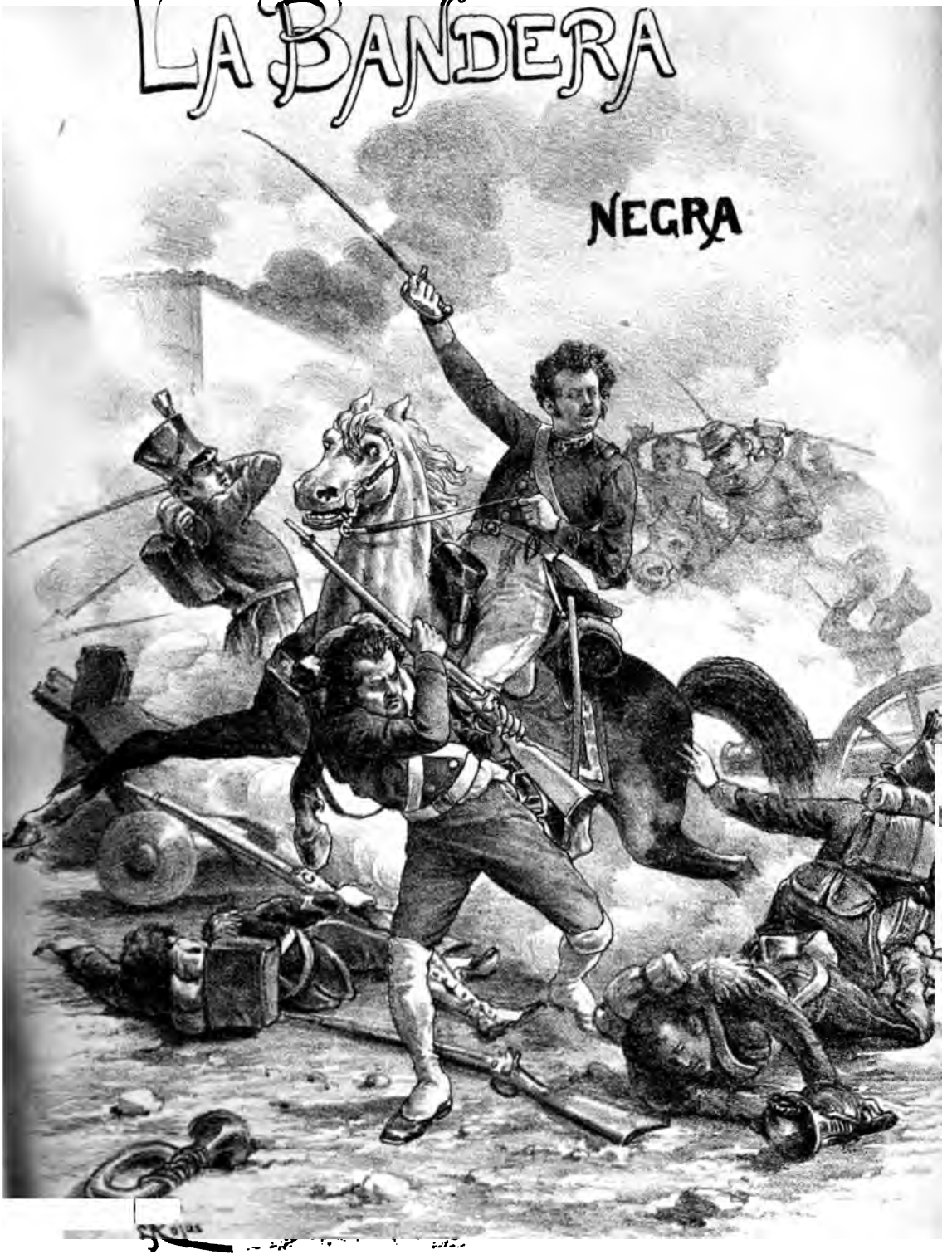
Son las cuatro de la tarde del día 2 de Octubre del año 1814.

Rancagua se ha trasformado en una hoguera... ó, valiéndonos de una comparación más apropiada, en un volcán que de su seno y por sus contornos erupciona sin tregua llamas, escombros y metralla, entre un horrísono estruendo y envuelto en humareda espesa y asfixiante.

En el centro de la plaza, ó sea en medio del seno de ese volcán, está O'Higgins rodeado de sus bravos, sobrevivientes á siete asaltos y á dos días de combates y que aun se encuentran con energías para ir á estrellarse contra las filas de bayonetas y cañones que cierran las calles de Rancagua.

El general Bernardo O'Higgins, encendido el

LA BANDERA NEGRA



rostro por el ardor de la batalla y la agitación de la carrera, recorre constantemente al galope de su brioso caballo, el radio interior de la plaza, perorando á los soldados y dándoles sus últimas instrucciones.

Instintivamente, tira la rienda del caballo; el animal pára bruscamente su marcha: es que la mirada de O'Higgins ha fijado su atención en una figura singular, cuyas líneas simétricas de contornos bien definidos se destacan sobre el fondo formado por una compacta agrupación de soldados de la patria: esa figura airosa luce un rostro gentil, un talle esbelto y un porte gracioso al par que arrogante; es Laura, la hermosa Laura, la apuesta amazona.

O'Higgins, sorprendido al par que impresionado agradablemente ante la presencia de un ser cuya belleza le extasiaba, halagándole los sentidos, guió su caballo en dirección á la joven y la dijo:

—Señora, ¿acaso pretende usted salir junto con nosotros?

—Sí, pronunciaron los labios de Laura con acento tan imperceptible que no alcanzó hasta los oídos de O'Higgins.

Pero, una voz sonora, aunque algo áspera, le replicó:

—Ya lo ve usted, mi general, aguardamos la orden de marcha.

O'Higgins tuvo un estremecimiento; no necesi-

tó volver el rostro para conocer que era Armando quien había hablado.

Haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, retuvo en su garganta una exclamación de asombro y admiración, que sus labios estuvieron á punto de exhalar; asombro y admiración al imponerse por la declaración de Armando de que Laura pretendía consumar una acción tan valerosa. Aparentando una fría urbanidad, la dijo:

—Señora, le ofrezco por escolta á mis Dragones.

—Gracias, murmuró Laura con la misma voz apagada con que había pronunciado el sí anterior.

Y otra voz, la de Armando, replicó en seguida:

—Sinceras gracias, mi general; pero tiene suficiente escolta con la mía y la de mis soldados.

O'Higgins se mordió con los dientes el extremo de su labio inferior; saludó, sin embargo, á los jóvenes con un cortés movimiento de cabeza, paseando sobre ellos una mirada rápida, que no indicaba ni rencor, ni pasión, ni siquiera indiferencia; picó espuelas á su caballo y éste, que piafaba de impaciencia, al sentirse herido injustamente dió un bote y, encorvando su pescuezo y levantando con brío sus manos, se alejó en un fogoso galope.

Armando y Laura, después de la ausencia del general, se limitaron á cambiar entre ellos una mirada de inteligencia.

O'Higgins olvidó al punto la escena anterior

para dedicar por entero su atención á los preliminares de la salida.

Los realistas forzaban ya las trincheras de las calles del Este y de San Francisco; sus últimos defensores, los que no estaban heridos y tenían caballos, habían sido recogidos por orden de O'Higgins y formaban en la columna de caballería.

En algunos momentos más la salida sería imposible, pues la resistencia era difícil de prolongarse en las trincheras de las calles de la Merced y de Cuadra.

Felizmente, ya estaba todo dispuesto para la carga al enemigo.

Ocupaban la vanguardia de la columna el Escuadrón de Dragones, comandado por el capitán D. Ramón Freire. El capitán D. Francisco Javier Molina, que se había batido con denuedo en la trinchera del Oeste, uno de los héroes en el combate de la Cuadra, ocupó el frente de la división. Antes de abandonar la barricada, dejó en ésta preparada una mina que contuviera la invasión por esa calle del ejército realista.

El capitán Freire había querido oponerse á que O'Higgins arriesgara su vida en uno de los primeros puestos y trató de resguardarle con sus Dragones, reservándose él dar el ejemplo en el avance, pero el general en jefe de Rancagua, tenía, conforme ya lo hemos dicho en varias ocasiones, el valor irreflexivo y salvaje del soldado que ataca con ímpetu y de frente, menospreciando el cuida-

do personal, preocupado solamente de saciar su bélica animosidad en el campo enemigo.

O'Higgins no es ya el general, es el hombre, es la bestia humana enardecida por bravío instinto que huele la sangre y siente ansias devoradoras de carne humana; es el patriota que ha sacrificado sus aspiraciones, sus bienes, su libertad en el altar de la patria y que va á ofrecerla ahora en holocausto el tesoro más preciado de toda existencia, cual es la vida: una vida de treinta y cinco años, en la plenitud de su vigor y que le prometía para el futuro años de placeres y dichas mundanales. Pero, el hombre ya no piensa, es el ser irracional, es la fiera la que va á acometer y que antes de arrojarse hacia su presa, ruge, se revuelca enfurecida sobre sí misma.

—Capitán, le dice á Freire. El puesto de honor á mí me corresponde: yo debo atacar el primero. No se diga que yo acobardo ante el peligro y que envío á mis bravos á la muerte, escudándome detrás de su pechos. No, y mil veces no; yo atacaré de frente y que me sigan los soldados.

El capitán Freire, como única respuesta, no protestó á las palabras de su general y se encerró en un expresivo mutismo: como militar no podía menos que admirar tanto arrojo temerario, tanta abnegada decisión.

O'Higgins ha recorrido las filas de sus tropas y deteniéndose en el centro de ellas, allí, envuelto en las columnas del humo de la pólvora y del incen-

dio arrastradas por una suave brisa de la tarde que ha comenzado á correr, eleva la voz, alza su apostura de manera de hacerse ver y oír. Con acento ronco y formidable de titán, dice estas palabras, que repercuten entre el ruido de las detonaciones de la refriega y entre los gritos de guerra de los combatientes:

—¡Amigos! profiere. Es llegado el momento de demostrar al enemigo de cuánto somos capaces. Hemos cumplido honrosamente con nuestro deber defendiendo la patria querida por más de treinta horas de obstinado combate. Pero, aun esto no es bastante. Ya que no es posible seguir resistiendo con el menor buen éxito probable, ya que tenemos al enemigo que, rotas nuestras trincheras, avanza sobre ellas en hordas desbordantes, ya que no nos queda en la plaza otro arbitrio que el de morir asesinados, puesto que jamás debemos aceptar la rendición, busquemos pues la salvación de nuestras vidas y de la patria por aquel camino que conduce á la ciudad capital. Rompamos las huestes enemigas y si sucumbimos sea con las armas en la mano, como corresponde á soldados chilenos y hagamos que el triunfo de la tiranía cueste raudales de sangre á sus secuaces.

Con la espada extendida, indica la dirección del norte:

—Ahí, agrega, encontrarcis la libertad; aquí sólo la muerte ó una miserable esclavitud.

Los soldados demuestran con sus gestos y ade-

manes que están impacientes por oír la orden de ataque.

O'Higgins, juzga ya llegado el momento oportuno y exclama, finalmente:

—¡Adelante, muchachos! ¡Ni damos ni recibimos cuartel! ¡Viva la patria!

Los jinetes espolean sus cabalgaduras. Óyese el sonido de los aceros y el sonoro retemblar del suelo golpeado por el galope de los caballos, y se esparce por los ámbitos un grito terrorífico, que es el eco á las aun vibrantes palabras de O'Higgins.

—¡Viva la patria! prorrumpen los soldados. ¡Ni damos ni recibimos cuartel!

A fin de engañar al ejército realista, acerca del número de individuos que componen la columna patriota de caballería, se ha recurrido á un ardid: se echa adelante á las mulas que servían para la conducción de los bagajes. Fustigadas las bestias emprenden la carrera y abren un camino entre los soldados contrarios que no aciertan á darse cuenta por tan extraño ataque de la calidad de la invasión que se aproxima.

Semi-ocultos por una espesa polvareda que han levantado los animales en su enloquecida carrera, se introduce la caballería patriota por el sendero que ha quedado expedito.

Pero, bien pronto los realistas comprenden que los de la plaza se fugan y un nutrido fuego de fusilería da la voz de alarma. Las bayonetas y las

lanzas obstruyen el paso y es menester á los jinetes atropellar las murallas de carne humana y aplastarlas bajo el casco de los caballos.

La confusión se hace bien pronto espantosa: gritos de todas partes; exclamaciones de furor en los realistas, de coraje en los patriotas; juramentos, blasfemias y ayes de agonía en los heridos; disparos de fusil por doquiera, interrumpidos por el sordo estrépito de la metralla de los cañones. Cada cual corre en diversa dirección; quienes para entorpecer la salida, quienes para tratar de forzarla.

Pero, el grueso de la columna sigue adelante.

Los batallones Valdivia y Chiloé, que hacen un total de más de mil hombres, al mando de los coroneles Lantaño y Carvallo ocupan los callejones del norte, donde han construído barricadas que es menester destruír á los patriotas ó pasar sobre ellas.

O'Higgins, acompañado de sus ayudantes coroneles Urrutia y Flores y sus asistentes soldados Jimenez y Soto seguido de los Dragones de Freire, al lado de los cuales va el general D. Juan José Carrera, ha adelantado por la calle de la Merced y doblado hacia el este por la que es hoy calle de Cuevas. Llegado á la que en el día lleva el nombre de calle de Alcázar, torció al norte y haciendo zigszags, avanzó hacia el ángulo noreste de la ciudad en busca del sendero para la capital; evitando siempre encontrarse de frente con el grueso de la infantería realista, que llenaba las calles principa-

les. Sabía también que si salía directamente á la Cañada ó á la Avenida del Oeste, hoy Avenida Freire, chocaría con la caballería realista. Ésta estaba compuesta de los Escuadrones Carabineros de Abascal y Lanceros de los Ángeles que hacían un total de cerca de trescientos cincuenta hombres, comandados por los coroneles Elorriaga y Quintanilla, derrotados en el combate de la Cuadra. A esta fuerza de caballería se agregarían, tan pronto se esparciera la noticia de la salida patriota, los Húsares de la Concordia: ciento cincuenta jinetes que tan brillante carga dieron en el primer asalto á la trinchera de San Francisco.

O'Higgins había atravesado con felicidad por en medio del enemigo; le faltaba una cuadra para llegar á la Cañada y encontrarse luego en la dilatada llanura; pero ahí le detuvo una elevada barricada que habían construído los realistas en previsión de que los patriotas intentaran traspasar el cerco. El general y su séquito tratan de saltar la empalizada: al propio tiempo que los Dragones disparan sus carabinas sobre los soldados que se ocultan detrás de la trinchera y les hienden el cráneo con sus sables.

Pero el caballo de O'Higgins, fatigado por los dos días de carrera que su jinete le ha impuesto en la plaza de Rancagua, durante el sitio, no tiene fuerzas para saltar la empalizada y en vano el general anima á la bestia con su espada y las espuelas. Varios soldados entonces, al ver el peligro en que se

halla su jefe, echan pies á tierra con presteza y sobre sus hombros levantan al caballo, jadeante de cansancio, y lo empujan al otro lado.

Continúa la carrera.

En la Cañada está distribuída la caballería realista; hay que librar un nuevo combate; pero, al fin, O'Higgins, auxiliado de sus bravos, logra abrir una brecha entre los jinetes realistas y sale al campo abierto.

Pero, aun no está libre de cuidado.

En la llanura, cada patriota ha tomado diverso sendero á fin de desconcertar al enemigo y hacerle dividir sus fuerzas con la persecución.

O'Higgins echa una mirada á su alrededor. Sólo dos hombres cabalgan á su lado; son sus leales asistentes Jimenez y Soto.

Mira hacia atrás y distingue un grupo de soldados realistas que tratan de darle caza.

Clava desesperadamente los hijares al caballo: éste da un resoplido de dolor; pero sus piernas, embaradas por el sostenido galope, se resisten á acrecentar la rapidez de la carrera.

Sin embargo, el grueso de los soldados contrarios ha quedado atrás.

Se oye de pronto el sonido de un desesperado galope; una sombra se desliza al lado de O'Higgins y le obstruye el paso de su caballo. Es un realista que ha tratado de sorprenderle en una emboscada.

La escena es rápida: antes que el general haya

tomado ninguna medida de defensa, antes de acertar siquiera á darse cuenta de si era amigo ó enemigo quien se le coloca al frente, ve brillar el acero de las espadas delante de sus ojos y siente el sonido de una detonación.

El jinete realista ha caído en tierra: mientras uno de los asistentes de O'Higgins ha parado con su sable un hachazo dirigido á dar muerte al ilustre caudillo de la patria, el otro asistente de un balazo de carabina le ha derribado muerto.

Sin pérdida de tiempo, O'Higgins se desmonta de su rendido caballo y sube en el del soldado contrario que está descansado.

Y continúa aun el furioso galope hasta que los enemigos quedan perdidos de vista.

El general hace alto en una eminencia del terreno y dirige su mirada hacia la desdichada Rancagua.

Es la tarde; sobre el fondo crepuscular del cielo se destaca una humareda negra, espesa, que se eleva lentamente en espirales, hasta disolverse tenuemente en la atmósfera sutil del firmamento.

Esa humareda es Rancagua.

El general, angustiado, siente el desaliento de la derrota que le anodada su entereza y coraje... pero, ¡no!... ¡él se sobrepone!

—La patria no está perdida, murmura.

¡Verdad!... ¡La patria no estaba perdida mientras alentara vida aquel temperamento agreste, de voluntad indomable y de carácter resuelto! ¡Mientras la patria contara con un núcleo de tan leales como

esforzados servidores podía sucumbir momentáneamente, pero también podía levantarse de entre sus ruinas! ¡No estaba, pues, perdida!

El general, haciendo un esfuerzo para desechar tan amargas reflexiones, volvió bridas á su caballo y acompañado siempre de sus asistentes siguió el camino de la capital.

En la noche se le reunieron algunos jinetes dispersos, de manera que al entrar á Santiago á las ocho de la mañana del día 3 de Octubre contaba con una fuerza de doscientos hombres.

Le había precedido el general en jefe D. José Miguel Carrera, quien había hecho su entrada á la capital antes del amanecer.

Le dejamos, después de la retirada de Rancagua, en el desfiladero de Paine, resuelto á pernoctar ahí; en previsión de que el ejército realista proyectara apoderarse de aquel paso obligado que conducía al llano de Maipo.

No tardó largo rato después de adoptada tal decisión, que no llegara al campamento del general Carrera, uno de los escapados de Rancagua, trayendo la noticia de que la plaza había caído en poder del ejército realista y que sólo salieron los que tenían caballos y no fueron detenidos en su fuga.

Imparte inmediatamente orden á su hermano Luis para que destaque partidas bien montadas hacia Rancagua á fin de detener á los fugitivos. Él, por su parte, se decide á partir inmediatamente

á Santiago, con el propósito de reunir tropas con que hacer frente nuevamente al ejército invasor y para poner á salvo los más graves intereses del Estado, en el caso de una catástrofe inevitable.

Pero la voz de que las divisiones de Rancagua han sido arrasadas por el enemigo se difunde en todo el campamento de la tercera división y luego, impulsados de pánico, abandonan las filas y emprenden de su propia cuenta el camino de la capital.

Los jefes tratan en vano de contener á los soldados: la deserción diezma bien pronto el ejército, de tal manera que para impedir que toda la fuerza se disperse tienen que dar la orden de retirada. A las siete de la tarde la aniquilada división de los Carreras, se dirige á marchas forzadas sobre Santiago. José Miguel con sus Húsares se ha adelantado y ha entrado á la ciudad capital, según ya dijimos, antes de clarear la alborada del día 3 de Octubre.

Volvamos ahora á Rancagua, al momento en que el ejército realista, rotos ya los diques de carne humana que se habían opuesto á su entrada en la plaza, se precipitó en hordas desenfrenadas por las cuatro calles que desembocaban en su centro.

La mina que antes de retirarse ha dejado preparada el capitán Vial en la trinchera del occidente, hizo horrible explosión en los precisos momentos en que los realistas se dejaban caer con rabiosa saña sobre los últimos defensores del baluarte

patriota y les mataban y descuartizaban, entre juramentos é imprecaciones.

Pasada la explosión y ocupada otra vez la trinchera por las tropas realistas el cuadro de horror que se ofrece á su vista hace retemplar sus furias y juran vengar á sus desventurados compañeros mutilados por la metralla.

El bravo Millán en la trinchera de San Francisco se bate hasta el último trance y, al fin, cuando comprende que ya la resistencia es un suicidio, se arrastra, herido como se encuentra, hasta la iglesia parroquial de la plaza, á donde llegan sus perseguidores que se apoderan de él y le conducen prisionero, colmándole de improperios y de maltratos.

El teniente José Luis Ovalle se ha abrazado de una bandera y la defiende con su espada.

Le rodean los enemigos, él mata á quien alcanza á tocar con el arma que centellea en su diestra; pero, por todos lados le asedian y las lanzas se clavan en su costado. Cae herido, murmurando un triste y amante adiós á su patria. Mientras que los realistas se abalanzan sobre Ovalle para hacerle prisionero, otro oficial, José María Yañez se arroja sobre la bandera, la arrebata de manos del moribundo que se la entrega con una sonrisa, mezcla de dolor y satisfacción; la levanta en el aire, al grito de ¡Viva la Patria! y la custodia con su cuerpo.

Pero el fin del sublime oficial tiene forzosamen-

te que ser igual al de su predecesor en la defensa de la bandera y al fin, acribillado de heridas, cae envuelto en los pliegues del tricolor patrio adornado con el crespón funerario.

El coronel de milicias Bernardo Cuevas que se bate en la calle de la Merced, es tomado prisionero; el jefe patriota viste una casaca galoneada y tiene una semejanza de semblante con O'Higgins. Este parecido es causa de su perdición: los realistas le confunden con el general y acto continuo es fusilado.

Los heridos se acogen á las iglesias y se ocultan entre la muchedumbre de mujeres, niños y ancianos ahí asilados. Los realistas penetran en las casas de Dios en seguimiento de las presas que se les escapan y no tienen reparo, con tal de apoderarse de ellas, de pisotear á los que de rodillas y entre lamentaciones imploran á Dios para que ponga término á tanta desolación. Algunos soldados llevan su iniquidad hasta ensañarse con los vasos sagrados y las imágenes de santos.

Las casas de Rancagua fueron saqueadas por las tropas vencedoras. Destrozaban los muebles y objetos de valor, se adueñaban de los dineros que hallaban á mano, golpeaban á los niños y á los ancianos y saciaban sus brutales pasiones en las mujeres.

El Regimiento de Talaveras, formado de presidarios españoles comandados por el capitán San Bruno, se distinguió en estos actos de pillaje. Hizo

en Rancagua su estreno el oficial realista Vicente Benavides, traidor á la patria; que más tarde llegó á amenazar la independencia nacional, como caudillo de hordas de bandidos asoladores de los campos del sur.

Los jefes realistas trataron de sofrenar á la soldadesca; pero, á pesar de sus esfuerzos, no lo lograron tan pronto.

El hospital militar patriota, ubicado en el ángulo de la plaza y calle de la Merced, se ha incendiado y nadie se ha preocupado de apagar el fuego ni siquiera de trasportar á los heridos encerrados adentro. Los que, aunque manando sangre, se encuentran en situación de andar ó, á lo menos, de arrastrarse sobre las piernas, han escapado de las llamas, saliendo á los patios interiores, ya que la puerta que da á la plaza ha sido cerrada por una mano criminal. Pero los moribundos, los que por el estado lastimoso de sus heridas ó por haber sido mutilados por las granadas, se encuentran postrados sobre el lecho, é imposibilitados para hacer el más leve movimiento, son devorados por el voraz elemento.

Al sentir el desgarramiento de sus miembros prendidos por el fuego, que les causa dolores agudísimos en todo el cuerpo, quemándoles hasta las entrañas, agonizantes, saltan de los lechos y procuran llegar hasta las puertas ó las ventanas impulsados con la fuerza que les presta en tan horroroso trance las llamas que envuelven todo su

ser y que hace chisporrotear sus carnes laceradas, infiriéndoles el más terrible de los tormentos.

Al día siguiente, se extrajeron de entre los escombros humeantes del hospital incendiado, veintiocho cadáveres carbonizados. Junto á las puertas y las ventanas había piras de cuerpos humanos, cuyas mandíbulas tenían la contracción sarcástica de la muerte, cuyos brazos rígidos, de manos crispadas, habían tratado de destruír la cerradura de las puertas y los barrotes de las ventanas que les impedían la salida y habían quedado engarzados contra los fierros.

Entre los cadáveres así descompuestos por la acción del fuego y de las heridas, se contaba el de Bernardo Olivos. El leal y denodado soldado había tenido tan trágico fin á consecuencia sin duda alguna de no haber acertado á huír con oportunidad del incendio, que había bien rápidamente cortado todas las salidas y clausurado dentro de un círculo de fuego á los que anduvieron tardíos en escapar ó que por la gravedad de sus heridas estaban inutilizados para hacerlo.

El veterano tuvo en el postrer momento de su existencia una sonrisa amarga de sufrimiento al recordar á sus jóvenes amos Armando y Laura, á quienes profesaba ya tanto cariño. Hubiera deseado morir al lado de ellos, defendiéndoles, y caer derribado por una bala y no morir así, con tan cruento martirio... Y luego, ¿qué sería de ellos en ese momento?... Él lo ignoraba.

¡Por esto, sus labios se plegaron con una triste y adolorida sonrisa!

Hemos dejado á la caballería patriota en el momento de su salida de Rancagua para seguir á O'Higgins y hemos vuelto después á la plaza para dar una idea de los acontecimientos que en ésta se desarrollaron á la entrada del ejército invasor.

Debemos, sin embargo, agregar algunas líneas que completen el conocimiento sobre el resultado que obtuvo la columna patriota en su desesperada tentativa por atravesar el cerco.

Los caballos tuvieron que pisar sobre los escombros de las casas que, incendiadas, se habían desplomado. Las murallas y las vigas calcinadas entorpecían algunas calles. Además, los realistas tenían construídas varias barricadas. Todavía, los cadáveres apiñados formaban otro obstáculo para la libre carrera de los caballos.

Transcurridos los primeros momentos de sorpresa, los batallones realistas cerraron sus filas y los caballos quedaban clavados en las lanzas y bayonetas y sus jinetes tenían que aceptar la muerte combatiendo ó rendirse á discreción.

Luego, la caballería que ocupaba las avenidas y que con el Escuadrón de Húsares componían una fuerza como de quinientos hombres, constituían aun otra valla, más insalvable aún que las demás.

El capitán D. Manuel Astorga, combatiente de la trinchera de San Francisco, que manda la retaguardia de la columna, es cercado por la infan-

·tería contraria y recibe un balazo que le echa por tierra.

El coronel D. Francisco Calderón es tomado prisionero. Se cree que es O'Higgins y se le conduce á la plaza de Rancagua para fusilarle. En vano él protesta de que se le equivoque con el general; no es atendido. Pero, algunos soldados realistas que conocen al jefe patriota de Rancagua declaran el error. Ossorio, que ha acudido á presenciar la ejecución y que se convence por la aseveración de sus subalternos que no es O'Higgins el oficial apresado, no puede contener su despecho y se desquita en el coronel patriota, dándole de latigazos é injuriándole; después de lo cual, satisfecho, ordena suspender la ejecución.

De los quinientos hombres que trataron de forzar la salida, únicamente lo consiguió un grupo de trescientos á cuatrocientos; el resto fué muerto, herido ó rindió armas al enemigo.

Los mil ochocientos patriotas que defendieron á Rancagua quedaron divididos á la terminación del sitio de la manera siguiente: seiscientos muertos y cerca de cuatrocientos heridos, un número igual á éste último de prisioneros y el resto se salvó.

Los realistas tuvieron más de trescientos muertos y cuatrocientos heridos, de los cuales el mayor número correspondió al primer día de la batalla.

Ossorio en el parte que sobre la jornada de Rancagua pasó al virey del Perú, aminoró la cifra de los muertos y heridos patriotas para acrecentar

la de los prisioneros y respecto de su ejército fijó una cantidad casi insignificante de pérdidas, exagerando al mismo tiempo la riqueza del botín cogido al enemigo.

En poder del ejército realista cayeron los cañones de las trincheras, los fusiles de los prisioneros y un resto de municiones que no alcanzaron á consumir en la refriega: este fué todo el ponderado botín. Las banderas enlutadas fueron conducidas con gran pompa á las capitales de Chile y del Perú; en Lima se les dispensó un ruidoso recibimiento.

Cayeron también en poder de los realistas un regular número de talegas de dinero que los patriotas habían guardado en la casa del Cabildo.

Merced á las severas medidas dictadas por el general Ossorio, en la mañana del día 3 se restablecía el orden en la villa y los soldados fueron llamados á sus cuarteles.

Dispuso el jefe español que se cantase en la iglesia de San Francisco una misa solemne en acción de gracias á la Virgen del Rosario, Patrona del ejército realista, y envió avisos para que en Concepción y otras ciudades del sur de Chile, que estaban bajo la dominación española, se celebrasen Te-Deums.

Tocó la coincidencia que la batalla de Rancagua comenzó en la víspera de la festividad de la Virgen del Rosario y concluyó en su día. De ahí, pues, que Ossorio, quedara firmemente conven-

cido que el triunfo de sus soldados se lo debía única y exclusivamente á la protección de la Virgen de su devoción y de los santos.

El día 4 el ejército realista, después de dejar guarnición en Rancagua, marchó directamente á Santiago, á donde entró sin ninguna resistencia al día siguiente.

Los cadáveres de los patriotas fallecidos en la batalla, fueron amontonados sobre grandes piras de leña en la Cañada de Rancagua, y quemados.

Los restos de Luis tuvieron este fin: se redujeron á un montón de cenizas, que después el viento dispersó sobre la tierra.....

Impaciente el lector se preguntará, seguramente: ¿Qué fin tuvieron Armando y Laura? qué término cupo á Padilla?

Daremos satisfacción á este natural interés con las líneas siguientes.

Padilla, después de su nueva y frustrada tentativa para apoderarse de Laura, se había retirado con sus soldados. Se consideraba bastante feliz con haber librado tan milagrosamente la vida para que abrigara intenciones de seguir exponiéndola. Se dirigió á la presencia del general Ossorio, á quien refirió la sorpresa en que había hecho caer al enemigo al que le había inferido numerosas bajas y agregó que habiendo puesto fuego á la casa contigua á la plaza, los realistas tendrían luego, tan pronto se aplacase al incendio, una expedita entrada por esa parte.

Evadió con astucia cabal respuesta á las indagaciones del general acerca de cuántos soldados realistas había dejado muertos en el terreno.

Poco rato después las tropas habían emprendido el séptimo asalto, seguras esta vez de tomar la plaza.

Padilla halagaba igual confianza; así que se preparó para efectuar dentro de un breve rato su entrada triunfal á la villa.

Para suplir la falta del Cariñoso, empleó como su asistente al compadre Julián y éste tuvo por primera misión acepillarle el traje y bruñirle el kepís y las botas, cual si se tratara de asistir á una parada militar. Aún, tuvo una feliz humorada: hacerse rapar la barba, que había dejado crecer mucho tiempo hacía. Miróse después en un espejo y quedó encantado de su fisonomía; esta vez Laura no se resistiría; estaba decidor; él mismo no se reconocía; tenía el aspecto de los flamantes oficiales españoles.

Subió en seguida á caballo y acompañado de Julián fué á juntarse con sus jinetes en la Cañada de Rancagua. Puesto al frente de sus soldados se paseó con ellos, al paso de los caballos, por las avenidas; aguardando de un momento á otro la noticia de la rendición de la plaza.

Pero no fué chistosa la impresión que recibió cuando comprendió por la confusión que se introdujo en las filas de los soldados, por el ruido cercano de las detonaciones, por la tempestuosa algazara

de voces, que la batalla estaba muy lejos de terminar y que, por el contrario, se acercaba á su encuentro.

Luego, no le quedó ocasión para la duda: la voz de alarma estaba dada: los batallones eran llamados apresuradamente de todas partes; la caballería se formaba en filas de carga.

Padilla temía combatir: la idea de que una bala le rindiera muerto le hacía temblar. Mas, era menester dirigir á los soldados. No tenía, pues, otro arbitrio que aceptar el combate.

La caballería patriota desemboca en las avenidas del norte y del este, por todas las bocascalles. La caballería realista se opone á su avance: pero como no cuenta con superioridad numérica sobre la contraria, ésta logra abrirse paso y salir á los campos vecinos.

Los jinetes patriotas cruzan como sombras fugaces al lado de Padilla, que se ha apartado de manera de no disputarles el camino. Se contenta con ordenar á sus soldados que se batan con el enemigo y él les anima con la voz y tiene penetrante la mirada para fijarla con insistencia en los fugitivos. Una idea desgraciada le tiene asediado el pensamiento: que el joven Armando figure en la división de salida y que, á despecho de las balas, de las bayonetas, lanzas y sables, obtenga la libertad: con lo cual él perderá la mitad de su venganza; pues sólo le quedaría Laura en quien saciarla.

Estas reflexiones le afligen cuando ve súbitamente acercarse un núcleo de jinetes patriotas, que á todo reventar de los caballos atraviesan por entre los escuadrones realistas. Le llama la atención que no vengan dispersos, sino formando un conjunto disciplinado y aguerrido. Casi en el mismo instante observa... ¿qué?...

—¡Maldición! prorrumpen sus labios nerviosamente contraídos.

Ha reconocido á Armando en el oficial que hace de jefe de los jinetes que se aproximan.

Y ve también....

—¡Maldición! vocifera una segunda vez.

Ha visto que una figura joven y hermosa cabalga al lado del militar: es Laura.

Ciego de furor, dirige su caballo de manera de chocar con los de los jóvenes.

Pero, adivina que no va á llegar á tiempo. Echa entonces mano al arzón de la silla; saca una de las pistolas, aunque sufriendo horrorosamente de su herida del hombro aun no cicatrizada, y va á descerrajarla contra Armando que pasa á su lado cuando el caballo de Laura, hostilizado por su jinete, se adelanta y el pecho del joven queda á cubierto por el de aquélla.

Padilla, que ya apretaba el gatillo, bajó al momento la puntería para herir al caballo de la joven; pero la frenética velocidad que llevaba el animal hizo que la bala no lo alcanzara.

Padilla temió matar á Laura; deseaba obtenerla viva para colmar en ella sus pasiones.

Sin titubear, grita, clama á sus soldados para que se le reúnan y den caza á los jinetes prófugos; pero, empeñados como están en batirse con los que á cada momento asoman por las bocas-calles y en cortarles toda retirada, no hacen juicio á sus exclamaciones.

Sin embargo, logra congregar en su alrededor un pequeño cuerpo de seis jinetes y con ellos se arroja á la carrera desenfrenada de los caballos en seguimiento de Armando y Laura. El asistente Julián se coloca á su lado.

A la salida del pueblo el séquito del capitán Armando se había dispersado, sea porque fué detenido por la caballería realista ó porque cada soldado, guiado por el propio instinto de conservación, abandonó las filas y eligió el sendero que más seguro le parecía.

Doce hombres fieles le quedaban aún; todos antiguos inquilinos de la hacienda de los Godoy ó conocidos de Armando. El joven dirigió atrás una mirada inquieta y divisó un grupo de soldados realistas que iban en su persecución. Le pareció distinguir la figura de Padilla. No podía calcular el número de sus perseguidores; lo que le hizo creer que formaban un fuerte destacamento. Esta equivocación estuvo á punto de perderle y favoreció al mismo tiempo á Padilla.

Éste resolvía ya abandonar la cacería, compren-

diendo que con seis hombres nada podía contra Armando y sus soldados, que se veían á la distancia como formando un piquete numeroso; pero, entonces, con gran sorpresa vió que los jinetes de Armando se apartaron de su lado y adoptaban diferentes direcciones, dejándole solo con Laura.

Padilla creyó que, efectivamente, los patriotas abandonaban á su jefe. Y dirigió entonces á los realistas en línea recta hacia los jóvenes. Con igual sorpresa observó que los fugitivos seguían un camino torcido, que interpretó como que trataban con esto de acrecentar la distancia que les separaba de sus perseguidores. Pero, Padilla, guiando los caballos en línea recta, obtuvo un resultado favorable: esto es, acercarse á los jóvenes.

Estaba ya á distancia de tiro de fusil, y luego esta distancia disminuyó aun más.

Armando se creyó perdido, y empuñó las pistolas é hizo fuego contra los realistas, logrando luego derribar á uno de ellos. Padilla, que no deseaba que una puntería errada matara á Laura, se contentó con ordenar á sus cinco hombres que aceleraran la rapidez de la carrera.

Los caballos corrían desbocados.

Armando y Laura fustigaban sin piedad á las bestias; pero, como habían recorrido un sendero oblicuo, ahora les era muy difícil ganar el terreno perdido. Sin embargo, los caballos que montaban los jóvenes eran espléndidos y, al cabo, pudo observar Armando que iba dejando atrás á sus

perseguidores. Otro realista había caído muerto. Armando sólo temía ahora que Padilla, resolviéndose por último á hacer uso de las armas de fuego, disparase sobre ellos é hiriese á Laura.

Pero Padilla se reservaba emplear este medio en el último extremo y cuando no le quedaran sino dos hombres vivos.

El segundo realista que había sido herido por Armando era el compadre Julián.

Padilla tuvo un sentimiento de terror: presentía vagamente que no conseguiría el objeto que pretendía; la muerte de Julián la interpretó como un presagio fatal.

Siempre la persecución continuaba.

El camino tenía un recodo; después se introducía en una garganta estrecha entre dos cerros de escasa elevación, pero de corte escarpado. La llanura dilatada tenía ahí su término y comenzaba un terreno áspero y montañoso.

Padilla torció el recodo y continuó avanzando; el galope de los caballos se hacía expuesto y difícil; la carrera disminuyó en velocidad.

La distancia que separaba á perserguidos de perseguidores no variaba visiblemente.

Padilla se internó en la garganta. De pronto, el jinete que iba adelante hizo alto; el que corría más atrás paró también su caballo: de manera que la pequeña cabalgata tuvo que detenerse.

Se oyeron ruidos confusos de voces y de pisadas de caballos. Luego aparecieron cerrando el cami-

no un grupo de jinetes patriotas que se acercaban al galope de sus caballos al encuentro de los realistas. Venían dirigidos por Armando.

¿Qué había sucedido? Según dijimos, el joven capitán se imaginó que eran muchos sus perseguidores, y quiso entonces distraerles sus fuerzas y hacerles caer en una emboscada á fin de salvar por este medio á Laura. Dió instrucciones á los soldados para que avanzaran en línea recta hacia la hacienda y él siguiendo un camino serpenteado entretendría á los realistas; para lo cual confiaba en la pujanza de los caballos que resistirían sin desventaja una carrera más larga. Se equivocó al creer que los realistas perseguirían á sus soldados pues vió que continuaban únicamente en pos de él y de la joven. Entonces comprendió que se trataba de apoderarse de Laura; las intenciones de Padilla eran evidentes; mas, observó con alegría que los jinetes realistas formaban muy reducido número.

Sucedió que al llegar á la garganta que hemos indicado, ya sus soldados habían tomado ahí posiciones de defensa.

En el acto da orden á los jinetes patriotas para que le sigan y dejando á Laura él se adelanta al encuentro de los realistas.

Éstos al divisar el aguerrido destacamento, presos de pánico, vuelven rápidamente sus caballos y emprenden la fuga.

Armando entonces les persigue y él con unos cuantos hombres avanza directamente hacia Padilla.

Éste se encontró perdido. Los patriotas le alcanzaban y había desviado el verdadero camino. En un momento más estaría cercado.

Divisa entonces una barranca próxima y, desesperado, sintiendo ya las voces que le intiman rendición y que le amenazan con hacer fuego contra él, dirige su caballo en derechura á la quebrada. Ésta es demasiado ancha; pero no tiene tiempo para meditar...

Su salvación sólo podía estar al otro lado del precipicio y, espoleando su caballo, lo acercó á la carrera hasta el borde del abismo, tratando de hacerlo saltar.

El animal arrojó un resoplido de espanto; sin embargo, fustigado por la espuela, dió un salto tremendo tratando de ganar la otra orilla... pero sus manos escasamente alcanzaron á rasmillar la pendiente opuesta...

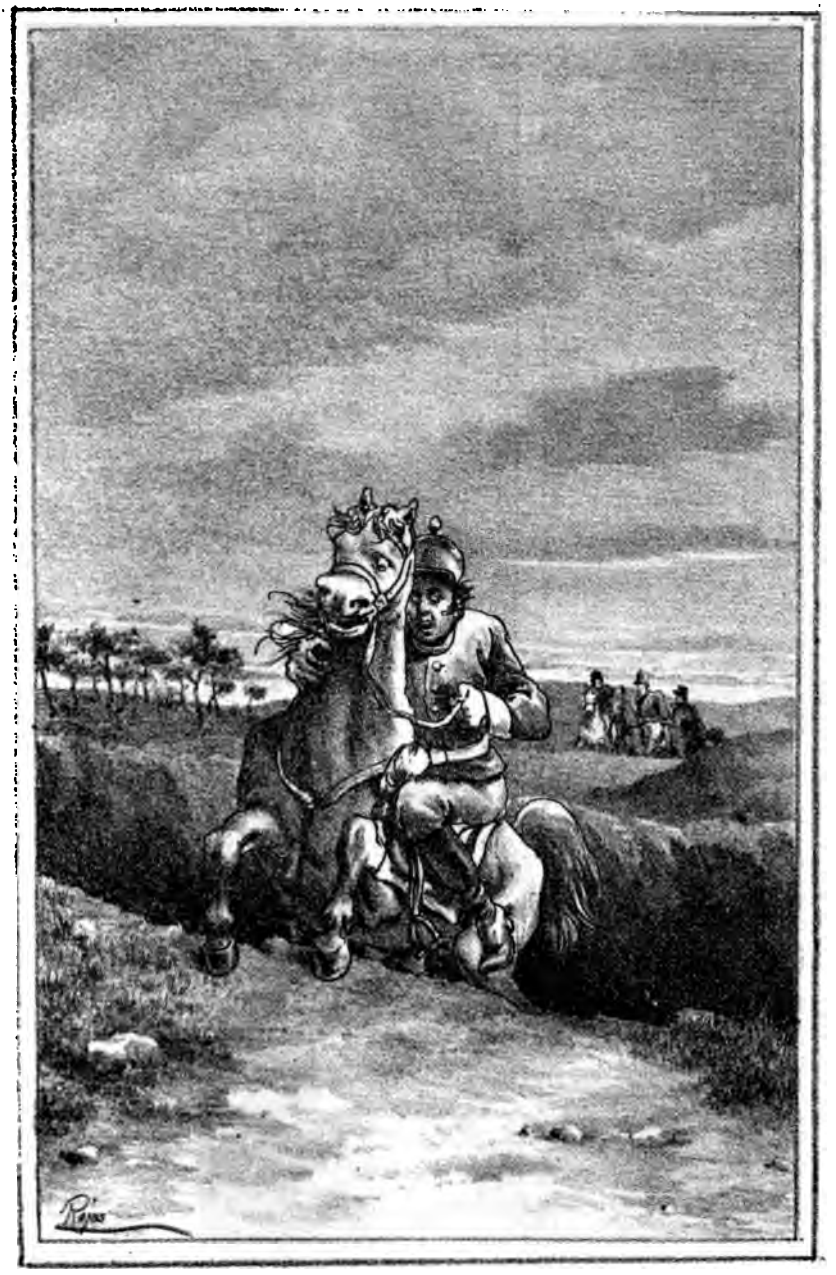
El caballo rodó por la barranca, arrastrando en su horrorosa caída al jinete.

Éste, lívido de terror, rígido de miedo, presintiendo la muerte próxima, exhaló un ¡ay! desgarrador.

Armando llegó al precipicio y miró hacia abajo.

Era la tarde y la oscuridad crepuscular sólo le permitió ver en el fondo negro del abismo un cuerpo informe, que arrastraban las aguas de la quebrada.

—Se habrá despedazado contra las rocas, pensó... El miserable se ha dado muerte á sí mismo... ¡Justicia de Dios!...



—El caballo rodó por la barranca, arrastrando en su horrorosa caida al jinete.

Momentos después se reunía á Laura y acompañados de los soldados patriotas, continuaron el camino hacia la hacienda.....

.....

Esa misma tarde, del 2 de Octubre del año 1814, la bandera negra de la guerra á muerte que había ondeado en la torre de la iglesia de la Merced de Rancagua durante la batalla, mientras los veteranos de la Patria Vieja rendían el sacrificio de sus vidas, era arrebatada por [illegible] gloriosa, y pisoteada y [illegible] Noche de bodas [illegible] staba dado y el ejército de Chile recibía la herencia de esa bandera al estampar en su escudo de armas el lema de «Vencer ó Morir» que tantas victorias le ha conquistado.

FIN DE «LA BANDERA NEGRA».

El autor tiene el propósito de publicar después otra obra, en la que aparecerán algunos de los personajes que han figurado en la presente historia.

1900

Esta obra es propiedad exclusiva del autor, quien habiendo depositado en la Biblioteca Nacional el número de ejemplares designados por la ley, perseguirá conforme á la misma al que sin su permiso la reimprimiere.

INDICE

TOMO II

			Páginas
Capítulo	I	Profanación	5
»	II	Noche de bodas	23
»	III	Entre dos combates	36
»	IV	El amanecer del 2 de Octubre	51
»	V	Un ahorcado	71
»	VI	Continuación de la batalla	89
»	VII	El combate de la Cuadra	102
»	VIII	Una invasión inesperada	122
»	IX	Agonía	133
»	X	El incendio	154
»	XI	El sacrificio de un héroe	167
»	XII	Los últimos asaltos	183
»	XIII	La catástrofe	201

PAUTA

Para la colocación de las láminas

TOMO II

			Páginas
Portada		La Bandera Negra.	
Lámina	I	...Y sintió que le arrojaban al espacio...	79
»	II	El combate de la Cuadra.	107
»	III	Laura, desfallecida, se sostenía en los brazos de Armando para no caer. .	161
»	IV	El caballo rodó por la barranca, arrastrando en su horrorosa caída al jinete.	230

3 6105 015 213 734

DATE DUE

STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
STANFORD, CALIFORNIA 94305-6004

3 6105 015 213 734

DATE DUE			

STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
STANFORD, CALIFORNIA 94305-6004